

Ministerio
de Educación, Cultura
y Deporte

TRANSATLÁNTICA DE EDUCACIÓN

EDUCACIÓN Y MAESTROS

12/2013



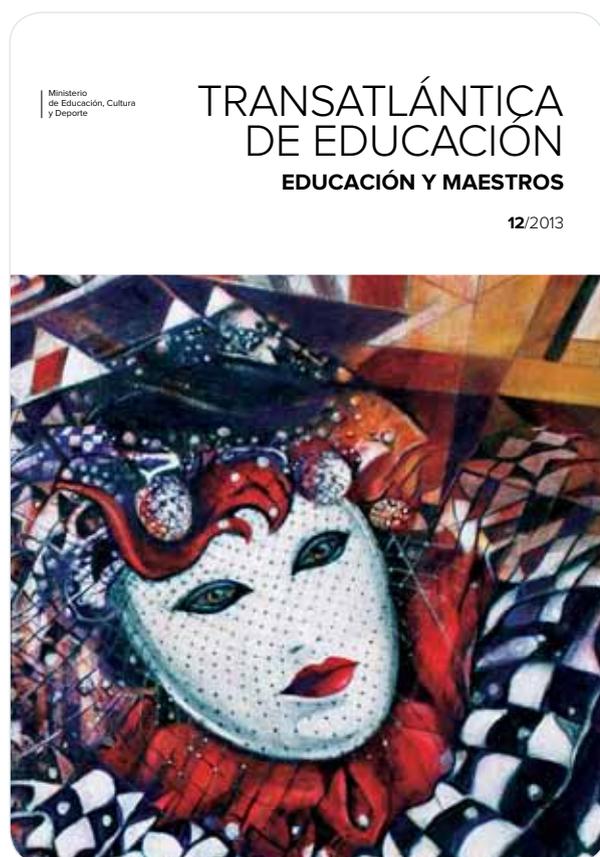
TRANSATLÁNTICA DE EDUCACIÓN EDUCACIÓN Y MAESTROS

Catálogo de publicaciones del Ministerio:

mecd.gob.es/

Catálogo general de publicaciones oficiales:

publicacionesoficiales.boe.es



MINISTERIO DE EDUCACIÓN, CULTURA
Y DEPORTE

Subsecretaría

Subdirección General de Cooperación Internacional

Edita:

© SECRETARÍA GENERAL TÉCNICA

Subdirección general de Documentación y Publicaciones

Edición: Enero - Junio 2013

NIPO: 030-13-137-8

ISBN/ISSN: 2448-4989

Imprime: Editorial Esfinge, S. de R.L. de C.V. Esfuerzo 18-A,
Col Industrial Atoto, C.P.53519, Naucalpan, Estado de México.

DIRECTOR:

Agapito Maestre Sánchez, Consejero de Educación

CONSEJO EDITORIAL

Agapito Maestre Sánchez, Consejero de Educación

Jaime Ángel De Casas Puig, Secretario General de Educación

Monica Del Campo López-Bachiller, Auxiliar Administrativo

Consejería de Educación de España en México

COLABORADORES EXTERNOS

Juan Domingo Argüelles: poeta, ensayista divulgador
y promotor de la lectura

Armando González Torres: poeta y ensayista

Fernando García Ramírez: subdirector de "Letras Libres"

Javier Sicilia: escritor y poeta

Carlos Díaz: filósofo y escritor

Francisco Xavier Sánchez Hernández: doctor en Filosofía por
el Instituto Católico de París

Benito Estrella: profesor de Historia Comparada de las Religiones
en la universidad Complutense de Madrid

José Luis Palacios: redactor jefe de "Noticias Obreras"

Sebastián Pineda: escritor y doctorando Colegio de México

Cecilia Santacruz: directora del Salón de la Plástica Mexicana

Alejandro Tapia: profesor de diseño de la UNAM

EQUIPO DE EDICIÓN

Director Editorial: Francisco Vásquez Ponce

Dirección De Arte: J. Francisco Ibarra Meza

Diagramación: Claudia Morales Ortiz

Producción: Alberto Álvarez Perafán

IMÁGENES:

Artistas del Salón de la Plástica Mexicana

Portada de Mauricio Vega, "Arlequín"

FOTÓGRAFA:

N.K. Denisova

Transatlántica de educación

Junio 2013, Año VII, Volumen 12

Artistas invitados
Salón de la Plástica Mexicana

transatlântica de educação



5 **Educación y maestros.**
AGAPITO MAESTRE



9 **Autoridad y maestros.**
JAIME DE CASAS



15 **Gabriel Zaid o la cultura del libro.**
JUAN DOMINGO ARGÜELLES



29 **Gabriel Zaid: la pedagogía invisible.**
ARMANDO GONZÁLEZ TORRES



35 **Leer a Gabriel Zaid.**
FERNANDO GARCÍA RAMÍREZ



39 **Gabriel Zaid, el antieducador.**
JAVIER SICILIA



45 **Gabriel Zaid ante el futuro del catolicismo.**
CARLOS DÍAZ



57

DELE, producto estrella del Instituto Cervantes.
CONSEJERÍA DE EDUCACIÓN DE LA EMBAJADA DE ESPAÑA EN MÉXICO



63

“De la razón fría a la razón cálida, o del egoísmo de la razón a la santidad del amor”.
FRANCISCO XAVIER SÁNCHEZ HERNÁNDEZ



69

Carlos Díaz y su obra: Breve presentación.
BENITO ESTRELLA



75

**Entrevista de José Luis Palacios con Carlos Díaz:
Cristo es nuestro mejor ¡Tú!**



81

Presentación de Alfonso Reyes: Caballero de la voz errante de Adolfo Castañón.
SEBASTIÁN PINEDA



85

Circo y otras maromas.
CECILIA SANTACRUZ



89

Exposición Pliegues de la Memoria.
ALEJANDRO TAPIA



92

Programa de actividades educativas y culturales 2013.



EDUCACIÓN Y MAESTROS

AGAPITO MAESTRE

Consejero de Educación de la Embajada de España en México

Este número de la revista *Transatlántica de Educación* está dedicado en su casi totalidad a la obra de dos pensadores. Son dos maestros-pensadores. Dos filósofos. La justificación de sus presencias en las páginas de una revista de educación es sencilla: No hay filosofía que no contenga, implícita o explícitamente, una teoría educativa. No podría ser de otro modo, porque toda filosofía reflexiona, aunque a veces no aparezca de modo evidente, sobre el pasado, el presente y el futuro del hombre. Sea cual sea el planteamiento de esta cuestión –¿qué es el hombre?–, es imposible que una filosofía a la altura de su tiempo, es decir que pretenda alcanzar una cierta vigencia para una época determinada, pueda eludir la pregunta sobre cómo el hombre ha sido educado, cómo ha sido formado y cómo ha llegado a ser lo que él es ahora.



EDUCACIÓN Y MAESTROS

AGAPITO MAESTRE

Consejero de Educación de la Embajada de España en México

Es imposible, pues, que una filosofía genuina pudiera prescindir de preguntas del tipo: ¿cuáles son los rasgos psicológicos e intelectuales de los educadores que han educado con sus conocimientos e ideas?, los educadores poseen, en efecto, ideas, pero todos esos conocimientos, cabe preguntarse, ¿de dónde salen o de dónde son extraídos? Aunque la respuesta más inmediata es que han sido transmitidos por otros educadores, siempre surgirían otras preguntas, por ejemplo: ¿esos educadores de educadores de dónde sacaron sus conocimientos?, ¿estaban todos esos conocimientos acabados y perfeccionados y sólo habría que transmitirlos? Entre esas preguntas, tampoco cabría descartar la que hiciera famoso a Sócrates: ¿es cierto que esos conocimientos están ya impresos en el alma o, expresado en terminología moderna, la conciencia humana? Pues bien, cualquiera que fueran las respuestas a estas preguntas, y no cabe la menor duda de que los pensadores aquí elegidos tienen planteamientos diferentes para solucionar esas cuestiones, ninguna filosofía puede prescindir de la figura del maestro, o mejor, del maestro de maestros. El asunto no es dilucidar si Sócrates tiene razón al decir que el maestro sólo tiene que ayudar a sacar lo que está impreso en el alma de todo ser humano, o si le asiste la razón al empirismo que mantiene, contra el apriorismo socrático-platónico, que todo viene de la experiencia; el problema ya no es si el maestro acepta que todo

está contenido en el pensamiento o, por el contrario, si el maestro sólo enseña las cosas de la experiencia, el verdadero asunto es que el maestro es imprescindible en el proceso educativo, de formación del hombre, o sea, sin maestros no podemos comprender por qué el hombre ha llegado a ser lo que es.

Y, sin embargo, el hecho escandaloso de nuestro tiempo es que el maestro, independientemente de la noción de magisterio que se defiende, está siendo cuestionado, hoy más que nunca, de múltiples maneras, entre las cuales destaca un ajado e infantil pragmatismo educativo dispuesto a sustituir al maestro por la fórmula, a la educación por la "pedagogía" y, en fin, a la verdadera pedagogía por agencias encargadas de socializar a los individuos en unas "sociedades" sin fines. Sin moral.

Frente a esa inmensa inmoralidad, *Transatlántica de Educación* apuesta por una educación de maestros, y de maestros de maestros, con una única condición de que existan individuos con voluntad de aprender, de salir, dicho kantianamente, de su minoría de edad. El maestro puede actuar,

Transatlántica de Educación apuesta por una educación de maestros, y de maestros de maestros, con una única condición de que existan individuos con voluntad de aprender, de salir de su minoría de edad.

sí, cuando el alumno pone un poco de buena voluntad de su parte; entonces es fácil hallar un buen maestro para corregir un salvaje comportamiento, una opinión destrabada de la realidad o, sencillamente, para sacar oro de dónde sólo hay mala tierra. Un maestro, sí, podría transformar la realidad dada –por ejemplo, la oscura

“opinión”, dicha sea de paso, muy extendida por toda España, de que poner la enseña nacional en un edificio público es un asunto estético e incómodo– en el sentido de un ideal –en España tienen que respetarse por ley los símbolos de identidad nacional–. Un maestro, sí, conseguiría la proeza de extraer una cosa de otra; así, de lo desquiciado, el sosiego, de lo malo, lo bueno, de lo “estético”, lo ético; en fin, un maestro lograría convertir “una cosa menos buena en otra mejor”. Gracias a la acción de un maestro asistiríamos al milagro de la *eductio, educatio*, que es como llamaban los latinos a la educación. Nuestro Ortega y Gasset lo bordó, en 1910, al razonar del siguiente modo: “Por la educación obtenemos de un individuo imperfecto

un hombre cuyo pecho resplandece en irradiaciones virtuosas. Nativamente aquel individuo no era bondadoso, ni sabio, ni enérgico: mas ante los ojos de su maestro flotaba la imagen vigorosa de un tipo superior de humana criatura, y empleando la técnica pedagógica ha conseguido inyectar este hombre ideal en el aparato nervioso de aquel hombre de carne. ¡Tal es la divina operación educativa merced a la cual la idea, el verbo, se hace carne!”

No hay, en verdad, educación sin maestros. En esta entrega de *Transatlántica de Educación* mostramos a través de diferentes contribuciones de autores españoles y mexicanos el poderío espiritual de dos maestros vivos, dos educadores, en el sentido específico que aquí le he dado al término educación, para aquí y ahora. Gabriel Zaid, mexicano, y Carlos Díaz, español, son los principales protagonistas de este número. Son dos maestros de maestros. Son dos magníficas “instituciones” para mejorar, que no otra cosa es la enseñanza institucional, la educación de una sociedad. Los dos han sido capaces de recorrer en soledad los caminos que van desde la hondura de los problemas concretos, del día a día, de sus naciones hasta la altura de los auténticos problemas de la llamada Cultura con mayúscula. Sus obras y sus vidas son ejemplares para todos los que se dedican a la educación del espíritu y el cultivo del pensamiento crítico, acaso por eso, porque trascienden los círculos cerrados de los centros de enseñanza reglados y regimentados por estrechos códigos jurídicos y epistemológicos, la Consejería de Educación les ha dedicado durante el curso 2012–2013 un Seminario y un Homenaje, respectivamente.

Fruto de esas actividades educativas y culturales son muchos de los artículos de este número de *Transatlántica de Educación*. El resto de contribuciones, dicho sea como aviso para nuestros lectores, irán apareciendo en sucesivas entregas de nuestra revista. El espíritu común de todos los que han hablado y escrito sobre Gabriel Zaid y Carlos Díaz puede resumirse con un cálido y profundo aforismo de Nietzsche: “Mal honra a un maestro aquel que sólo pretende ser discípulo”. No hay nada que envilezca más la plenitud de un maestro que la fosilización del discipulado; por desgracia, con todos los grandes maestros se ha producido este tipo de riesgo, la generación de personajes menores que viven del parasitaje del maestro. Mas la dimensión discipular fascinante es lo contrario del repetidor de una idea convertida en fórmula vacía. Por suerte, todos los que han participado en estos actos, precisamente, porque estaban fascinados por los maestros homenajeados, han intentado crear textos que fueran más allá de la mera repetición académica. Son textos críticos.

Los maestros homenajeados son personajes maravillosos, sí, porque sus provocaciones han servido para que los discípulos construyan otras perspectivas de pensamiento auténtico. Esperemos que esta revista contribuya a engrandecer la enseñanza del gran educador Steiner: El maestro tiene discípulos, mientras que los catedráticos sólo tienen ayudantes. Es, pues, este espíritu magisterial, en nuestra opinión, la base para transformar las maldades de nuestros establecimientos de enseñanza. Sin grandes maestros y sin genuinos discípulos la educación, fácilmente, quedaría reducida a la enseñanza repetitiva de programas viejos y anquilosados.

Esta reflexión sobre el magisterio para mejorar nuestra educación es complementada con otros dos artículos; uno, está dedicado a la importancia de un programa educativo español, en verdad, de un título del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte para fortalecer la presencia de la educación española en el mundo; y el otro, es un reportaje sobre la figura de otro maestro, un clásico contemporáneo, para estrechar aún más los lazos educativos y culturales entre México y España. Nos referimos a Alfonso Re-

yes. El primer texto complementario trata de resaltar la relevancia de uno de los grandes logros del Instituto Cervantes en el mundo educativo, a saber, el título DELE que otorga esta importante institución en nombre del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte; esta contribución a la revista *Transatlántica* ha surgido de las jornadas que el Instituto Cervantes, en colaboración con la Consejería de Educación en México, celebró con gran éxito durante el mes de marzo de 2013. El segundo complementario contiene una somera información sobre Alfonso Reyes y, posteriormente, un reportaje sobre la intervención de Adolfo Castañón, uno de los grandes críticos literarios de México, en el homenaje que esta Consejería está rindiendo a la figura de Alfonso Reyes en España durante el curso 2013–2014.



Trapecistas. Alejandro Caballero.



AUTORIDAD Y MAESTROS

JAIME DE CASAS PUIG

Secretario General de la Consejería de Educación
de la Embajada de España en México

Con motivo de la próxima reforma de las leyes educativas en España, que esperamos no sea una más de tantas que periódicamente se han ensayado con escasos resultados, ha salido a la palestra una cuestión que ya, desde mucho antes, se había convertido en un tópico de los ambientes político-educativos: la autoridad de los maestros. El tema no había pasado de ahí, al menos en los últimos treinta años. Ahora, sin embargo, parece que las cosas van en serio y la intención de nuestras autoridades educativas es que se legisle seriamente sobre este concepto.



Isabel la Católica, Palacio Arzobispal, Alcalá de Henares. Natalia K. Denisova.

AUTORIDAD Y MAESTROS

JAIME DE CASAS PUIG

Secretario General de la Consejería de Educación
de la Embajada de España en México

Lo primero que tenemos que hacer, en este breve y modesto análisis, es definir el concepto de autoridad, una palabra que procede del latín *Auctoritas*. Si acudimos al Diccionario de la RAE (La Real Academia Española de la Lengua) obtenemos tres acepciones objetivas fundamentales:

La primera nos dice que autoridad es el: “Poder que gobierna o ejerce el mando, de hecho o de derecho”. La segunda lo define como: “Potestad, facultad, legitimidad” y la tercera, como: “Prestigio y crédito que se reconoce a una persona o institución por su legitimidad o por su calidad y competencia en alguna materia”.

La autoridad es, por tanto, un concepto polisémico que, en esencia, reviste cuatro aspectos: mando, legitimidad, competencia y en consecuencia, prestigio.

En este ensayo me referiré principalmente al aspecto del mando, del poder, pero teniendo siempre en cuenta que si ese mando no se ejerce con legitimidad, con competencia y prestigio, no se convierte en autoridad.

Como ocurre a menudo en el quehacer político y legislativo, el fenómeno que estamos analizando se va a englobar dentro de otro, mucho más amplio. Así, en el documento de *“Propuestas para el Anteproyecto de Ley Orgánica para la mejora de la Calidad Educativa”* (la También llamada LOMCE) de 11 de julio de 2012, que acompaña al Anteproyecto de Ley Orgánica, elevado al Consejo de Ministros de España en septiembre del año

pasado, se establece como uno de los objetivos generales de la Reforma Educativa: la aprobación del “Estatuto del Docente no Universitario”, que deberá tramitarse al mismo tiempo que la propia LOMCE. Con atinado análisis, en el referido documento, publicado en la Web del MECED (el Ministerio de Educación, Cultura y Deporte), se dice expresamente que:

“La dignificación de la profesión de los docentes es imprescindible para la mejora de la educación”

y que, entre otras medidas, dicho estatuto deberá regular: el acceso a la función pública docente; la carrera docente; la provisión de puestos de trabajo, los derechos y deberes de los docentes, y la tan manida autoridad del profesor.

En este artículo, nos proponemos analizar brevemente el fenómeno de la falta o debilidad de la autoridad del maestro, sus límites, y las actuaciones previstas para la solución del problema, concluyendo con el esbozo de una serie

de cuestiones que quedan abiertas y que condicionarán el buen fin de las reformas legislativas.

¿Por qué se ha llegado a una situación en la que el profesorado necesita que las leyes reconozcan su autoridad en las aulas?

La respuesta no es simple y, para entender la cuestión, creo que deberíamos plantearla de otra forma: *¿La pérdida de autoridad de los*

docentes en España es una causa o una consecuencia de la crisis de nuestro sistema educativo?

La respuesta tiene que ir en ambas direcciones:

Por un lado, utilizando un ejemplo metafórico, es innegable que si en el tren de la educación introducimos virus de enfermedades contagiosas, al final, es muy probable que las personas que viajan en él y las que se incorporan en las diversas estaciones, acaben contaminándose, por más esfuerzos que se hagan para evitar la pandemia. Incluso las personas más puras no pueden sustraerse a la enfermedad y caen enfermas, a menos que se apeen del tren en marcha, con lo que el remedio puede ser peor que la enfermedad.

Por otro lado, si los empleados que están a cargo del tren, no lo conducen con prudencia y con tino, no son cuidadosos con los protocolos de se-

La autoridad es un concepto polisémico que, en esencia, reviste cuatro aspectos: mando, legitimidad, competencia y en consecuencia, prestigio.

guridad, no controlan a las personas que entran, o no reprenden y, en su caso, expulsan a los indeseables que molestan a los demás viajeros, es decir, si eluden su responsabilidad, entonces, seguro que el tren no va a funcionar bien y que el viaje se puede convertir en una pesadilla.

Esto es lo que ha pasado, en parte, con el declive del sistema educativo en España. *¿Y, cuál ha sido ese caldo de cultivo que ha dado al traste con la autoridad profesoral?*

Entre otros fenómenos, y sin ánimo de ser exhaustivos, podemos mencionar los siguientes:

—Las sucesivas leyes reformadoras que han abaratado el esfuerzo para la obtención de títulos y becas, y reducido las exigencias para la superación de cursos en los colegios españoles, poniendo el acento más en los resultados que en la igualdad de oportunidades, como recientemente declaraba la que otrora fue Ministra de Educación con el Partido Popular, Pilar del Castillo.

—La relajación de la disciplina en los centros educativos, esa palabra *mal-dita* que nadie quiere utilizar y que incluso en el Proyecto de Ley de la LOMCE se sustituye por la más políticamente correcta de “medidas correctoras”.

—El desprecio de muchos padres hacia la labor y el criterio de los maestros, ¿cuántos casos de agresiones, incluso físicas, han sido ya denunciadas?

—El concepto malentendido del derecho a la educación, como el derecho igualitario a obtener un título a toda costa, aunque no se merezca.

—Los cambios legislativos permanentes, que no contribuyen a dar estabilidad al sistema educativo, convirtiéndolo, no en una cuestión de Estado, sino en un lugar de confrontación política permanente.

—Una invasión desmedida de la política en la educación, imponiendo valores partidistas y sectarios, que pugnan con el ideario de muchos centros no públicos, que van más allá de una sana educación cívica, en el sentido de una *Paideia*, y que, en lugar de crear un sustrato común de entendimiento, separan creando conflictos innecesarios.

—El excesivo intervencionismo o centralismo administrativo en los centros de enseñanza.

—La falta de motivación y de reconocimiento, por parte de las autoridades educativas, hacia las personas que asumen responsabilidades.

—Los procedimientos administrativos inadecuados, etc.

Todas estas causas y otras más, que sociólogos y otros profesionales mucho más expertos que yo, ya pusieron de manifiesto; han ido socavando, lenta pero inexorablemente, los fundamentos más sólidos del sistema educativo español, donde la figura del maestro era clave y concitaba la mayor admiración y respeto. En este caldo de cultivo, se ha producido un acorralamiento progresivo del personal docente, que se ha visto inerme para hacer frente al virus de la degradación del sistema educativo, que ha acabado contagiado por este mal, y que ha perdido progresivamente su capacidad de mando así como el prestigio que se había ganado en otros tiempos.

Pero también el análisis contrario es cierto, en parte: *¿No habrá tenido algo de culpa una parte del profesorado en la degradación del sistema educativo español, en la propia pérdida de autoridad?* ¿No habrá contribuido a ello la actitud pasiva de unos y la beligerancia a favor del desastre, de otros? Sólo apuntaré algunas ideas en este sentido, para que se reflexione sobre ellas:

—La relajación de la disciplina en las aulas por dejación del docente que

prefiere ser un “colega” a ejercer sus funciones, que también son disciplinarias.

—El rechazo visceral a cualquier método represivo y en cualquier circunstancia, por considerarlo políticamente incorrecto.

—Una cierta admiración, disimulada, hacia quienes son capaces de romper con cualquier norma de convivencia, justificando sus fechorías con teorías de culpabilidad social.

—La propia dejación de autoridad *para no meterse en problemas*.

—La inhibición cuando se trata de un problema de otro, esto es, la falta de empatía o, dicho de otro modo y vulgarmente, el “*ahí te quedas*” o “*te ha tocado y te jodes*”, etc.

Cualquiera que sea la postura que se adopte, lo cierto es que, paulatinamente y durante largo tiempo, se ha ido creando un círculo vicioso donde la degradación de la autoridad del maestro ha sido un hecho cierto, continuado y admitido por la mayoría de los docentes, como causa o consecuencia, en este caso catalizadora, de la crisis del sistema educativo español.

Llegados aquí es preciso dejar muy claros dos matices:

En primer lugar, que nunca se puede generalizar y que, obviamente, hay ejemplos de lo contrario que aquí exponemos, pero que no invalidan el análisis.

En segundo lugar que la Autoridad del Maestro nunca puede convertirse en un fin en sí mismo, pues entonces el remedio sería peor que la enfermedad. Tanto la ausencia de autoridad, que conduce a la barbarie, a la ley del más fuerte, como la sacralización del concepto, es decir el autoritarismo, que conduce a la arbitrariedad y a la injusticia, deben ser rechazados. Por tanto, la “*autoritas*” es un medio muy importante, pero que por su propia naturaleza instrumental, nunca puede imponerse a su fin fundamental que es, en este caso, servir a la comunidad educativa y a la mejora de la calidad de la enseñanza.

Adentrémonos ahora en el campo de las soluciones: *¿Qué pasos se están dando, desde el punto de vista legal, para remediar la ausencia de autoridad o la debilidad de la misma en los centros educativos, en el ejercicio de las funciones docentes y en la convivencia diaria con los alumnos y sus familias?*

A) El Proyecto de la LOMCE, aprobado por el Consejo de Ministros, el 17 de mayo del presente año y remitido a las Cortes Generales. Esta pro-

Se ha ido creando un círculo vicioso donde la degradación de la autoridad del maestro ha sido un hecho cierto

puesta legislativa del Gobierno, sin perjuicio de las modificaciones que puedan introducirse tanto en el Congreso de los Diputados como en el Senado, introduce, a mi juicio, normas positivas en el sentido de fortalecer la consideración y la autoridad del profesorado. A este respecto, es ineludible detenerse, por su trascendencia, en el Art. 124 de la Ley Orgánica de Educación, comparando su redacción actual con la que propone el proyecto de la LOMCE:

(Versión actual)

Artículo 124 Normas de organización y funcionamiento

1. Los centros docentes elaborarán sus normas de organización y funcionamiento, que deberán incluir las que garanticen el cumplimiento del plan de convivencia.

2. Las Administraciones educativas facilitarán que los centros, en el marco de su autonomía, puedan elaborar sus propias normas de organización y funcionamiento

(Versión propuesta en la LOMCE)

Artículo 124. Normas de organización, funcionamiento y convivencia.

1. Los centros elaborarán un plan de convivencia que incorporarán a la programación general anual y que recogerá todas las actividades que se programen con el fin de fomentar un buen clima de convivencia dentro del centro escolar.

2. Las normas de convivencia y conducta de los centros serán de obligado cumplimiento, y deberán concretar los deberes de los alumnos y las medidas correctoras aplicables en caso de incumplimiento, tomando en consideración su situación y condiciones personales.

Las medidas correctoras tendrán un carácter educativo y recuperador, deberán garantizar el respeto a los derechos del resto de los alumnos y procurarán la mejora en las relaciones de todos los miembros de la comunidad educativa.

Las medidas correctoras deberán ser proporcionadas a las faltas cometidas. Aquellas conductas que atenten contra la dignidad personal de otros miembros de la comunidad educativa, que tengan una implicación de género, sexual, racial o xenófoba o de discapacidad, o que se realicen contra el alumnado más vulnerable por sus características personales, sociales o educativas tendrán la calificación de falta muy grave y llevarán asociada como medida correctora la expulsión, temporal o definitiva, del centro.

Las decisiones de adoptar medidas correctoras por la comisión de faltas leves serán inmediatamente ejecutivas.

3. En los procedimientos de adopción de medidas correctoras, los hechos constatados por profesores y miembros del equipo directivo de los centros docentes tendrán valor probatorio y disfrutarán de presunción de veracidad “*iuris tantum*”, sin perjuicio de las pruebas que en defensa de los respectivos derechos o intereses puedan señalar o aportar los propios alumnos.

4. “Las Administraciones educativas facilitarán que los centros, en el marco de su autonomía, puedan elaborar sus propias normas de organización y funcionamiento.”

Como puede fácilmente observarse, el Art. 124 de la LOE, en su redacción actual, pasa “de puntillas” sobre las reglas de convivencia, remitiendo enteramente a los centros educativos, que deben incluir en sus normas de organización y funcionamiento, las que garanticen el plan de convivencia.

En contraste, la nueva redacción del precepto aboga claramente por un reforzamiento de la disciplina dentro de los centros docentes. El título del precepto habla por sí solo: *Normas de organización, funcionamiento y convivencia*. El contenido de la norma, en sus novedades, es también coherente con esta idea. Así, su apartado segundo, con palabras suaves, o menos explícitas, establece la obligatoriedad de un código de conducta en cada centro, con un régimen de faltas y sanciones, sometido a los principios del Derecho Sancionador, con especial hincapié en los de tipicidad, proporcionalidad, equidad, protección del más débil, y ejecutividad en el caso de las sanciones leves. El problema, sin embargo, es el carácter no básico atribuido por

Las medidas correctoras tendrán un carácter educativo y recuperador, deberán garantizar el respeto a los derechos del resto de los alumnos y procurarán la mejora en las relaciones de todos los miembros de la comunidad educativa.

la LOMCE a este apartado segundo. Ello significa que en el caso de los centros dependientes de las Comunidades Autónomas, que han asumido las competencias de educación, su aplicación quedará supeditada a la legislación que éstas establezcan. En el caso de que este desarrollo no se produzca, siempre nos quedará el parco consuelo de que, conforme a nuestra Constitución, la legislación estatal regirá como supletoria y que, en todo caso, el Art. 124 será de plena aplicación a los pocos centros de titularidad estatal.

En segundo lugar, y en este caso con carácter básico, es decir, aplicable a todo el territorio nacional, sin perjuicio del desarrollo por parte de las CCAA, el apartado tercero del artículo atribuye expresamente un valor probatorio privilegiado, salvo prueba en contrario, a los hechos constatados por profesores, sin discriminar entre contratados y funcionarios, y miembros del equipo directivo docente, estableciéndose así, en este ámbito especial, una inversión de la carga de la prueba a favor del profesorado y de los miembros directivos del centro. La declaración que hace la LOMCE es de singular importancia y contribuirá a agilizar y dar más eficacia a los procedimientos disciplinarios que se lleven a cabo en los centros, reforzando en definitiva la autoridad del profesor, sin necesidad de una proclamación expresa en este sentido.

Este principio, ya venía establecido en el Art. 137 de la Ley 30/92 de Bases del Régimen Jurídico de las Administraciones Públicas y del Procedimiento Administrativo Común, dentro del Capítulo II del título IX, bajo la rúbrica de “Principios de la Potestad sancionadora”, al disponerse que:

“...Los hechos constatados por funcionarios a los que se reconoce la

condición de autoridad, y que se formalicen en documento público observando los requisitos legales pertinentes, tendrán valor probatorio sin perjuicio de las pruebas que en defensa de los respectivos derechos o intereses puedan señalar o aportar los propios administrados...”

El proyecto de la LOMCE, lo singulariza respecto de los profesores y miembros del equipo directivo a los que, implícitamente, considera autoridades.

B) *Otras propuestas legislativas*: Analizado el Art. 124 del proyecto de LOMCE, nos queda referirnos brevemente a otros dos futuros instrumentos legales que, de llegar a entrar en vigor, tendrán una incidencia indudable sobre la autoridad del profesorado:

—En primer lugar, el *Estatuto del Personal Docente no Universitario* cuya regulación, como ya habíamos anunciado al principio, se encomienda a una Ley específica. Pero no es la primera vez que se intenta legislar sobre esta materia. En el 2007, el propio Ministerio, en aquel entonces de Educación y Ciencia, elaboró un proyecto de estatuto que no llegó a buen puerto. Lo cierto es que en dicha propuesta no se hacía mención a la autoridad del profesorado.

En contraste, de llevarse a cabo las propuestas educativas del gobierno del Partido Popular, contenidas, entre otros, en el documento mencionado al principio de este artículo, las consideraciones legales inherentes al reconocimiento de la autoridad del profesorado deberán ser introducidas en el futuro estatuto. Ello tendrá consecuencias, entre otras, penales; reforzándose la posición jurídica de los maestros cuando actúen en el ejercicio de sus funciones.

—En segundo lugar, la promulgación de una *Ley sobre la Función Docente*, que prevé el apartado XV del preámbulo del Proyecto de Ley de LOMCE, y que, casi con toda seguridad, deberá reconocer el principio de la autoridad docente.

En conclusión, pudiera parecer que con todo este arsenal legislativo, la autoridad de los maestros va a quedar plenamente garantizada. Sin embargo, no podemos finalizar esta modesta aportación sin hacer mención o reincidir en las siguientes cuestiones que, a mi juicio, quedan abiertas y condicionarán con fuerza el éxito o el fracaso de la reforma educativa en el aspecto parcial que estamos aquí analizando:

A) *El carácter intensamente descentralizado del sistema educativo español*, casi completamente en manos de las Comunidades Autónomas, y la radicalización política de las posturas a favor y en contra de la reforma dificultan gravemente la implementación de las medidas para la mejora de la calidad educativa, corriéndose un doble riesgo: que la aplicación de la reforma dependa, en gran parte, del color político del parlamento autonómico y que, en el futuro, el mantenimiento de las medidas adoptadas dependa del carácter político del gobierno nacional de turno.

B) *La crisis de valores* que está sufriendo la sociedad española: sin la toma de conciencia por la sociedad española, y en particular por las familias, de que el reconocimiento a la autoridad del maestro, los valores de esfuerzo y capacidad de sacrificio y sobre todo la autodisciplina, en el sentido de autolimitación y respeto al prójimo, son valores positivos y primordiales, será muy difícil embridar la buena marcha de las aulas y conseguir una docencia pacífica y fructífera para todos los actores de esta magna obra de teatro que es una educación con calidad.

C) *La necesidad de introducir la inteligencia emocional* como asignatura fundamental del currículum educativo. Defendida entre otros por Daniel Goleman, en Estados Unidos, y Eduardo Punset, en España, la gestión de las emociones y los comportamientos asertivos deben ser promocionados

activamente en los centros con el fin de reducir al mínimo las situaciones de conflicto que exijan la adopción de medidas correctoras. El poder desgasta mucho y es conveniente evitar tener que recurrir permanentemente al ejercicio de la autoridad.

D) *El protagonismo del Sector Educativo*: la primera condición para el buen fin de una reforma es que se crea en ella, que emocione, que motive. Si la recuperación del principio de autoridad no se valora positivamente y se apoya activamente por parte del profesorado, la reforma, al menos en este aspecto, está abocado al fracaso.

En esta línea, nuestro Ministro de Educación, Cultura y Deporte, José Ignacio Wert declaraba recientemente que: “La calidad del profesorado y la familia son factores primordiales para impulsar la mejora del sistema educativo. Un centro de enseñanza con docentes motivados, en contacto con los padres de los alumnos, es un centro con los ingredientes principales para convertirse en una institución de calidad...”

Ahora todo depende de la senda que recorramos los españoles, y nos va mucho en ello, pues como decía nuestro querido poeta Antonio Machado:

Caminante, son tus huellas
el camino; y nada más,
caminante, no hay camino,
se hace camino al andar...



Memorias del circo. Celso Zubire.



GABRIEL ZAID O LA CULTURA DEL LIBRO

JUAN DOMINGO ARGÜELLES

Poeta, ensayista, editor, divulgador
y promotor de la lectura

CONTRA EL BLUFF INTELECTUAL

Existe en México una perversión obvia y hasta el día de hoy firmemente afincada en las mentalidades públicas y privadas: cuando un intelectual, cuando un crítico, cuando un escritor independiente examina la realidad y ofrece propuestas para solucionar los estropicios que ocasionan los políticos y los funcionarios, se piensa inmediatamente que habría que exhortarlo a ser político o funcionario para que, desde el poder, dé solución a los problemas que comenta y documenta.



GABRIEL ZAID O LA CULTURA DEL LIBRO

JUAN DOMINGO ARGÜELLES

Poeta, ensayista, editor, divulgador
y promotor de la lectura

En su defecto, se le invita a convertirse en asesor del político o del funcionario porque, en México, no se concibe que un pensamiento crítico pueda ser útil desde la condición, demasiado distante, de la independencia: para que valga su crítica, tendría que estar en el mismo aparato que critica y, ya instalado ahí, aplicar las medidas correctivas que adelantaba... y dejar de criticar.

La conclusión de los que razonan así es falsamente lógica y del todo previsible: con ello se resolverían dos problemas, a saber: el que ha puesto en evidencia el crítico con su crítica, y la crítica misma o la inconformidad del crítico. Si el crítico se vuelve funcionario o asesor del funcionario, la crítica pierde todo sentido y toda lógica: o se convierte en esquizofrenia o termina en el cinismo.

Esto es así porque el aparato público lee con absoluta desconfianza y con reprobación, si es que algo lee, las críticas del pensamiento independiente, y no está dispuesto a atenderlas ni por un momento porque, según la lógica del poder, las propuestas, para que funcionen, tienen que ser endógenas: tienen que provenir de la propia función pública. De otro modo, toda crítica se considera ataque. Por eso las instituciones piden, exigen "críticas constructivas", es decir una forma de crítica tan trivial que hasta las objeciones parezcan celebración de la ineptitud.

Sobran los ejemplos de intelectuales críticos, presuntamente independientes, que han acabado como funcionarios, asesores y aun coordina-

dores de campañas políticas y políticos de campaña ellos mismos porque no comprendieron jamás que, como alguna vez escribió Mario Vargas Llosa (antes de renunciar, durante un breve periodo de campaña política, a su propia certidumbre) que "la literatura, a fin de cuentas, importa más que la política, a la que todo escritor debería acercarse sólo para cerrarle el paso, recordarle su lugar y contrarrestar sus estropicios".

En México, catastróficamente, no se entiende así el papel del crítico de la cultura. Hay un insistente y dulce canto de sirena que generalmente seduce al crítico del poder con la siguiente letra: Si tanto te preocupan las cosas, no las veas desde la barrera, métete al lodazal a sacar agua para dejar impecable, como propones, este lugar lleno de pringas.

Rara avis es el caso de Gabriel Zaid, nacido en Monterrey, Nuevo León, en 1934, y quien, desde hace más de cuatro décadas, desde que en los ini-

Como alguna vez escribió Borges respecto de Sarmiento, parafraseándolo, si en México hubiéramos leído con más atención los libros de Zaid, otra sería nuestra historia y mejor.

cios de los años sesenta comenzó a publicar en suplementos y revistas culturales (*Revista de Bellas Artes, La Cultura en México, Diálogos, Universidad de México, Cuadernos del Viento, La Vida Literaria, Sábado, Proceso, Contenido, La Jornada Semanal, Plural, Vuelta, Letras Libres*, etcétera), se ha distinguido por ser un espíritu lúcido e inquisi-

tivo que ha venido señalando los múltiples problemas de nuestra vida social, política y cultural, sin caer jamás en la tentación o en el chantaje de involucrarse con el poder para, desde ahí, llevar a la práctica las propuestas de solución para enderezar los renglones torcidos de la realidad política, la economía social y la política cultural de nuestro país. Es crítico, no es ingenuo; es bienintencionado pero también inteligente, y sabe que todo lo que se vuelve gobierno deja, por naturaleza, de ser crítico. Si ha propuesto, por ejemplo, una ley del libro (*Por una ley del libro*), lo ha hecho con la esperanza de que alguna idea sensata pueda ser aprovechada entre tanta insensatez y tanto desprecio del poder (es decir, de todos los poderes) por el pensamiento independiente.

Como alguna vez escribió Borges respecto de Sarmiento, parafraseándolo, si en México hubiéramos leído con más atención los libros de Zaid, otra sería nuestra historia y mejor. Pero no los hemos leído con el cuida-



do que merecen, reconociendo la autoridad moral e intelectual que tienen, porque –esta es la razón principal– su crítica viene de fuera: no se da en las juntas de notables y de expertos o en las reuniones de funcionarios y asesores que analizan y banalizan las cuestiones sociales, políticas y culturales, sino que viene desde una autonomía de criterio que siempre resulta sospechosa. Con cinismo, el poder público y académico puede preguntarse: ¿Por qué escribirá todo eso? ¿Qué oscuro interés lo mueve a estar criticando todo el tiempo, a estar señalando constantemente nuestra miseria material y espiritual?

Si nos mantenemos al margen de otros aspectos de su crítica (como los de la política y la economía que confluyen, a fin de cuentas, en el progreso improductivo que, precisamente, es el título de uno de sus libros fundamentales) y nos concentramos, para el interés del presente libro, en la crítica que ha venido haciendo al mundo cultural, encontraremos que tres han sido los aspectos principales en los que ha ahondado con perspicacia y sabiduría:

1. Los simulacros de la cultura y el bluff intelectual,
2. La barbarie ilustrada de los diplomas con su desdén por el saber autodidacto, y
3. El libro y la lectura, y la crítica del ambiente literario.

Existen más aspectos relevantes, desde luego, pero estos tres marcan líneas y derroteros muy precisos, a grado tal que muchos de aquellos que omitimos acaban incluyéndose, de una u otra forma, en estas tres vertientes que también se interrelacionan, alimentan y enriquecen.

Para un lector que se acerca por vez primera a la obra de Gabriel Zaid, lo que llama la atención es que se trata de un autor que escribe extraordinariamente bien, con enorme inteligencia, con una agudeza estupenda y que jamás se permite el aburrimiento: ni de sí mismo ni del lector, ese aburrimiento que es, a su juicio, la negación misma de la cultura. Su prosa es una de las mejores de la literatura mexicana y es sin duda la mejor en el ámbito de las ciencias sociales. El que Zaid sea un escritor ameno, lo contrasta voluntaria e involuntariamente con la mayor parte de los críticos académicos y otros no tanto que resultan inextricables cuando no soporíferos. Es, además, un escritor sumamente cordial sin renunciar ja-

más al rigor; humilde sin ser modesto; carente por completo de vanidad y ausente de petulancia.

Otro elemento que asombra a más de un lector es que sus textos carezcan por lo general de notas al pie, estorbosos aditamentos que la crítica universitaria ha llevado al absurdo en libros donde son más copiosas las notas al pie que lo que la presunta exposición desarrolla en la página. Además, como bien sabemos, un texto académico sin notas al pie da la impresión de que no tuvo trabajo de investigación, aunque para muchos investigadores de este cuño la investigación sea pasarse horas eternas en sus cubículos para anotar que el verso tal del poema tal tenía en su primera versión un punto y coma al final, luego en la siguiente edición sólo una coma, y en las subsiguientes el autor haya regresado al punto y coma, luego al punto, después a la coma y así sucesivamente. Tarea apasionante si la hay, pero que sólo sirve, por supuesto, a otros investigadores universitarios que escribirán al respecto otros libros que alimentarán las reflexiones de los libros de otros investigadores universitarios.

Alfonso Reyes, uno de los autores a quien más admira Zaid, ya se muestra escéptico del beneficio que reportaban tales oficios, y en su delicioso ensayo *Categorías de la lectura*, incluido en *La experiencia literaria*, hace un guiño de sarcasmo respecto de estos personajes que, dice, son la flor de las culturas manidas, que andan en busca de curiosidades que a nadie le importa, sino tan solo a ellos. “Erudito conozco – escribe Reyes, regocijado– que se dispensaba

de leer y se recorría todo un libro deslizando sobre las páginas una tarjeta en blanco en busca de las solas mayúsculas; más aún, en busca de la letra A: ¡es que trataba de despojar las citas sobre Ausonio! ¡Habladle a él de la amenidad de la lectura!”

Gabriel Zaid ha reconocido siempre su deuda con Alfonso Reyes, celebrando precisamente la gracia y la sabiduría de su prosa y la riqueza de su sustancia literaria. (Entre otros textos valorativos al respecto, destaca “*La carretilla alfonsina*”). En un medio donde la mayor parte de los investigadores, ensayistas, críticos, etcétera, no cultivan la transparencia, y donde la formación académico-tecnocrática ha desembocado en no ver con buenos ojos a quienes escriben bien, frente a quienes parecen serios porque escriben aburridamente cosas que sólo les importan a los académicos mismos, Gabriel Zaid es un escritor incómodo: no pocos se atreven a rebatirle porque posee tal agudeza a la hora de responder que atemoriza el ser mostrado en toda la ridiculez pomposa de quienes de pronto se sienten con tamaños para desautorizarlo y sólo consiguen exhibirse ellos mismos.

Polemista temible por la claridad y la contundencia con la que se auxilia de la lógica para mostrar los absurdos, Gabriel Zaid ha venido construyendo una obra que admite la réplica sólo a condición de que se sepa de qué se está replicando. Sería un error enfrentarlo con las únicas armas, por demás débiles, de la formación tecnocrático-universitaria, el credencialismo y el prestigio académico o literario. Cuando se le lee atentamente se descubre que su estilo está alimentado de los mejores pensadores de la claridad: desde Platón hasta Montaigne, pasando por una serie de autores clásicos, modernos y contemporáneos que como Borges, Paul Goodman, Ivan Illich, Karl Popper y E. F. Schumacher, han planteado singularidades que han sido poco atendidas y con bastante frecuencia también muy poco entendidas, pero que Zaid ha sabido aquilatar, examinar y divulgar con inteligencia y con pasión.

Zaid es un escritor que no quiere seducir al lector sino convencerlo, que jamás lo adula y que no teme contradecirlo.

Zaid es de los pocos críticos que, sin ser marxista, si ha de discutir a Marx y sobre Marx, lo ha leído con atención para saber de qué discute. Sus atencísimas y meticulosas lecturas atentas no las han hecho muchas veces ni siquiera los más recalcitrantes marxistas. Así, por ejemplo, en uno de los textos más jubilosos y sarcásticos de *Cómo leer en bicicleta* (“La canalla literaria”), se da el lujo de la muy realista ficción epistolar entre Marx, Engels y Kugelmann. Y como Zaid no se casa con orientaciones ideológicas, lo que ha ocurrido es que lo mismo las izquierdas que las derechas se encuentran sin saber cómo proceder ante él. Lo mismo ha hecho una crítica demoledora contra el bonapartismo y el derecho de clan universitario (*UNA Megalomanía*), con lo cual muchos de los “unameños” que lo leyeron acabaron por considerarlo su enemigo, que también pronosticó el final del sistema de gobierno unipartidista mexicano del PRI, por lo que lo odian los priistas y lo aprecian los militantes del Partido Acción Nacional sin darse cuenta éstos que el problema no es de partido sino de inteligencias, y que en este terreno tampoco los panistas salen muy bien librados.

La crítica cultural de Gabriel Zaid ha sido devastadora para el medio literario mexicano (*Cómo leer en bicicleta*, *Leer poesía*, *De los libros al poder*, *Organizados para no leer*, etcétera), lo cual lo convierte en un autor inasible, inmanejable. Su pensamiento

lúcido e insobornable lo hace imposible de encasillamiento para conseguir de él que se sume a alguna corriente que, desde el poder o desde la oposición, aliente una propuesta de intelectual orgánico, la figura preferida de nuestros intelectuales que, fingiendo autonomía, hablan al oído del soberano y se dejan consentir y estimular con muy neutrales retribuciones.

A diferencia de este tipo de intelectual, Zaid es capaz de una defensa gremial como escritor (por ejemplo, frente a los excesos tributarios), pero no por la razón de gremio, sino por la razón de la lógica: “La exención a las regalías autorales (no a cierto tipo de personas) favorece la formación de capital cultural, con la ventaja social adicional de que la obra, finalmente, deja de ser un patrimonio familiar heredable para volverse patrimonio de todos. Por eso es razonable decir que suprimirla es anticultural”.

Octavio Paz lo definió a la perfección: “Zaid es un escritor que no quiere seducir al lector sino convencerlo, que jamás lo adula y que no teme contradecirlo. Habla bien del público mexicano que un escritor así sea leído y estimado. Conciso, directo y armado de un humor que va del sarcasmo a la paradoja, Zaid satisface una necesidad intelectual y moral del lector mexicano, hastiado de la inflación retórica de nuestros ideólogos, truenen desde lo alto de la pirámide gubernamental o prediquen desde los pulpitos de la oposición. En un país donde la incoherencia intelectual corre pareja con la insolvencia moral, el método de reducción al absurdo —el favorito de Zaid— nos devuelve a la realidad. A esta realidad nuestra, a un tiempo risible y terrible”.

Para Paz, los artículos y ensayos de Zaid sorprenden, hacen pensar, intrigan y a veces irritan, pero incluso en esta irritación, o quizá sobre todo por ella, es que los artículos de Zaid sorprenden, hacen pensar e intrigan. Muchas de las cosas que no habíamos observado con claridad, Zaid nos las expone de un modo magistral para que las veamos en su exacta dimensión, auxiliado muchas veces por el diablo de los números, por esas estadísticas

endiabladas que, a manera de reforzamiento de sus ideas, sustenta con endemoniada claridad.

En su espléndido ensayo *La carretilla alfonsina*, dedicado, como es de suponer, a las aportaciones literarias de Alfonso Reyes, Gabriel Zaid advierte que “es posible y deseable, como lo muestra Reyes, que el especialista sea mucho más que un especialista: un espíritu ensayante, un escritor de verdad. Ha sucedido con filósofos, historiadores, juristas, médicos. Pero, con el auge de la universidad como centro de formación de tecnócratas, la cultura libre (frente a la cultura asalariada), la cultura de autor (frente a la cultura autorizada por los trámites y el credencialismo), la creación de ideas, metáforas, perspectivas, formas de ver las cosas, parecen nada frente a la solidez del trabajo académico. La jerarquización correcta es la contraria. El ensayo es tan difícil que los escritores mediocres no deberían ensayar: deberían limitarse al trabajo académico”.

Así como, a decir de Zaid, Alfonso Reyes jamás se dejó intimidar ni actuó “como si la creación fuese menos importante o menos investigación que el trabajo académico”, de este mismo modo, el propio Zaid sabe perfectamente que los presupuestos que se destinan a la investigación académica no garantizan en absoluto que de ahí salga siempre algo que valga la pena. La jerarquización correcta es la contraria. Tratándose de la cultura, son pocas las investigaciones que descubren una vertiente inédita u original, o por lo menos cordial, sin aburrimiento, en la obra de un autor estudiado o en la crónica de un periodo determinado lleno de notas al pie pero carente muchas veces de ideas atractivas, provocativas, estimulantes, reveladoras, sugerentes, ya no digamos incitantes ni mucho menos excitantes.

Así como la investigación académica sólo suele leer a través de las credenciales, los títulos y los diplomas, de este mismo modo, en el medio cultural no académico, y esto lo ha advertido con singular perspicacia Zaid, son muchos los cultos que suelen leer sólo a través del prestigio y la bibliografía. Como bien advierte nuestro escritor, los simulacros han terminado por sustituir a la sustancia y son muchos los que creen que saben porque en su casa tienen libros, o que piensan que son sabios porque poseen amplia bibliografía personal. El día que realmente leamos en las obras y no en los autores, ese día los prestigios de muchos nos parecerán, seguramente, menos sólidos de lo que creíamos, y aprende-

“La letra muerta no es un mal de la letra sino de la vida. Hay mucha letra muerta en la conversación, en la cátedra, en los sermones, en los discursos, en las palabras y en los actos de la vida cotidiana.”

remos a juzgar por nosotros mismos y no por lo que los simulacros han establecido.

A fin de cuentas, expresa Zaid, lo que importa de la cultura es qué tan viva esté, no cuántas toneladas de letra muerta es capaz de acumular. Lo que importa de la cultura es la conversación, el diálogo, el intercambio de ideas y de experiencias capaces de transformar y enriquecer la vida; de otro modo, todo se vuelve inútil y sin sustancia, simple ritual vacío que en su repetición y en su insistencia va cavando la tumba de lo que pretendía hacer vital.

Esto nos lleva de algún modo a lo que decía Ramón López Velarde, uno de los escritores católicos a quien con mayor atención ha leído y estudiado Gabriel Zaid (los otros dos son Carlos Pellicer y Manuel Ponce). Siguiendo a Montaigne (“el más fructuoso y natural ejercicio de nuestro espíritu es, a mi entender, la conversación”: *Del arte de platicar, Ensayos*, libro tercero), uno de sus autores predilectos, López Velarde, sostenía: “En más de una ocasión he querido convencerme de que la actitud mejor del literato es la actitud de un conversador. La literatura conversable reposa en la sinceridad. Quienes conversan se despojan de todo propósito estéril. En la mesa de los banquetes

rige la cordialidad; los vinos y los manjares, en su eficacia expansiva, consolidan la mutua confianza; los invitados procuran mostrarse unos a otros sus interiores, exactamente, naturalmente; pero al filo de los brindis, los comensales se cohíben y una rígida expectación señorea al concurso. Es que ha llegado el momento de la alocución tiesa. La vida ha dejado de vivirse y va a recitarse”.

Esta recitación de la vida, cargada de petulancia, vanidad y soberbia es la que corresponde exactamente, en la visión de Gabriel Zaid, a los simulacros de la cultura y al bluff intelectual; es todo lo contrario, por otra parte, de la conversación y de la literatura y la cultura conversable, pues en más de una página Zaid ha demostrado que el pensamiento se alimenta de libros y de más pensamiento, de letra y de cultura oral, pero que a la vez los libros se alimentan también de la conversación y de la cultura conversable que nos permite escapar del monólogo solipsista y el narcisismo. Aunque tampoco deba olvidarse que si todo se queda en simulacro, incluso la conversación puede ser letra muerta. Gabriel Zaid nos advierte:

La crítica del credencialismo y la barbarie ilustrada que desprecian todo saber autodidacto ha sido y es una de las aportaciones más importantes dentro de la reflexión de Gabriel Zaid.

“La letra muerta no es un mal de la letra sino de la vida. Hay mucha letra muerta en la conversación, en la cátedra, en los sermones, en los discursos, en las palabras y en los actos de la vida cotidiana. Recordemos, simplemente, la escena medieval que se prolonga hasta nuestros días: en el salón de clase, el maestro lee sus apuntes y los alumnos toman notas. ¿Cuál es aquí la función del maestro? No la reproducción socrática, del partero espiritual que va sacando al mundo la inteligencia de su interlocutor, sino la reproducción fonográfica de la aguja que va recorriendo la escritura. Hoy, que el exceso de población, que el exceso de escolaridad, que el excesivo costo de la atención personal, hacen imposible tener un Sócrates en cada salón de clase, ¿hasta qué punto el aula no es una máquina obsoleta frente a muchas otras formas de enseñanza y animación, como la biblioteca?”

Los simulacros de la cultura y el bluff intelectual nos llevan directamente a la barbarie ilustrada de los diplomas y el desdén por el saber autodidacto. Así lo ha demostrado Gabriel Zaid en diversos escritos. Bien nos hace notar que, en una encuesta de lectura, Sócrates sería relegado en los niveles más bajos, y que además su baja escolaridad, su falta de títulos académicos, de idiomas, de currículo, de obra publicada, serían impedimentos para concursar para un puesto importante en la burocracia cultural, ya no se diga que pudiera tener acceso en la jerarquía académica o en la tecnocracia universitaria. Todo lo cual, concluye Zaid, confirmaría la crítica de la letra que hace

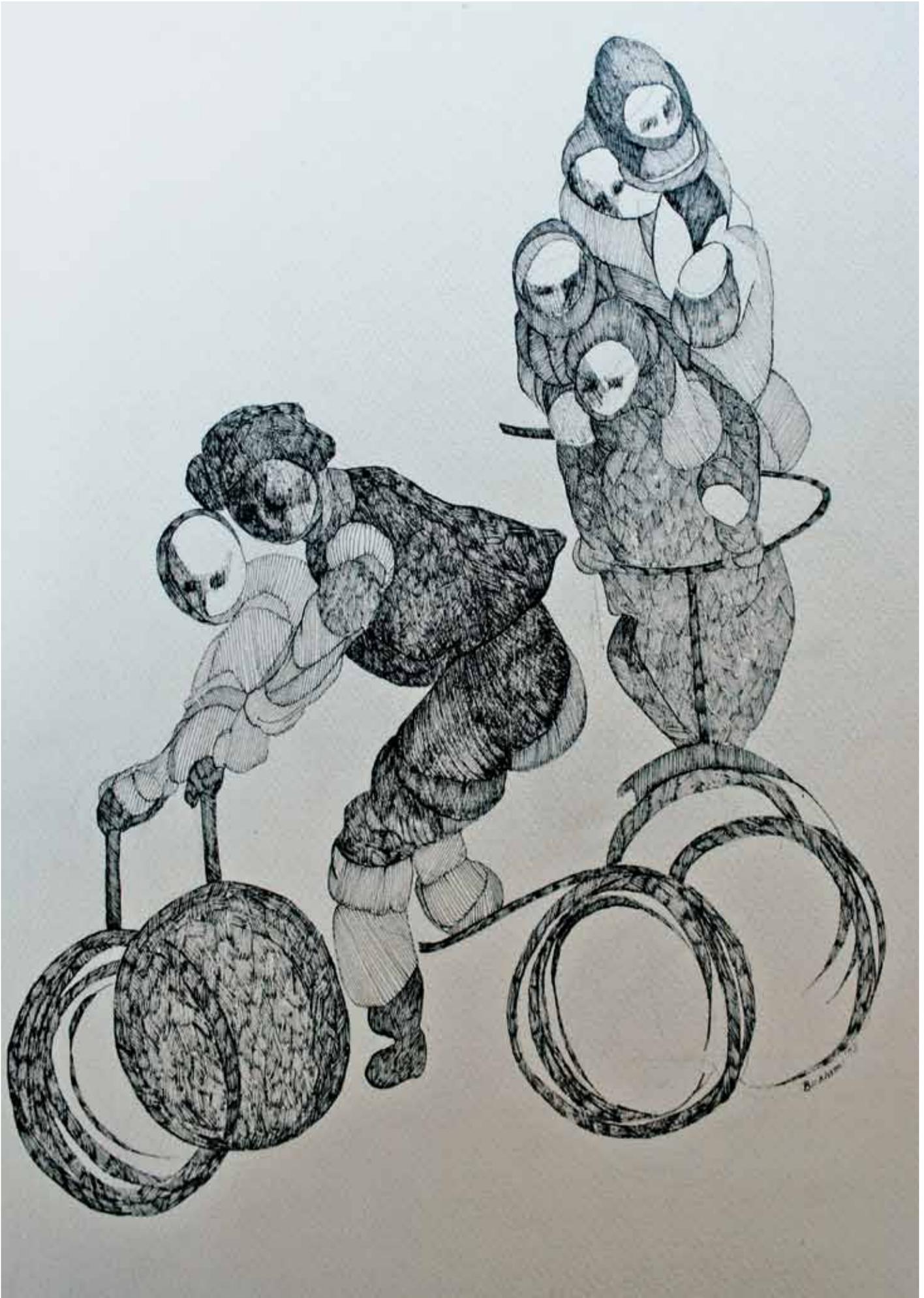
el propio Sócrates: “los simulacros y credenciales del saber han llegado a pesar más que el saber”.

Gabriel Zaid estaría de acuerdo con Ezra Pound cuando éste afirma que hoy es inconcebible que un hombre desconocido pueda sustituir a cualquier catedrático por el simple procedimiento de exhibir una inteligencia superior. Sin

embargo, como refiere Pound, esto ocurrió alguna vez con el asceta Abelardo, y lo más sorprendente para la mentalidad actual es que ello sucedió “cuando las universidades eran un factor importante en la vida intelectual de la cristiandad”.

Relata Pound: “En la vida de Abelardo leemos que, habiendo aprendido a razonar en la escuela de Roscelin, viajó a París y tuvo un encuentro con alguien cuyo nombre hemos, yo y casi todos, olvidado. Esta persona detenía la cátedra de Filosofía y Abelardo empezó a discutir con ella, y poco tiempo después el caballero, cuyo nombre hemos olvidado, daba clases en otro lugar río abajo, mientras Abelardo disertaba en París. Con el correr del tiempo, Abelardo recibió una llamada del hogar para que presenciara la ejecución del testamento paterno. Y el profesor volvió a París. Y más tarde Abelardo volvió a París, y el profesor se fue. Y Abelardo asumió el ascetismo, retirándose hacia los despoblados, y cinco mil estudiantes lo siguieron y acamparon en esos despoblados, exponiéndose a todo tipo de penurias”.

La crítica del credencialismo y la barbarie ilustrada que desprecian todo saber autodidacto ha sido y es una de las aportaciones más importantes dentro de la reflexión de Gabriel Zaid. Ha demostrado perfectamente que una buena parte de los graduados y posgraduados universitarios no tienen, como dijera el mismo Pound, una mínima noción del contacto que debería tener su especialidad con la realidad. “Al posgraduado —advertía Pound— no se le enseña a pensar en sus pequeños descubrimientos como realidades relacionadas con su tema considerado como una totalidad. Si por azar su tema fuera la historia de un arte, él difícilmente consideraría que su trabajo está relacionado con la vida de tal arte”.



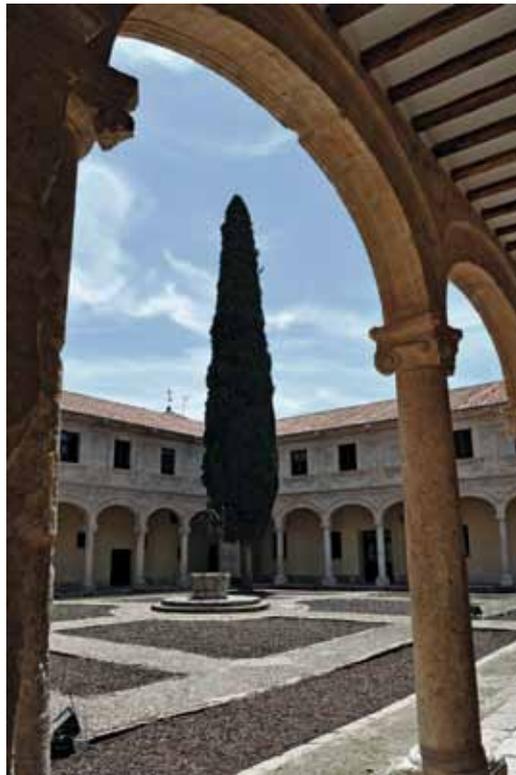
Las credenciales, los títulos y los diplomas se han convertido en sustitutos del saber o, lo que es peor, en pruebas de que *se sabe*. La certificación del conocimiento no lo dan ya, como en la historia de Abelardo, los cinco mil estudiantes que siguen al profesor porque encuentran estimulantes e incitantes sus enseñanzas, sino los documentos que, exhibidos ante quien corresponde, abren las puertas de la cátedra, la investigación y, en general el trabajo académico, incluso a los que no podrían hacer que los siguieran un par de estudiantes sinceramente convencidos de que su saber es provocativo.

Universitarios “bien preparados” como se suele decir, son incapaces de dinamizar la vida académica o de vivificar, como dijera Zaid, la letra que es planta seca del habla. Por algo será que Carlo M. Cipolla lleva a cabo una implacable sátira contra las certidumbres y servidumbres universitarias en su libro *Allegro ma non troppo*, permitiéndose enunciar “Las leyes fundamentales de la estupidez humana” dentro de las cuales las clases y castas laicas ocupan un lugar privilegiado, pues “la prueba de que la educación y el ambiente social no tienen nada que ver con la probabilidad de estupidez nos la han proporcionado una serie de experimentos llevados a cabo en muchas universidades del mundo”. Así, luego de clasificar a la población de una universidad dentro de cuatro grandes grupos (bedeles, empleados, estudiantes y cuerpo docente), se halló en el análisis que en cada uno de ellos había una fracción proporcional de estúpidos, independientemente del nivel cultural o de los prestigios académicos. Auténticas elites del cuerpo docente detentaban su grado de estupidez tanto si pertenecían a una universidad pequeña, un instituto famoso o un centro de estudios desconocido.

El credencialismo que ha venido criticando Gabriel Zaid puede llevar a aberraciones culturales y políticas francamente ridículas, como la que observa nuestro autor en *Hacen falta empresarios creadores de empresarios*: “Así como los misioneros sentían que la mayor generosidad posible con un indio era que sus hijos dejaran de ser indios y se volvieran misioneros, los universita-

rios sienten que la mayor generosidad posible con los campesinos, los artesanos, las comadronas, los que producen y venden en talleres rústicos, en bicicletas, en los mercados, no es ofrecerles recursos para que fortalezcan su independencia y aumenten su productividad, sino ofrecerles un empleo, subsidios y la ilusión de que sus hijos lleguen a ser universitarios”.

Se trata, como bien señala, de una oferta de progreso demagógica, que no toma en cuenta el alegato lleno de sensatez y sentido común que ya hacía Juan José Arreola hace varias décadas. Arreola, a decir de Zaid, ese gran educador por la vía socrática de la conversación, sostenía que no todo el mundo puede ni debe ser universitario. En *La palabra educación*, leemos: “El antiguo desprecio a los que viven de sus manos, encabezado por nobles y militares, clérigos, letrados y aventureros de toda laya, adquiere nueva forma en nuestros días a partir del auge de las universidades modernas”. Para Arreola, lo mismo que para Zaid, hombre culto es aquel que está en comunicación activa con los demás y que, con ello, vivifica la existencia y recircula las ideas, los conocimientos y las experiencias. La paradoja que ha traído la universidad es que los universitarios comprenden cada vez menos a los que no son, como ellos, universitarios, soslayando que la inteligencia es la capacidad de unir unas cosas con otras, de ligar hechos correspondientes y de saber comprender y distinguir a través de esas correspondencias.



Patio, Universidad Alcalá de Henares.
Natalia K. Denisova

Gabriel Zaid suscribe sin duda un principio educativo, arreoleano por excelencia: el de la diversidad de oficios sin necesidad de pasar por el claustro universitario. Explica Arreola que se violenta una razón natural cuando se ha vuelto una obligación tener diploma para ejercer un dominio que se posee y en el que incluso se puede ser maestro sin escolarización. “Una cantidad muy grande de personas que estaban destinadas a ser obreros —enfatisa Arreola— ahora pueden ser profesionistas. La idea de que el hombre debe ascender forzosamente es nociva en la educación, y es falaz la idea de liberarse de la carga social mediante la profesión”.

A esto es a lo que llama Zaid el progreso improductivo: el ascenso en la escala social, mediante la escolarización, el credencialismo y los diplomas, sin conseguir que ese nuevo estatus produzca algún beneficio para la comunidad. Pero, eso sí, los universitarios adquieren la conciencia de que quien tiene los diplomas tiene el Saber, y, en consecuencia, quien tiene el Saber (“saber para subir”, dice Zaid) debe tener el Poder, aunque desde el Poder los universitarios no hayan demostrado tener mejores luces que los no universitarios.

Así lo expone Gabriel Zaid: “Mucha gente preparada cree que el poder debe estar reservado a la gente preparada, aunque haga una burrada tras otra. No puede creer que un campesino, que le deba el poder a su comunidad y le tenga que rendir cuentas, gobernará mejor que un licenciado que le deba el poder a su sinodal y no le rinda cuentas a nadie. Para mucha gente preparada es inconcebible someterse al voto de la gente menos preparada. Has-

ta le parece un peligro: son tan primitivos, tan manipulables, que fácilmente votarían por Hitler. Por su propio bien, es mejor que todo siga en manos de la oligarquía universitaria: la gente que no le debe el poder a los votantes sino a otros universitarios, capaces de apreciar sus ideas avanzadas, sus méritos curriculares”.

Por todo ello, concluye Zaid, esta tribu del progreso, que no suele reconocerse como tribu; esta tribu del Espíritu o del Topos Uranios, no concibe otra forma de la redención del indio, el campesino, el obrero, el artesano, el empleado, etcétera, que dejar su ser y adoptar el de la tribu del progreso: dejar de ser indio para ser universitario; dejar de ser artesano, para ser universitario; porque si no adquiere esta nueva identidad, no llegará jamás al progreso.

Aunque, como explica Gabriel Zaid, el cielo que nos tiene prometido el progreso, no acaba nunca de llegar, la denominada “cultura del progreso” se ha impuesto, por las buenas o por las malas, a las culturas tradicionales, negándolas, desdénandolas, aunque no muestre ninguna ventaja real indiscutible en el modelo que impone y que se basa, antes que en cualquier cosa, en la meritocracia universitaria.

“El saber, el poder, del dinero, los privilegios —denuncia Zaid en *El progreso improductivo*—, se han ido concentrando en las grandes ciudades a través de organismos centralizadores, estructurados piramidalmente y encabezados por universitarios. Esta prosperidad refuerza la fe ciega en la educación superior, en la organización superior, en las soluciones grandiosas, y polariza el desarrollo (mundial y de cada país) en dos extremos improductivos: la baja productividad del sector piramidado (por unidad de sus costosas inversiones) y la baja productividad (por persona) del sector tradicional. Se trata de un despilfarro viable, económicamente, porque la concentración de capital (por persona, por hectárea, por empresa u organismo) compensa la menor productividad del capital concentrado; políticamente, porque esta concentración favorece a los promotores y dirigentes del progreso, cuya acumulación de capital curricular (estudios, realizaciones) parece un mérito legítimo y asequible a todos; socialmente, porque las ilusiones progresistas no son vistas como ilusiones en la cultura del progreso”.

Volviendo a Sócrates, el sabio soberanamente libre, como lo llama Zaid, habría que reivindicar la sabiduría analfabeta sin credencial y sin diploma que tanto desprecia la tribu universitaria; reivindicarla a partir de un argumento socrático actualizado por el autor de *De los libros al poder*: “no hay que dejarse arrastrar por el progreso, hay que ponerlo al servicio de la vida”.

Haciendo un sencillo pero a la vez irrefutable juego de palabras, la tribu universitaria se asume como universal y aria. Y es aria por el hecho de estar constituida por los ungidos que han pasado por las aulas de la educación superior, han sabido para subir y han pasado de los libros al poder. Su desdén por el conocimiento autodidacto los ha llevado a creer que, para que alguien sea digno de que se le tome en cuenta, debe pasar forzosamente por la fábrica del progreso; del progreso, sí, acotaría Zaid, pero del progreso improductivo.

Este singular mito universitario forma parte de la simbología fundacional de la modernidad mexicana, que no admite ni la más mínima ironía a riesgo de despertar la ira sagrada de la tribu. Se añade, con naturalidad, a otros dos mitos hasta hace algunos años intocables: el ejército y la institución presidencial. El símbolo de la institución presidencial ha sufrido, en el

siglo XXI, una clara erosión que ha pasado de la ironía al franco sarcasmo; en cambio, el ejército y el mito universitario se conservan prácticamente intactos, inmaculados. La crítica de Gabriel Zaid en este punto sólo puede ser vista como un atrevimiento imperdonable y más aún como un sacrilegio de reprochable inspiración herética.

La crítica zaidiana de la tribu del progreso desemboca de manera natural en la crítica de los usos del libro y la lectura como valor simbólico, así como la crítica del ambiente literario pleno de simulaciones a grado tal que los personajes que en él se desenvuelven con soltura suelen confundir la apariencia con la sustancia, la representación con la literatura. Los libros son importantes, son necesarios y fundamentales, pero los universitarios no desean leer sino escribir, porque la lectura, que podría despertar las potencialidades de la vida misma acaba por ser poco estimada y no muy apreciada si sus resultados curriculares no son palpables.

El problema del libro no está en los millones de pobres que apenas saben leer y escribir, sino en los millones de universitarios que no quieren leer, sino escribir.

Con el método de razonamiento socrático, que prodigiosamente cultiva Zaid, nos muestra el lado absurdo de las cosas y, en este caso nos lleva a que el contraste nos hiera. Dice: “La misma persona que se gasta 150 pesos en una camisa que va a pasar de moda in-

mediatamente, y que protesta por los 40 pesos de un libro, desechará la camisa sin el menor escrúpulo, pero nunca tendrá el valor de desechar el libro: sentiría que comete un sacrilegio. Debe reconocerse que un ratero vulgar no presume de serlo, como un ratero de libros. Debe reconocerse que aunque los editores sean industriales en pequeño, como los fabricantes de calcetines, son tratados como si fueran figuras omnipotentes. Que aunque los escritores sean económicamente pobres diablos, en el orden simbólico se les tiene en un pedestal”.

Esta ambivalencia que Zaid denomina sacramental otorga al libro una especie de transubstanciación hasta convertirlo en Espíritu. Pero la gente y, entre ella, una gran cantidad de universitarios, es decir de gente culta, sigue sin saber para qué otra cosa sirve el libro además de funcionar como argumento palpablemente probatorio de que se es culto, de que se ha estudiado, de que se ha abrevado en las fuentes del Espíritu, y de que ha funcionado su acercamiento epidérmico para conseguir el título, el diploma y la certificación del saber.

Y este Espíritu es, de pronto, como el Espíritu Santo: estamos dispuestos a creer que el libro tiene un valor que ninguna otra cosa posee, pero no todo

el mundo que tiene contacto con los libros sabe exactamente cuál es ese valor, aparte de aquel que prueba que, porque los consultamos, estudiamos en ellos, los editamos o los vendemos, nos hace diferentes respecto de los demás seres humanos que no leen, ni estudian, ni editan ni venden libros.

En *Los demasiados libros*, obra ya clásica en la bibliografía de Gabriel Zaid, el autor expone con devastadora lógica: “Hay millones de personas con estudios universitarios. Por mal que estén económicamente, pertenecen a la capa superior de la población. Pues bien, estos millones de personas superiores en educación y en ingresos, no dan mercado para más de dos o tres mil ejemplares por título, o mucho menos. Y si las masas universitarias compran pocos libros, ¿para qué hablar de masas pobres, analfabetismo, poco poder adquisitivo, precios excesivos? El problema del libro no está en los millones de pobres que apenas saben leer y escribir, sino en los millones de universitarios que no quieren leer, sino escribir. Lo cual implica (porque la lectura hace vicio, como fumar) que nunca le han dado el golpe a la lectura: que nunca han llegado a saber lo que es leer”.

El mucho bien que ha hecho Gabriel Zaid en el ámbito de nuestra cultura es demostrar que leer no significa tan solo pasar los ojos por la página, sino hacer propia la experiencia de quien escribe y aprender a discutir con el libro como si se tratara, como de hecho lo es, de un interlocutor de carne y hueso, para que el libro adquiera el verdadero sentido para el cual fue escrito: provocar la reflexión, estimular el pensamiento y abrir la sensibilidad hacia regiones insospechadas de duda y de verdad.

Una de las cosas más importantes que ha recomendado Zaid es que los libros estén en el sitio adecuado y en condiciones de orden, para que el encuentro con los lectores se produzca inevitablemente, pues “hay demasiados libros, y casi todos cuestan menos que el trabajo de buscarlos inútilmente en muchas partes; menos que el costo de hacerlos llegar hasta el último de sus lectores potenciales”.

Para Gabriel Zaid, “un libro perdido en el caos está perdido sin esperanza alguna. ¿Quién va a fletar una costosa expedición para localizarlo y rescatarlo? Por eso, la exigencia fundamental de la oferta al lector (en una librería, biblioteca, editorial) es que el conjunto sea informativo por su propia forma: que tenga un perfil definido, donde esté claro

qué encaja y qué no encaja. Un perfil definido llama la atención por sí mismo y orienta al que busca. Ahí está el secreto de la imantación que producen ciertos conjuntos: las estrellas dispersas adquieren fisonomía, nombre y hasta leyendas, en constelaciones reconocibles que orientan la navegación. Los buenos conjuntos rescatan los libros perdidos en el caos, generan el mayor número de encuentros felices al menor costo posible; mucho tráfico de lectores y mucha rotación de libros por unidad de inversión, de gastos fijos y de viajes de búsqueda”. En conclusión, como bien lo señala el poeta y ensayista mexicano, “un libro puesto donde corresponde, mejora la atracción del conjunto y es apoyado por el conjunto para encontrar a sus lectores”.

La defensa del libro y la lectura que ha llevado a cabo Gabriel Zaid, va indisolublemente ligado a una crítica incisiva del ambiente literario (“*Organizados para no leer*”) que se mueve entre ritos de sacralidad y de excesivo respeto por los prestigios, toda una serie de protocolos que ha llegado a ser vista, dice nuestro autor, como “la vida literaria” por excelencia.

Contra lo que muchos intelectuales y escritores creen que es la vida literaria y sus formas previsibles, Zaid nos ha venido recordando desde hace muchos años que “la esencia de la vida literaria está en leer, que es una actividad mental y solitaria, aunque puede vivirse como un diálogo, hasta con cierta animación corporal”. Toda la parafernalia que se suele cultivar en torno del libro y la lectura (presentaciones, recepciones sociales, chismes literarios, periodismo de espectáculos culturales, etcétera) y que mucha gente considera es la sustancia, no resulta ser otra cosa, como bien lo ha desnudado Zaid, sino la pura apariencia, la cáscara de la fruta a cuyo centro o cogollo jamás acceden los que se conforman con esa banalidad que los colma.

La realidad aplastante, según lo ha advertido Gabriel Zaid, es que los libros son demasiados y que no se puede leer tanto. La imposibilidad de leer todo, por obvia está descartada, pero aun en el caso de que se quisiera leer una parte importante de lo que cada día arrojan las prensas, ello nos conduciría, también frustrantemente,

a que un lector asiduo apenas si puede agotar en una vida longeva millar y medio de libros, y ello si renuncia por supuesto a todos los distractores que conforman la falsa esencia de “la vida literaria”.

De ahí, la crítica de los demasiados libros entronca con la necesidad de saber elegir y saber, además, qué es lo que se quiere cuando, dicho con humildad y sensata sinceridad, “leer no sirve para nada: es un vicio, una felicidad”.

La obra de Gabriel Zaid es vasta y diversa, como su cultura; es aguda como su sensibilidad y su inteligencia; afilada para romper el hielo de la indiferencia que pudiese presentar un lector. En ella se concentran varias lecciones que son decisivas más allá de la literatura: su moralidad incorruptible, su alejamiento del bullicio banal y vanidoso de lo que se ha dado en llamar, en todo tiempo, el “medio intelectual”, y sobre todo una virtud que resulta insólita en la cultura mexicana: su independencia frente al poder, en un ambiente que obliga o condiciona la pertenencia a un grupo, a un clan, a una religión, a una ideología o a un credo político.

Desde hace varias décadas, Zaid se ha entregado a la tarea de pensar por sí mismo. No se ha dejado llevar por la pasión irreflexiva de los que gimen y lamentan, pero tampoco ha permitido que las razones del poder sean sus razones. Todavía resuenan, en la relectura, y por lo mismo en la actualidad,

Su lucidez, su pasión crítica, su emoción inteligente y su proceder ético, además de su humildad humanista, son las virtudes de un pensador y un poeta muy difíciles de encontrar juntas.



Seminario de Gabriel Zaid: A.Glez Torres, J. Domingo Argüelles, Enrique Krauze, A. Maestre, César Cansino, Fernando Ramirez

las palabras que le dirigiera a Carlos Fuentes, desde la revista *Plural*, en septiembre de 1972:

“Que tus puntos de vista coincidan con la verdad oficial, no los hace menos respetables, en cuanto que son independientes. Que uses tu celebridad para difundirlos, por tu cuenta y en cuanto tuyos, no se te puede reprochar. Pero ¿cómo olvidar que estás en México? Usar el mínimo poder de publicar para celebrarlo, para dar gracias por tenerlo y en último término para devolverlo: para ayudarlo a conseguir sus fines al verdadero poder, que es el ejecutivo, ¿qué diferencia deja, a los ojos del público, entre un escritor independiente y un portavoz del ejecutivo? El contexto, aunque no quieras, configura tu posición como una entrega de independencia. Una entrega totalmente gratuita, en el doble sentido de buena para nada y a cambio de nada: ni para el público ni para ti”.

En México, Gabriel Zaid es nuestro Montaigne, nuestro Voltaire, nuestro William Hazlitt; siempre atento a lo que verdaderamente importa: su disidencia intelectual ha venido a enseñar que la verdad existe pero primero hay que encontrarla y hay que tener el valor de expresarla y la lucidez para hacerlo con claridad y sin equívocos.

No exageraba Octavio Paz cuando afirmó que Zaid jamás adula al lector y no teme contradecirlo. El ensayista, el crítico de la cultura, la sociedad, la economía y la política, el desmitificador del ambiente literario e intelectual exige a quien lo lee lo que él mismo se impone: leer y dialogar por medio de la página con algo más que buenas intenciones: con inteligencia, con emoción, con sensibilidad apasionada pero también con agudo discernimiento.

Por otra parte, entre sus más destacados méritos intelectuales está, como ya lo hemos anticipado, el de no aburrir jamás a sus lectores, pues plantea sus escritos como dentro de un diálogo de inteligentes y de sensibles, de personas que hablan y escuchan el mismo idioma. La reflexión zaidiana se da a través de una reflexión amena y, con frecuencia, llena de buen humor y hasta divertida sin caer jamás en la chapucería de la chacota, de la ligereza del chiste, de la banalización del humor. Y luego, con el uso de las estadísticas prueba sus argumentos, por si alguna duda quedara para, como señalara Octavio Paz, volvernos a la realidad a través del método de reducción al absurdo. Hay tantas cosas absurdas en México, que se dan por buenas, que sólo mostrándolas en su naturaleza del absurdo nos pueden abrir los ojos para que realmente veamos.

Gabriel Zaid ha denunciado la tergiversación de la vida cultural y ha cuestionado y puesto al desnudo, con sus sabias ironías, las falsas verdades, las eternas mentiras, las incapacidades de la ignorancia y de la erudición, las pretensiones del animal curricular y credencialista, en fin la pedestre mitología de la inepta cultura. Su lección esencial nos dice siempre, a los lectores (los ciudadanos que leemos) que ya es hora de acabar con la impunidad y con las desdichas que engendra la impunidad: el silencio, la complacencia, la resignación. La lectura es, también, y quizá sobre todo, un ejercicio moral, un planteamiento ético. Así lo entiende Zaid, corrigiéndonos, educándonos, mejorándonos.

EL DIÁLOGO CON LOS LIBROS

Parfraseando el juicio que Gabriel Zaid emitió alguna vez sobre otro escritor, me parece justo decir también, casi con sus propias palabras, que si Zaid no fuese mexicano, los mexicanos tendríamos que importarlo, probablemente en malas traducciones. Su lucidez, su pasión crítica, su emoción inteligente y su proceder ético, además de su humildad humanista, son las virtudes de un pensador y un poeta muy difíciles de encontrar juntas.

Gabriel Zaid es un escritor excepcional que ha roto, en México, todos los paradigmas del intelectual como *gurú* y como *figura pública*. Él no desea ser ni un *gurú* ni una *figura pública*; lo que busca es dialogar con los lectores a través de sus libros y sus artículos. Y esto es lo más parecido al ideal de la lectura. El autor está en lo que escribe, no al margen de la letra.

Si Gabriel Zaid escribiera no en español, sino en una lengua extranjera, lo tendríamos en México, en España y en los demás países hispanoamericanos, traducido, porque es un autor a la altura de los mejores, cuyos dones socráticos nos hacen placenteros el pensamiento y la reflexión, incluso en su poesía.

Cuando evoco a Gabriel Zaid (1934), lo imagino siempre en diálogo, junto a pensadores y escritores de la dimensión intelectual de Paul Godman (1911–1972), Ivan Illich (1926–2002), Noam Chomsky (1928), George Steiner (1929), Edward W. Said (1935–2003), Stephen Vizinczey (1933) y André Comte-Sponville (1952), entre otros. Quiero decir con esto que Zaid es un lujo mexicano e hispanoamericano en medio de tanta impostura y tanto simulacro protagónico que nos agobian.

Si Evtushenko afirmaba en 1963 que la autobiografía de un poeta son sus poemas y el resto es sólo comentario, en el caso de Gabriel Zaid él está en sus libros, íntegramente, y todo lo demás es marginal. Su vida privada es eso: privada, pero es que, en realidad, si somos lectores atentos, veremos que un escritor inteligente y apasionado, como lo es él, está siempre entre nosotros dialogando, y sembrando dudas, como lo hacían en el ágora los antiguos pensadores que merecían tal nombre.

Es difícil jerarquizar de un manera precisa en dónde están las aportaciones más relevantes de Zaid dentro de una obra que abarca la poesía, el ensayo literario y, especialmente, sobre poesía, así como la crítica del mundo cultural (en particular lo que atañe al libro y a la lectura), el análisis y la reflexión sobre la política y la economía, y su labor de lector y antólogo de la poesía mexicana.

De cualquier forma, no creo que Zaid privilegie unas cosas sobre las otras. Hombre de letras, pero también de cordialidad vital y de gentileza intelectual, este ingeniero de las letras ha beneficiado sin duda al medio cultural, con una congruencia pocas veces vista. Aborda con pasión y lucidez todo aquello que le interesa y lo conmueve, con una prosa espléndida y con una claridad de exposición que nada tienen que ver con el género aburrido de mucha prosa académica y burocrática.

Según nos ilumina Guido Gómez de Silva, “ingeniero” probablemente es traducción del italiano *ingegnere* que a su vez deriva de *ingegno*

(habilidad, destreza, inteligencia) y del latín *ingenium* (talento natural, habilidad, inteligencia). Nada más apropiado que esta tríada (talento, habilidad e inteligencia) para definir las herramientas con las que ha venido trabajando el ingeniero Zaid. Sus lecciones y sus virtudes están en cientos de páginas que pueblan sus libros y en otros centenares más, aún no recogidas en libros, que constituyen sus colaboraciones cotidianas en diarios, revistas y suplementos culturales.

Como si esto fuera poco, Gabriel Zaid es gentil como persona. La pedertería no tiene sitio en su actitud, y muestra un interés siempre abierto y sincero a lo que hacen los otros escritores, incluidos los de las generaciones jóvenes. (Por ejemplo, su *Asamblea de poetas jóvenes de México* sentó un precedente no sólo recopilatorio, sino también analítico e investigativo, que aún no ha sido igualado.)

Exigente lector, su propia obra poética no ha sido excluida de su mirada crítica. Más que crecer, esta obra ha disminuido, pues la vigilante auto-crítica de su autor, sumada a la atención que pone en el parecer de sus lectores, lo condujo a dejar en su mínima expresión el volumen de sus poemas, luego de suprimir ¡141 textos!

¿Qué revela todo esto? Fundamentalmente, una congruencia, pues lo que pide a los demás se lo exige a sí mismo incluso con mayor severidad. No es un falso elogio cuando afirma que “la lectura de mis lectores me ayudó a distanciarme de los poemas, verlos con otros ojos y cuestionarlos en

conjunto y en detalle”. Y así como cree y confía en la lectura de sus lectores, los que lo leemos creemos en él porque nunca ha traicionado su vocación crítica en aras de quedar bien con nadie.

A sus lectores no les da concesiones, porque él mismo como escritor no se las permite: prefiere la verdad por encima del consuelo y, en contra de cierta costumbre muy arraigada y extendida en México, se niega a asumir la crítica como una obra de caridad. La crítica auténtica, cuando lo es, ilumina los caminos del lector y refuerza la confianza ética del ciudadano.

El Colegio Nacional (institución a la que pertenece) ha publicado cuatro tomos de sus *Obras*: el primero, abarca su poesía (*Reloj de sol*); el segundo, sus *Ensayos sobre poesía* (*La poesía en la práctica, Leer poesía y Tres poetas católicos*); el tercero, su *Crítica del mundo cultural* (*Los demasiados libros, Cómo leer en bicicleta y De los libros al poder*), y el cuarto, su crítica social, que redujo al volumen *El progreso improductivo* y que nos dejó pendientes (seguramente por afán de revisión) los libros *La economía presidencial y Hacien falta empresarios creadores de empresarios*.

Sus recopilaciones y antologías poéticas (*Ómnibus de poesía mexicana* y *Asamblea de poetas jóvenes de México*), tendrán seguramente el lugar que merecen en estas reediciones revisadas.

Para Gabriel Zaid “la esencia de la vida literaria está en leer, que es una actividad mental y solitaria, aunque puede vivirse como un diálogo”. Esto se opone a lo que tanta gente cree, equivocadamente: que la verdadera vida literaria está en las actividades colaterales al libro, entre brindis, canapés, volovanes, chismes y vanidades de quienes saben que leer libros es bueno pero que no tienen mucho tiempo para hacerlo, ocupados como están en “la vida literaria”.

De cualquier modo, Gabriel Zaid es un sabio optimista (con un pesimismo bien informado), pues cree “inocentemente, que si el mundo del libro no se reduce a la circulación de celulosa, es porque nunca faltan lectores de verdad”.

Lo he visto algunas veces y he conversado con él de viva voz y por telé-

La crítica auténtica, cuando lo es, ilumina los caminos del lector y refuerza la confianza ética del ciudadano.

fono. Su charla es un placer: gentileza, humildad, sabiduría, inteligencia emocional. Ser su interlocutor ocasional es, para mí, un honor, un privilegio. Sin embargo, lo que a él más le place (quienes lo leemos lo sabemos) no es conceder privilegios, sino animar nuestro diálogo amplio con los libros: los suyos y los ajenos, que también le son propios.

Él mismo, dialogante de la lectura, busca que el diálogo fluya libremente en lo que escribe y publica (“publicar un libro es ponerlo en medio de una conversación”), pues a una persona se le conoce realmente por sus obras, es decir por sus frutos, más que por su apariencia (como bien sentenció el evangélico Mateo).

En el caso de un escritor, sus frutos son sus libros y todo cuanto publica y escribe. Gabriel Zaid habla a través de sus escritos (poemas, ensayos, artículos), y conversa con aquellos lectores que estén dispuestos a escuchar y a intervenir, pues, como él mismo ha dicho, la mejor forma de participar en una conversación es “metiendo la cuchara”.

El vicio de una cultura fetichista, cada vez más orientada hacia la iconolatría, se ha extendido de tal modo, en todo el mundo, que el ruido, el alboroto ensordecedor que rodea a los escritores (como ídolos del rock), impiden francamente la fluida conversación con sus libros. A cambio de ello, tenemos no un dialogo ameno y gentil, sino un parloteo (al margen del libro) todo el tiempo.

Los escritores se vuelven “figuras”, “rostros” y “figurones”, y al “público lector” le importa más “verlos” y “oírlos” que leer sus libros. José Emilio Pacheco tiene razón en su lírica defensa del anonimato: “Extraño mundo el nuestro: cada día/ le interesan cada vez más los poetas;/ la poesía cada vez menos”.

Gabriel Zaid sabe que la cultura es conversación, y que “escribir, leer, editar, imprimir, distribuir, catalogar, reseñar, pueden ser leña al fuego de esa conversación, formas de animarla”.

Nos complacemos con la “figura” y con el simulacro cultural, y así, con mucha frecuencia, hacemos a un lado lo que importa en aras de lo aparente. Trivializamos y banalizamos lo fundamental, y a todo eso le llamamos medio literario y ambiente cultural.

Es sintomático, y del todo lógico, que en este medio literario y en este ambiente cultural, hasta los que se consideran cultos (porque tienen libros) estén “tan absorbidos por el ajeteo del acontecer, que no tienen tiempo de leer”.

El diagnóstico de Gabriel Zaid está en uno de sus ensayos más brillantes (“Organizados para no leer”), en el cual se pregunta y responde: “¿Cómo pueden jerarquizar los acontecimientos literarios aquellos que no leen? Dando por supuesto que el verdadero acontecimiento no sucede en el texto milagroso, sino en los actos sociales que lo celebran. Jerarquizando socialmente, como se jerarquizan las bodas, las solemnidades oficiales, el lanzamiento de nuevos productos; no literariamente, como se jerarquizan los textos maravillosos o decepcionantes. Si el texto maravilloso se publica sin ningún ruido social, no es noticia para la prensa, aunque la noticia corra de boca en boca entre los que sí leen. Por el contrario, un texto decepcionante, pero firmado, publicado, presentado, por personas e instituciones con poder de convocatoria social, sale en los periódicos y en la televisión, aunque la decep-

ción corra de boca en boca entre los que sí leen”.

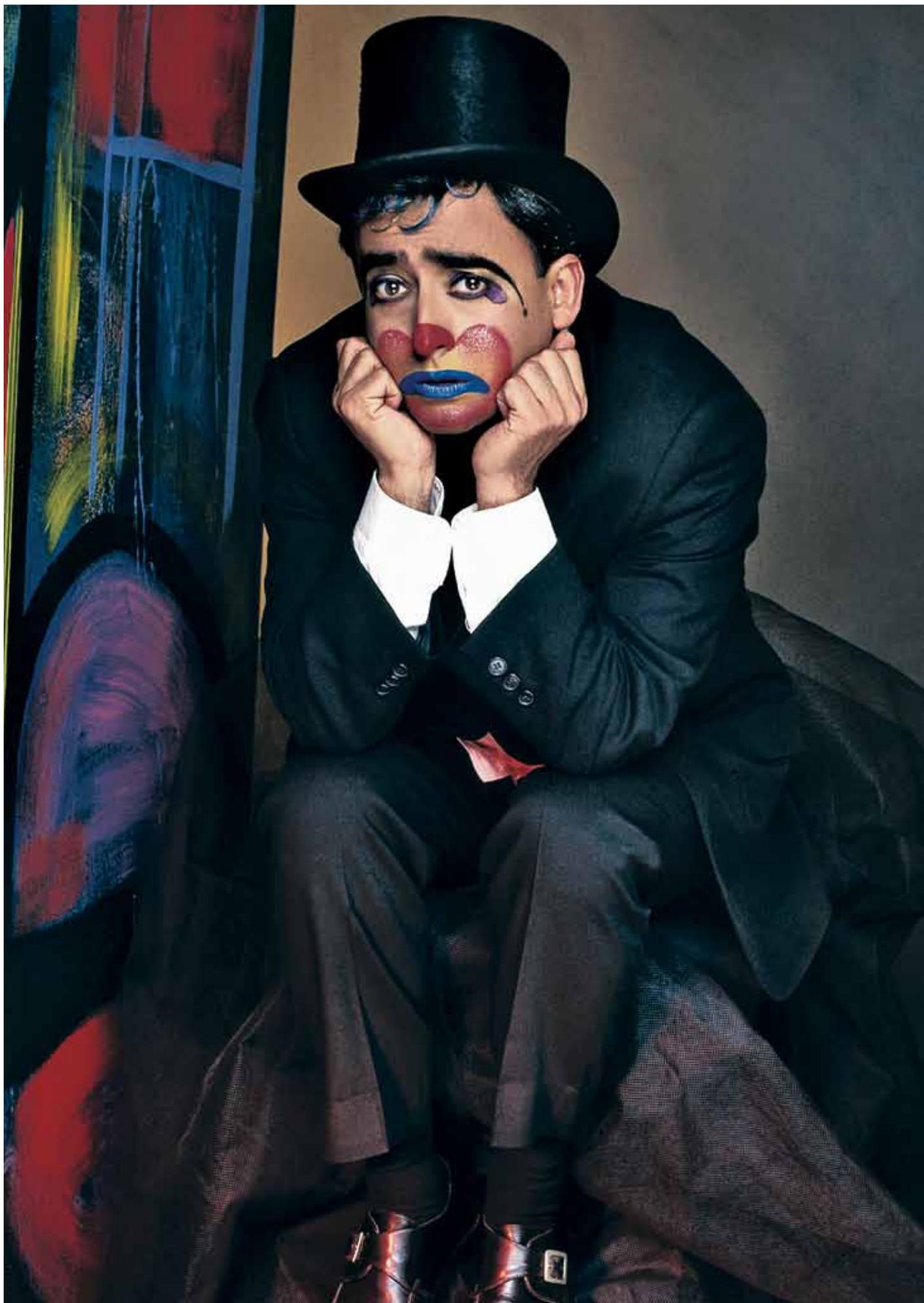
Gabriel Zaid entre los libros y el diálogo auténtico de la cultura. Tal es su exacta y plena identidad. Ajeno por completo a la iconolatría, la simulación y el *bluff* intelectual. En su más reciente libro (*El secreto de la fama*), este gran pensador contemporáneo afirma, en relación con la lectura, que la fama, cuando concentra la atención en ciertos escritores, es algo bueno si nos lleva a sumergirnos en libros extraordinarios, pero también puede ser algo malo “si se reduce a recitar los nombres, sin la experiencia viva de las obras”.

En efecto, esto es lo malo de la fama y la iconolatría: relevar la lectura a cambio de la pose intelectual y el caché de quienes tienen más interés por los nombres y la celebridad de los autores que por los libros que nos pueden entregar algunos de los momentos “más libres, más imaginativos y creadores”.

La iconolatría se ha vuelto también, gracias a la irracionalidad de los cultos, un mal de la letra y de la vida, apartándonos muchas veces y por completo de la realidad. La conclusión de Zaid no puede ser más acertada: “Las personas que salen en televisión (aunque sea un *reality show*) parecen más notables, valiosas, bellas, inteligentes, hasta para aquellos que las conocen, y no les habían visto algo especial. Más de un adorador de estrellas de cine sería incapaz de reconocerlas, si las encontrara trabajando en una oficina, sin maquillaje ni *glamour*. En la vida cotidiana, abundan las personas valiosas, las bellezas notables, las inteligencias superiores, que tienen realidad, pero no imagen, por lo cual pasan de noche para los bobos que adoran la imagen del ‘éxito’. La idolatría de las imágenes deja sin ojos para ver los milagros de la realidad”.

Lo mismo pasa, exactamente, con los escritores y con los libros. Muchos lectores están tan absortos en la belleza, la inteligencia y la notoriedad de ciertos libros y ciertos autores, que atiborran las mesas de novedades y congestionan los medios impresos y electrónicos, que se conforman con leer esas imágenes virtuales y dejan, para después —es decir, para nunca—, la lectura de los libros y de la realidad.



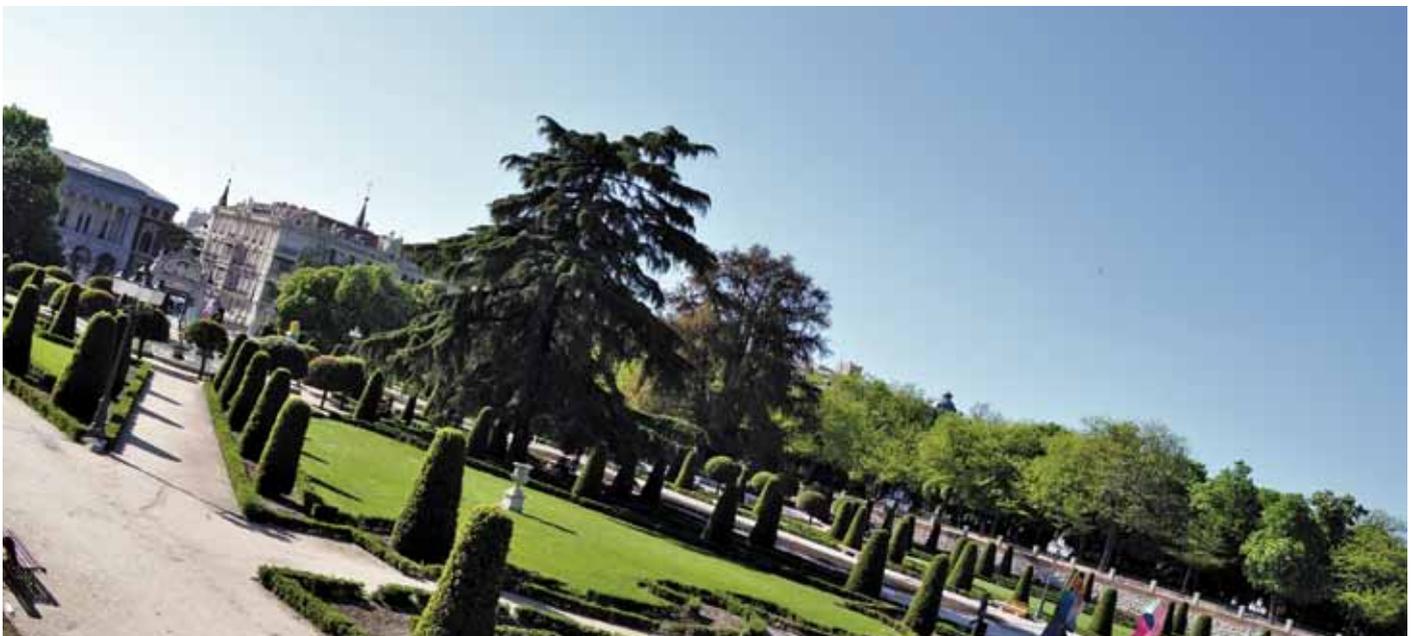


GABRIEL ZAID: LA PEDAGOGÍA INVISIBLE

ARMANDO GONZÁLEZ TORRES

Poeta y ensayista

Podría hablarse de escritores “visibles” y escritores “invisibles”, escritores que gustan de los reflectores y compromisos de la vida pública y escritores que han ejercido su vocación desde el margen. En México, durante el siglo XX el escritor mexicano se vio conminado a ser visible y a participar de manera quizá demasiado frecuente en la vida pública. Esto, debido, en gran parte, a las necesidades perentorias de un país con pocos recursos humanos que veía en sus letrados la posibilidad de cubrir desde funciones críticas hasta administrativas. Lo cierto es que, en los primeros cincuenta años del siglo pasado, los escritores ocuparon puestos públicos desde lo más previsible hasta lo más insólito (¡José Gorostiza director de la Comisión de Energía Atómica!), fundaron y dirigieron instituciones, establecieron editoriales, periódicos o revistas y contribuyeron de manera significativa a la creación de una infraestructura y una conciencia cultural modernas. Ya sea desde el servicio al Estado, ya sea desde la trinchera del periodismo, el escritor visible ha sido una figura que propone ideas, denuncia, reclama, crea opinión e influye, en mayor o menor medida, en la vida pública.



GABRIEL ZAID: LA PEDAGOGÍA INVISIBLE

ARMANDO GONZÁLEZ TORRES

Poeta y ensayista

Gabriel Zaid es un caso paradójico entre los escritores visibles: este hombre que evita las apariciones públicas y se niega a ser fotografiado constituye una referencia indispensable y un termómetro de la vida nacional gracias a que, desde hace varias décadas, tiene una presencia constante en el debate escrito. El término “debate escrito” es importante pues, cuando una oralidad efectista se impone en el terreno de la cultura, Zaid ha procurado mantener la escritura como arena fundamental del debate de las ideas. La escritura permite guardar un testimonio más perdurable de lo dicho, exige un mayor equilibrio entre las ideas y las palabras y limita las trampas de la teatralidad y la vociferación. Pero quizá lo más importante es que cuando se elige ser representado en público por la escritura se reconoce que el núcleo de una personalidad intelectual no es la imagen física que se proyecta, sino la obra, el argumento. Zaid asume entonces una noción

particular de la escritura: por el lado del creador, la escritura no es un medio de autopromoción y ascenso sino un ejercicio de interrogación personal y social; por el lado de la circulación, la escritura no es una pasarela, sino una de las zonas más vitales y necesarias del debate público.

Por lo demás, la elocuencia en la escritura se corresponde con la vida, es decir, debe haber un equilibrio entre palabra y acción para que la presencia de la escritura sea una presencia viviente. Para que la palabra se mantenga firme ante la

corrupción, que implican la pomposidad y las medias verdades, debe ejercer un escrutinio sobre su propio estilo y someterlo a estrictos votos de integridad. Los razonamientos, las analogías, los adjetivos deben ser precisos y responder a una secuencia real, no sólo retórica. Así, la expresión aspira a una elegancia y claridad que, más que con una idea tópica del estilo, tiene que ver con la transparencia del pensamiento.

La escritura por la que aboga Zaid es una prolongación a gran escala de la conversación, una exposición de ideas diversas, una curiosidad ubicua y permanente que conecta campos de conocimiento, permite aplicar las destrezas provenientes de diversos oficios y, por decirlo así, enseña a dialogar, pues invita al lector a una conversación casual, pero no trivial, entre iguales. Por supuesto, esta escritura-conversación no se encuentra sujeta a la jerga especializada o a la afectación profesional y busca devolver al individuo culto medio la capacidad de articular y expresar sus opiniones, allende los feudos de conocimiento.

En un entorno donde el proceso de transmisión del saber se limita a lo escolarizado y se mide por la adquisición de títulos, el pensamiento de Zaid representa un desafío formidable a estos estereotipos. De entrada, la restitución de la conversación como parte fundamental de la educación tiene una fuerte implicación democrática,

pues se opone tanto a las categorías uniformadoras de las competencias como a los elitismos letrados. Se trata de una mediación pedagógica que busca enseñar a aprender, a contracorriente de los tiempos, por esa mezcla prodigiosa de la exigencia y el gusto que se despliega en los grandes magisterios, o en las grandes conversaciones.

Vale la pena entonces considerar la escritura de Zaid como una preceptiva muchas veces incómoda y polémica, en diversos campos. En poesía, en economía, en política, en el propio ámbito intelectual, la obra de Zaid aspira a que el lector aprenda a leer, es decir, a desconfiar de la retórica ilustrada, a exigir el hecho concreto, la demostración contundente, la palabra justa y clara. Como solía decirse de Alain, Zaid ejerce una lógica impecable, tipo

En un entorno donde el proceso de transmisión del saber se limita a lo escolarizado y se mide por la adquisición de títulos, el pensamiento de Zaid representa un desafío formidable a estos estereotipos.



Los colores del circo. Susana Campos.

Descartes, y un estilo amigable, tipo Montaigne, lo que multiplica su campo de irradiación.

Al igual que en su práctica poética, como crítico de poesía, Zaid combina la exigencia con la agudeza en libros como *Leer poesía o Tres escritores católicos*. Por un lado, Zaid restituye un método de exploración literaria que no quiere ser académico, pero sí busca escapar a la simple emotividad o a la retórica. Dicho método está basado en un acercamiento ecléctico que puede abordar simultáneamente el entorno social y político, la historia del arte y del gusto o los aspectos técnicos más minuciosos del fenómeno poético. Así, Zaid ha ejercido, al margen de la academia literaria, la investigación, la codificación y el registro de la literatura y ha realizado una obra negra, de resane y de restauración que ha permitido tener una visión más amplia de diversos autores y vertientes temáticas que forman la tradición poética mexicana.

Por otro lado, Zaid no sólo ha hecho una lectura aguda e informada de la poesía, sino que ha sido pionero de una especie de sociología de la literatura que enfoca el ámbito institucional de la creación y que introduce el tema de la ética creativa. Zaid revela las imposturas sentimentales, denuncia las modas poéticas y combate la irrupción de las ideologías en la esfera estética. El elogio mutuo, la pereza y la complacencia, las complicidades de los escritores con los administradores culturales, la industria de los premios y otras formas de simulación y chapuza del escritor son tratadas con agudeza y crueldad en *Cómo leer en bicicleta*. Esta actitud, sin duda, resultó especialmente polémica en la etapa en que Zaid ejerció su mayor actividad como crítico de poesía, cuando la llamada poesía comprometida y otras formas de literatura ideológica ejercían una marcada influencia. En fin, ya sea con su rigor crítico, ya sea con su apelación al humor, Zaid intenta romper los círculos cerrados de la apreciación poética y demostrar que la lectura de poesía exige más que pertenecer a una aristocracia del espíritu. Zaid advierte que la existencia de un público poético y literario restringido, formado sólo por quienes escriben o pretenden escribir, propicia diversas distorsiones. Por eso, trata de ampliar el público con una auténtica didáctica de la poesía que señala que la apreciación estética, si bien no es accesible a todo el mundo, sí puede ser ejercitada por cualquier persona sensible, fuera de los círculos de poder literario.

La apreciación estética, si bien no es accesible a todo el mundo, sí puede ser ejercitada por cualquier persona sensible, fuera de los círculos de poder literario.

Otra dimensión de la preceptiva de lectura de Zaid es su enfoque de la economía y la vida social en libros como *El progreso improductivo* o *La economía presidencial*. La crítica a la expansión del Estado y al progreso improductivo ejercida por Zaid desde los años 70 resulta, más allá de sus argumentos específicos, una reserva crítica y espiritual. En una etapa en que, en parte como estrategia para recuperar la legitimidad, se buscó reorientar la economía mediante la intervención y el crecimiento inmoderados del Estado, Zaid denunció los peligros de este afán: la creación de una casta burocrática y planificadora; las paradojas de un progreso que, como en los regímenes totalitarios, no era capaz de traducirse en calidad de vida de la población; la invasión de las esferas sociales por la lógica burocrática y, finalmente, la inhibición de las fuerzas e iniciativas dispersas –la pequeña empresa, la empresa familiar, las formas de producción ancestrales, los creadores de productos excéntricos y geniales– que, en su opinión, verdaderamente impulsan el progreso sostenible de una sociedad. Esta crítica pionera, satanizada o desdeñada en su tiempo por los especialistas, ha sido posteriormente asimilada por diversos círculos.

Precisamente, la preceptiva más amplia y valiosa de lectura que Zaid ofrece es la del campo de la cultura pues, en obras como *De los libros al poder* o *Los demasiados libros*, Zaid ha hecho un esfuerzo arduo e impopular por definir los vicios y virtudes, los poderes y deberes del intelectual. La vigilancia de Zaid sobre los riesgos que asolan a la actividad intelectual es ex-

haustiva y abarca desde la denuncia de las formas más visibles de tráfico de poderes hasta la detección de las más subrepticias, como el uso de las citas; desde las faltas veniales (el plagio, la presunción o la falsa modestia) hasta las faltas capitales (la abdicación de la inteligencia por la búsqueda del poder y del dinero).

Dos de los aspectos más importantes

que ha abordado Zaid en relación al mundo intelectual son, por un lado, las nuevas formas de producción y ascenso intelectual y, por el otro, los peligros de la relación del intelectual con el poder. Por un lado, Zaid advierte que la concepción del conocimiento y la lectura ya no como medios de formación personal sino como medios de ascenso social y político cambia el sentido de la producción y recepción de cultura y propicia una obsesión por publicar, por ampliar el currículum y detentar un saber especializado que se convierte en una forma de complicidad. Así, los hombres letrados se vuelven una clase aparte, que desconfía de los no especialistas y asume el poder como un destino natural del saber.

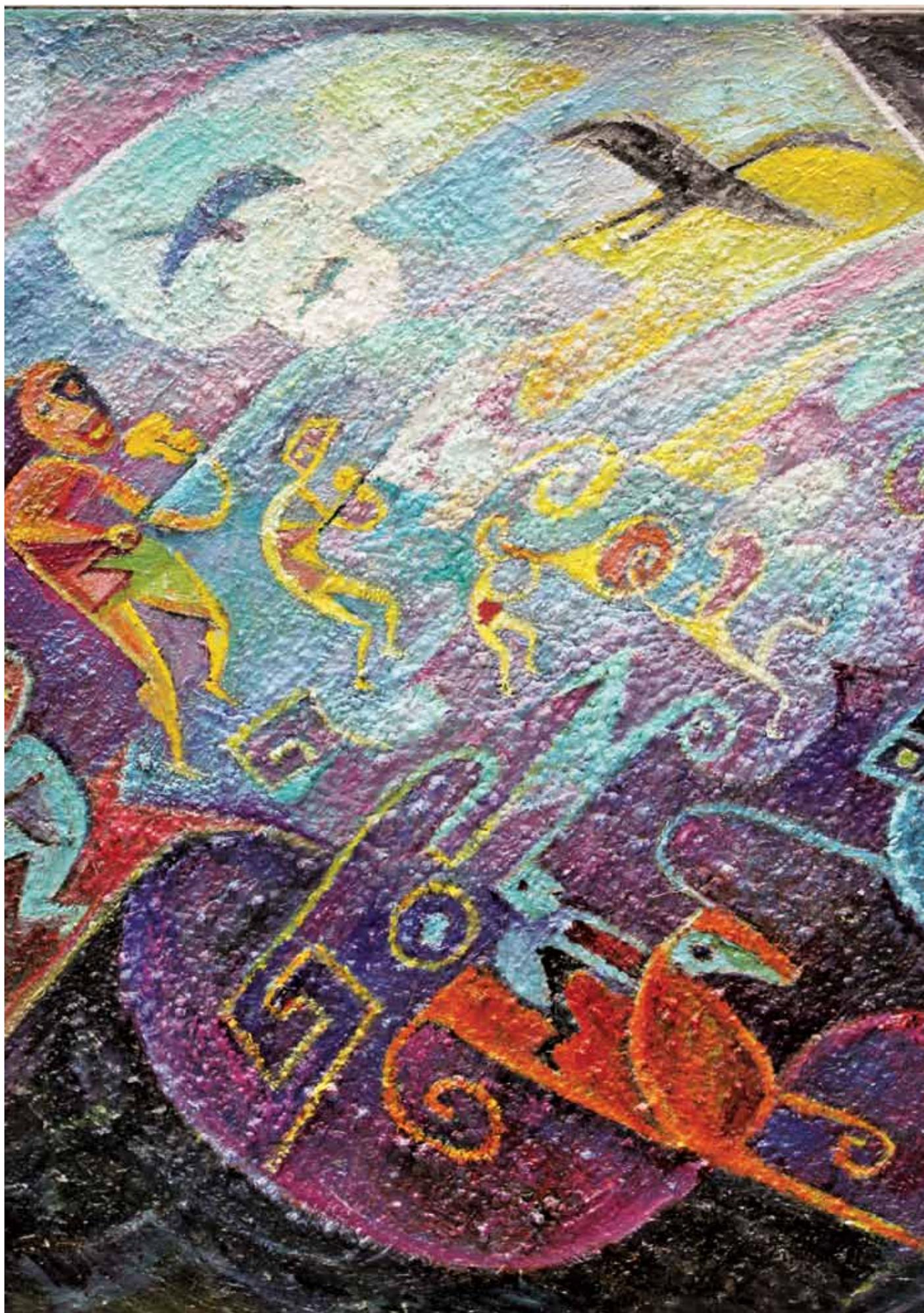
Hoy, los escritores “visibles” constituyen hoy una suerte de vestigio del pasado y sus sucesores parecen ser los intelectuales expertos, que no admiten la intervención de los legos o, en su otro extremo, los intelectuales mediáticos, que toman posición sobre todos los problemas del momento y asumen la opinión como algo más cercano al espectáculo que a la reflexión. Con todo, la aportación de la escritura a la crítica social todavía puede ser, dentro de sus limitaciones, significativa y atendible. De hecho, el escrutinio del escritor debería enfocarse, en primera instancia, a la propia profesión, pues una escena literaria desprovista de autocrítica es un mal ambiente para que florezcan la responsabilidad intelectual y la crítica social. Gabriel Zaid representa, en este sentido, un ejemplo personal de independencia y constituye uno de los últimos sobrevivientes de una especie intelectual cu-

riosa, ávida y flexible, que incurre con claridad y agudeza en los terrenos de la vida pública seccionados y privatizados por los especialistas. Zaid concibe al escritor como poseedor de un patrimonio profesional que es su criterio y su fidelidad a lo que él considere la razón y la verdad, más allá de las normas y las modas sociales. La crítica de la intelectualidad de Zaid navega a contracorriente; sin embargo, tiene grandes puntos de concordancia con las ideas de un puñado de autores, como el diagnóstico del alejamiento de las élites intelectuales de los problemas más apremiantes que denuncia Christopher Lasch; la radicalización y, al mismo tiempo, la emasculación crítica de la clase universitaria, de la que habla Russell Jacoby; la subordinación de la *razón razonable* a la *razón racional* a la que se refiere François Borricaud o la denuncia de las imposturas, la oscuridad y el lenguaje hueco de muchos santones del pensamiento contemporáneo que hacen auto-

res como Jacques Bouveresse. Se trata, en general, de una crítica de la noción del conocimiento como reducto de poder, de los incentivos perversos en la academia, de la desvinculación del conocimiento especializado de la moral práctica, de la deshumanización de las humanidades y de las numerosas formas de vetetismo o simulación intelectual. Ante este panorama, Zaid enfoca su escritura a mejorar las situaciones de comunicación, a crear “zonas expresivas desopresoras” y a cultivar la inteligencia y la claridad como facultades capaces de ejercer un efecto liberador en las conciencias.



Paseo de la Castellana, Madrid. Natalia K. Denisova.



Los músicos. Nancy van Overveldt.

LEER A GABRIEL ZAID

FERNANDO GARCÍA RAMÍREZ

Compilador y editor del libro de Gabriel Zaid: *Leer*.

Gabriel Zaid realizó estudios de ingeniería industrial en el Tecnológico de Monterrey y se recibió con una tesis sobre la industria del libro, lo que de entrada le granjeó la desconfianza de los ingenieros, pero también de la gente dedicada al negocio de los libros. Qué extraño personaje: veía con ojos de ingeniero asuntos editoriales y con ojos de poeta asuntos de ingeniero. Esas transferencias definieron tempranamente su singularidad. Al concluir su carrera viajó a Francia donde permaneció algunos meses.



Malabaristas. Froylán Ruíz.

LEER A GABRIEL ZAID

FERNANDO GARCÍA RAMÍREZ

Compilador y editor del libro de Gabriel Zaid: *Leer*.

La estancia en ese país fue definitiva en su formación intelectual, no sólo por el conocimiento que ahí tuvo de la obra de filósofo católico Emmanuel Mounier, sino porque ahí aprendió, por segunda vez, a leer. La primera, según él mismo Zaid relata en su “*Curriculum vitae*”, ocurrió cuando comenzó a leer por cuenta propia: “Se encuentran dos amigas en la calle. El niño, de la mano, mientras hablan, se distrae deletreando los rótulos, hasta que la otra se da cuenta: Pero ¿sabe leer? Por lo visto – dice mi madre”. La segunda tuvo lugar más tarde, cuando sufrió de soledades en el exilio: durante su estancia en París aprendió a leer literariamente. Fue una revelación. Ocurrió “en meses desolados, sumergido en una lengua extranjera (...) descubrí un Quijote y empecé a releerlo. Me acompañaba cuando peor me sentía (...) Era un especie de liberación, sí, pero que estaba en la manera de ver los episodios, más que en los episodios. Me identificaba con el narrador, no con el protagonista, y eso me liberaba de mis fracasos como protagonista”. En ese momento, con una novela, comenzó Zaid a leer, a leer de verdad. Tuvo entonces conciencia de los planos de una lectura. Distinguió al autor que escribe y firma el libro, al autor que aparece en la obra como punto de vista y al autor que aparece con su nombre en la obra. Esa distinción potenció su comprensión del texto.

Se trasladó, a principios de los años sesenta, por motivos profesionales y culturales –vital-, a la Ciudad de México. Publicó artículos en revistas literarias y en suplementos culturales. Ya en Monterrey se había desempeñado como Jefe

de Redacción del periódico juvenil *El borrego* y publicado notas críticas (de teatro, de libros) y poemas en los periódicos locales. Desde Monterrey había enviado sus poemas a Octavio Paz, que le respondió con una generosa carta (que sirvió de prólogo a *Seguimiento*, su primera reunión de poemas, FCE, 1964). El joven escritor se dio a la tarea de hacer una nueva, personalísima, reivindicación de la lectura.

Como medio para difundir Zaid eligió el periodismo. Las revistas (*Revista de Bellas Artes*, *Cuadernos del viento*) y los suplementos culturales (*La cultura en México*). Optó por la tribuna libre para exponer un saber libre, un saber no dogmático; Zaid escribe, fundamentalmente, para entender, para divertirse. Entre los 32 y los 38 años Gabriel Zaid escribió en los años sesenta y principios de los setenta, una suerte de teoría de la lectura. En esos seis años vertiginosos, además de ayudar con la administración de la *Revista Mexicana de Literatura* y de consolidar su propia empresa de consultoría, publicó una centena de artículos, reseñas y ensayos que posteriormente darían paso a cuatro libros: *La poesía en la práctica* (que funde *La poesía, fundamento de la ciudad*, de

Optó por la tribuna libre para exponer un saber libre, un saber no dogmático; Zaid escribe, fundamentalmente, para entender, para divertirse.

1963, y *La máquina de cantar*, de 1967); Cómo leer en bicicleta (que incluye textos escritos entre 1966 y 1972); *Leer poesía* (Joaquín Mortíz, 1972) y, con textos desprendidos de éste último, *Tres poetas católicos*. Esa particular vindicación de la lectura comprendió, entonces, un breviario para leer mejor: *Leer poesía*; un libro para hacer más transparente la vida a partir de la lectura: *La poesía, fundamento de la ciudad* (Sierra Madre, 1963), y un volumen sobre cómo la lectura crítica eleva el nivel de la cultura ambiente: *Como leer en bicicleta* (Joaquín Mortíz, 1975).

En los años setenta, primero desde las páginas de *Plural* y más tarde en *Vuelta*, las revistas de Octavio Paz, Gabriel Zaid abrió el arco de sus posibilidades lectoras. Escribió ensayos de temas literarios, culturales, políticos, sociológicos, económicos, imprimiendo en ellos un sentido práctico, que involucraban la totalidad del ser y la imaginación. Dicho de otro modo: la lectura, la buena lectura deriva siempre en hacer cosas, en realizar actos: en modificar el mundo.

Entre sus textos más notables de esos años destacan aquellos dedicados a la crítica de la economía. Recogidos en el que quizá sea su libro mayor, *El progreso improductivo* (Siglo XXI, 1979), Zaid critica en él la voluntad de progreso mal entendida, que en esos años, y aun ahora, se expresaba bajo la forma del culto a los avances de la técnica y la economía, avances que no pocas veces tenían consecuencias devastadoras e inadvertidas. La crítica de Zaid no se detuvo en la mera formulación de esa crítica. El suyo es un saber práctico. De su autoría son ideas que gobiernos de distinto signo ideológico han aplicado en México recientemente (como el reparto de dinero en efectivo), el desarrollo de los microcréditos, la oferta pertinente de tecnología para salir de la pobreza, los proyectos de ciudadanía económica. En libros como *La economía presidencial* (Vuelta, 1987) y *Empresarios oprimidos* (Debolsillo, 2009), Zaid combina la especulación teórica con propuestas específicas de desarrollo.

Crítica de la economía, pero también, de forma muy destacada, Gabriel Zaid ejerció en esos años la crítica de la cultura. Para él la conversación está en la base misma de la cultura: “Toda palabra lleva a otra, todo poema implica otros, todo libro es parte de esta conversación interminable, inabarcable que llamamos cultura”. En *De los libros al poder* (Grijalbo, 1988), desarrolló el concepto de “cultura libre”, que identificó con el saber independiente y horizontal, en contraposición al saber cerrado, jerárquico y universitario. El Estado, la Iglesia, las universidades, la prensa dogmática, erigen de continuo barreras en contra del desarrollo de la cultura libre. Gabriel Zaid, como lector y ensayista, destaca en nuestros días como uno de los autores que más consistentemente han realizado la crítica de esas barreras.

El nivel de exigencia de la lectura posible creció con los años en la obra de Gabriel Zaid. Hay una distancia formidable entre el lector inicial, que arranca con la publicación de la reseña de una novela para ese momento extraña, *Farabeuf*, en 1966, y el sofisticado lector de un poema de Safo cuarenta años después. El joven reseñista, que se animó a escribir una nota sobre un autor tan joven como él, se dejaba llevar por el entusiasmo, se dejaba arrebatar por la novela. “La lectura era fascinante”, nos dice. “Esta tarde me ocurrió algo insólito, que me tiene escribiendo sin parar” (*Realismo de Farabeuf*.) Cuarenta años después ese entusiasmo se mantiene, enriquecido. No se conforma con leer un poema de Safo, revisa sus cinco traducciones al español, las versiones en francés e italiano; con ayuda de un libro de Cornelius Castoriadis intenta descifrar el griego arcaico, revisa planetarios visuales y calendarios agrícolas para saber del cielo en la época en la que Safo escribió el poema; proporciona datos históricos, sociológicos, estilísticos y hermenéuticos relacionados con el poema y la poeta (*Un poema de Safo*).

Leer, ¿para qué? ¿Se lee porque de todos los libros se aprende algo y conocimiento es poder? No, leer no da poder, el conocimiento que brinda es muy difuso. Se lee para ensayar nuevas y variadas posibilidades del ser, para soltar amarras, para liberarse del yugo que oprime: la confusión. Lo primero es embarcarse, comenzar a leer, adquirir el vicio, observando la animación que produce la lectura en aquellos que leen, aprendiendo con paciencia a reconocer los códigos de lectura, imitando lo leído.

Gabriel Zaid ha escrito una serie de textos dedicados a dotar de herramientas el lector para que pueda leer mejor; una serie de textos sobre la autoconciencia –en el texto, individual, colectiva, nacional. Ese es el penúltimo grado de la lectura: la autoconciencia, entendida ésta como un situarse: saber dónde estoy, qué estoy haciendo. Esta autoconciencia cambia el eje del discurso. La verticalidad autoritaria, donde un Autor dicta y un lector acata, se transforma cuando ocurre esa conciencia dentro de la obra.

Cuando un autor se dirige al lector como a su igual, la relación autor-lector cambia de plano, se horizontaliza. Le ocurrió a Zaid cuando renació a ese segundo mundo de comunión (la lectura) con los otros, cuando pudo leer el Quijote poniéndose durante la lectura no del lado del flaco caballero y su escudero sino del lado del narrador: “Me reía de la vida y de mí, y, en el segundo plano autoral, borraba pueblos, desfacia entuertos, me sentía libre y soberano. La novela era yo”.

El proceso inicia cuando, movido por la curiosidad y la imitación, alguien se asoma a un libro e intenta deletrearlo. Se perfecciona cuando el lector deja de leer el mundo y se sitúa en él. Leer para saberse uno e igual a otros. Esa conciencia del lector es la que, a lo largo de los años, Gabriel Zaid ha intentado hacer explícita a través de sus libros. Leer para situarse, para saber cómo y dónde está uno parado.

El último grado de la lectura ocurre cuando se transforma la lectura en acción. Leer para hacer: al leer se da forma al mundo. La alegría que produce la *poiesis* es multiplicadora, puede derivar en un ensayo, en un poema, en una acción inspirada o, simplemente, en un día mejor, más habitable, más claro, donde las cosas vuelven a ser lo que son.



Míma. Blanca Charolet.



GABRIEL ZAID, EL ANTIEDUCADOR

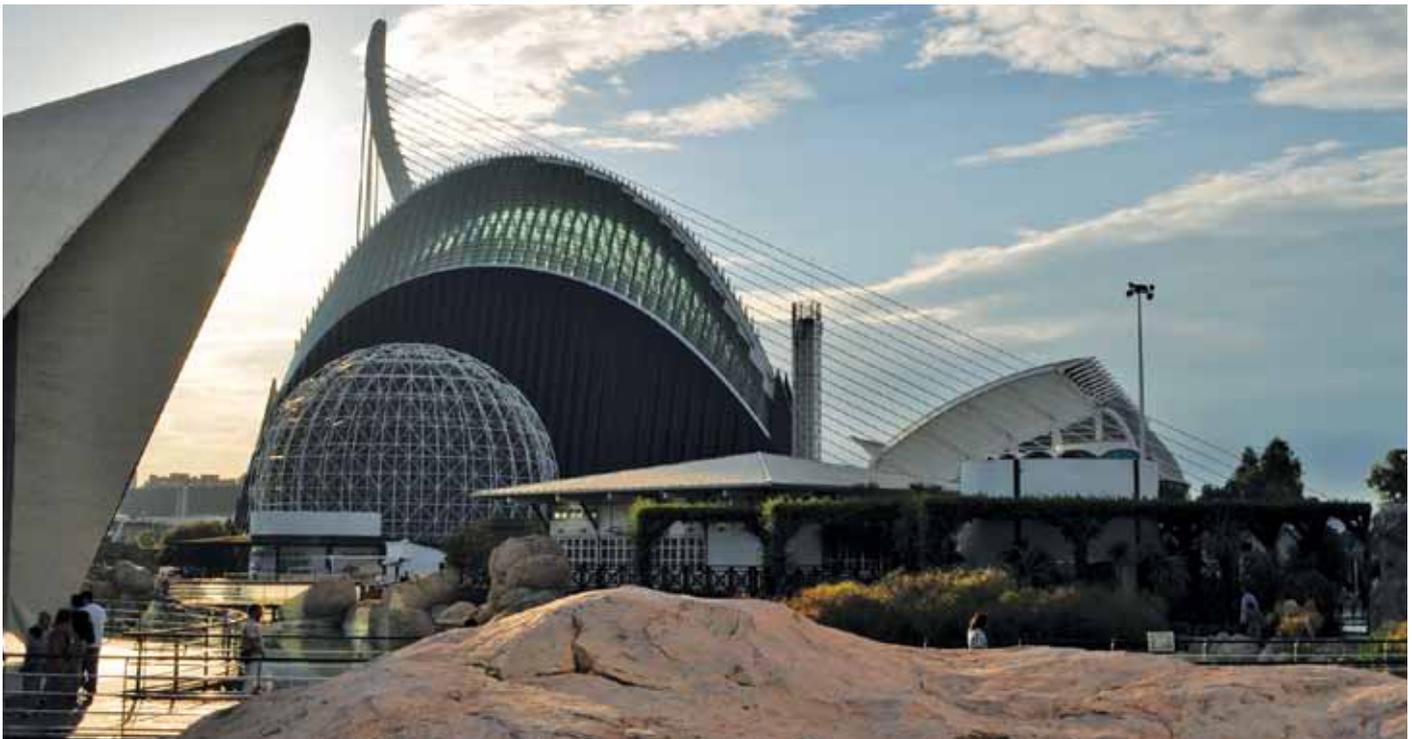
JAVIER SICILIA

Escritor y poeta.

Permítanme iniciar mi exposición con unas palabras que contradicen el espíritu de las reflexiones a las que nos convoca esta mesa de diálogo cuyo título es Educación y Poesía en Gabriel Zaid: Gabriel Zaid no es un educador. Suponerlo no es sólo haberlo comprendido mal, es también desdeñar el argumento fundamental desde donde nos ha hablado siempre y que tiene que ver con un desafío a la educación como enseñanza, y una reivindicación de los orígenes de la tradición de Occidente: el diálogo y la palabra libremente asumidos.

Para poder entenderlo, hagamos, como le gustaría al poeta de Reloj de sol y al crítico de De los libros al poder y de *Muerte y resurrección de la cultura católica, un poco de historia*.

Occidente – lo sabe muy bien Zaid que nos convoca siempre al diálogo, a la conversación, a la libertad de la cultura que prospera “en la animación y dispersión del diálogo y la lectura libre” (“Instituciones de la cultura libre”, *Letras Libres*, mayo 2013) empezó cuando unos hombres comenzaron a buscar la verdad a través del diálogo.



El Oceanográfico. Ciudad de las Artes y las Ciencias, Valencia. Natalia K. Denisova

GABRIEL ZAID, EL ANTIEDUCADOR

JAVIER SICILIA

Escritor y poeta.

Antes de ello, en todo el resto del mundo, incluyendo el arcaico contorno del Mediterráneo, la enseñanza se llevaba a cabo mediante la transmisión de lo que se creía saber. Repentinamente, con la aparición de Sócrates, algo fundamental surgió. Por vez primera, un maestro (magis, más), es decir, alguien que destaca por su saber y por sus habilidades, “que sabe más”, que es, permítanme el uso, “más mejor”, “demostró con éxito que el diálogo [con sus amigos], ese proceso de preguntas y respuestas, ese intercambio de ideas, era un método de investigación y aprendizaje mucho más profundo que el de la repetición de opiniones aceptadas” (Iván Illich, “*Ensayos sobre la trascendencia*”, Sondeos, 1971).

Ese acto fundador, por el que a Sócrates se le condenó a muerte, no sólo abrió un nuevo horizonte frente a la verdad, sino que convirtió en colegas a quienes antes eran sólo oyentes e hizo que la tradición, ese depósito estable, se transformara en un reto intelectual. “Desde entonces –dice Iván Illich– el hombre finito, limitado, se sintió capaz de aceptar el reto de lo infinito como verdad, se sintió obligado a escudriñar lo insondable” (Illich, 1971). Desde entonces, también, escudriñar lo insondable se volvió una realidad antitética, es decir, un diálogo entre seres humanos que tienen respuestas parciales y que se obligan a tomar posición frente a ellos y frente a la tradición; escudriñar lo insondable, buscar la verdad, se volvió así, dice Illich, “un examen crítico de opiniones”.

Educación y aprender son cuestiones que, incluso, antes de Sócrates, no se mezclaban. Educar significa “alimentar”.

Cuatro siglos después, otro acontecimiento fundador surgió como un reto a esa nueva forma de aprender, un reto que Gabriel Zaid ha asumido también admirablemente en mucho de su creación poética y en la tradición cristiana desde donde piensa. En la Palestina de hace dos mil años apareció un hombre que según él no tenía la respuesta a ese diálogo desatado por Sócrates, sino que era la respuesta misma. Su palabra y su presencia (la palabra de Dios encarnada) obligaron desde entonces a los seres humanos a tomar posición frente a él. Si con el diálogo socrático nació el Occidente helénico, el Occidente cristiano surgió de “la presencia silenciosa de la figura de Cristo en un mundo discursivo”. A partir de ese momento, “cualquier hombre que forma parte de la dialéctica del mundo Occidental debe ser capaz no sólo de conversar con otros hombres sino de tomar posición frente a ese hombre-reto aceptándolo o rechazándolo. El hombre totalmente no-cristiano o no es hombre histórico de Occidente o no es hombre culto” (Illich, 1971).

Esta realidad libre del aprender y del enseñar, de la que Zaid es depositario, nada tiene que ver con la educación. Educar y aprender son cuestiones que, incluso, antes de Sócrates, no se mezclaban. Educar significa “alimentar”. Implica gramaticalmente en latín un sujeto femenino. Es la acción de la madre que alimenta y enseña a su cría, trátase de una perra, de una ardilla o de una mujer. Entre los humanos sólo las mujeres son capaces de educar y sólo educan a sus hijos mientras estos son infantes, es decir, mientras no hablan. Educar, contra lo que los pedagogos y algunos latinistas nos han enseñado, no tiene ninguna relación con “sacar de”, cuyo etimología es *educere* y no *educare*. Hay que volver leer a Cicerón para saberlo: *educit obstetrix, educat nutrix* (“la partera saca, la nodriza cría”).

Por el contrario, aprender, del latín *aprehendere*, es la acción de alguien que quiere atrapar algo, tanto de un ratón que persigue a su presa, como de un ser humano que busca atrapar con su intelecto una verdad. Una palabra que está en relación con enseñar (*insignare*), señalar un camino, un lugar, incluso una presa.

El uso de la palabra educar para hablar de enseñanza surgió cuando la Iglesia comenzó a institucionalizar el saber frente a la persona de Cristo.

Desde sus primeros tiempos, la Iglesia se llamó a sí misma “madre”. Se-



Seminario de Gabriel Zaid: Javier Villareal, J. E. Pacheco, Agapito Maestre, Javier Sicilia, Margarita M. Villareal, Julio Hubard.

gún Illich, fue el gnóstico Marción quien en 144 la llamó por vez primera así. Al principio, continúa Illich, la “madre” era “la comunidad de fieles en relación con los nuevos miembros que engendra la comunión, es decir, la celebración de la comunidad” (Iván Illich, *El trabajo fantasma*, 1981). Sin embargo, cuando la Iglesia adquirió con Constantino rango imperial y comenzó a crear las primeras instituciones caritativas, la Iglesia se fue volviendo una madre que concibe, lleva y da a luz a sus hijos e hijas y los cría en su pecho con la leche de la fe, hasta convertirse en la Edad Media en la madre dominante, autoritaria y posesiva, fuera de cuyo regazo no hay salvación. Así la designó Gregorio VII (1073-1085) durante su conflicto con Enrique IV: la Iglesia es *Mater, Magistra y Domina* (Madre, Maestra y Soberana). Fueron en este sentido, los obispos, los primeros hombres en atribuirse funciones educadoras que llevaban a su grey al *alma ubera* (mama henchida de leche) de la madre Iglesia de la que nunca debían destetarse y llamó a sus fieles *alumni* que se traduce por alumnos y que no significa otra cosa que amamantados. Al transferir las funciones de la mujer a la institución clerical, es decir, a sus recintos, su enseñanza, su saber y su orden, educar se convirtió en sinónimo de aprender. Sólo quien se enchufaba al inmenso pecho de la madre Iglesia podía educarse, saber, volverse un ser humano.

La secularización no hizo otra cosa que usurpar el monopolio clerical de la gran teta, y el Estado fue adquiriendo la función de una madre nutricia provista de muchas mamas, entre las cuales está la educación, el aprendizaje, custodiado, como todas sus demás mamas, por órdenes jerárquicos y burocráticos que administran expertos que se criaron también en su seno. Frente a la Iglesia, y luego, frente al Estado, todos somos niños que debemos someternos a sus duras y cada vez más largas dosis de educación controlada para ser ciudadanos plenos.

Este monopolio del aprendizaje y del saber –fuera del cual, nos dice el Estado, no hay salvación ni vida ciudadana– es absolutamente contrario a la

gran tradición de libertad que trajeron al mundo Sócrates y Cristo. Es también contrario al ejercicio crítico y poético que desde su aparición en el espacio de las letras ha seguido Gabriel Zaid. Su sabiduría, por lo tanto, se inserta en esa gran tradición que confronta no sólo a las instituciones educativas, sino a las instituciones del poder.

Lo que Zaid nos ha entregado a lo largo de los años –sus puntos de vista que siempre salen del común y nos enseñan a mirar desde otro lugar siempre tradicional y siempre nuevo– no salió de las universidades, sino del ejercicio libre del pensar con otros –tanto con los del pasado como con los del presente– y de confrontar su pensamiento con la palabra revelada en Cristo, al margen de los adoctrinamientos de la institución clerical y educativa. Para Zaid, que no vive en la antigua tradición oral de Sócrates y de Jesús, sino en el mundo bibliotópico que se creó con el libro, el aprendizaje y la enseñanza no se dan en las aulas y su *curricula* atroz; no se dan en los programas de la Secretaría de Educación Pública ni siquiera ya en la universidad controlada por el Estado que desaniman cualquier creatividad. Sino en los libros, en las revistas desde donde habla y en las tertulias que constantemente anima. De allí su crítica mordaz y certera contra cualquier monopolio ideológico del saber; de allí su gusto por la empresa que viene tam-

bién del latín *apprehendere*: dedicarse a una acción; de allí su defensa de la democracia como el lugar del diálogo y del pensamiento libre. Contra la universidad que se ha vuelto, como dice bien “dominante por su relación con el poder, primero de la Iglesia y luego del Estado que le da autoridad para saber quién sube y quien no sube”; contra ese Estado que combatió “la tutela eclesiástica, no para liberar el saber, sino para imponerle su propia tutela: un monopolio que autoriza o no los libros de texto, los programas de enseñanza, las profesiones y la cultura oficial”; contra “la universidad [que] administra las credenciales del saber para subir”; contra “el Estado que descalifica y puede encarcelar como ‘usurpador de profesión’ a

quien ejerza como cirujano sin credenciales universitarias debidamente registradas” (Zaid, mayo 2013), Zaid opone, con la sutileza de la objetividad, “la cultura libre”, que no sólo viene de esa doble gran tradición que inaugura Occidente, donde Zaid se sitúa, sino también, en los tiempos modernos donde su cultura bibliotópica y bibliométrica habita, “en el mundo comercial de Gutenberg”, que “era empresario”, “de Erasmo”, que era “freelance”, una cultura que nace “fuera de la universidad, y hasta en contra de ella”. Al igual que Erasmo, Descartes, Spinoza y Octavio Paz, Zaid “ha rechazado dar cátedra universistaria”. Al igual que ellos, nunca ha querido ser “profesor, sino contertulio y autor”. Nunca ha querido educar, sino enseñar en el diálogo e instruir en el ejercicio libre y creativo de la poesía “Frente al saber jerárquico, autorizado y certificado”, ha preferido “la conversación y la lectura” (Zaid, mayo de 2013), el universo de la gran tradición de Occidente que se preserva y renueva en cada autor libre del poder y abierto al escudriñamiento de lo insondable desde una fe en la palabra encarnada. Sin autores como Zaid, la estupidez y el poder nos aplastarían.



Ávila. Natalia K. Denisova.





GABRIEL ZAID ANTE EL FUTURO DEL CATOLICISMO

CARLOS DÍAZ
Escritor y filósofo.

(Meditación sobre la astucia de la Razón)

I

“...être des lecteurs, des lecteurs purs, qui lisent pour lire, non pour s’instruire, non pour travailler... qui d’une part sachent lire et d’autre part qui veulent lire... des hommes en fin qui sachent lire, et ce que c’est que lire, c’est a dire que c’est entrer-dans” (Charles Péguy).



GABRIEL ZAID ANTE EL FUTURO DEL CATOLICISMO

CARLOS DÍAZ

Escritor y filósofo.

Los españoles saben por lo general (algo que Lindigna a Agapito Maestre) muy poco de Gabriel Zaid, uno de los más interesantes pensadores y lectoescritores de México, donde es situado por algunos a la altura de Octavio Paz, Silvio Zavala o Alfonso Reyes, estos dos últimos otros grandes ignorados por los grandes ignorantes. Sea como fuere, Gabriel Zaid es un asombroso signo de contracción, y por eso mismo un referente inevitable de la cultura escrita en español, sobre el cual se ceba la inevitable astucia de la razón señalada por Jorge Guillermo Federico Hegel, si tenemos en cuenta que cuanto más procura ocultarse el propio Zaid, tanto más presente está él de forma elíptica pero luminosa. Un hombre, en efecto, que evita el femi de la fama, que rehúsa ser fotografiado, que no está presente en los homenajes que se le tributan, que no busca ser visto sino ver, que raramente hace alguna alusión autobiográfica en sus numerosas obras, está contrafácticamente en boca de todos; ajeno a cualquier *famoseo* se encuentra tan presente como pueda estarlo quien se mata por salir todos los días en televisión. Yo tuve el inmérito honor y el privilegio de conocerle personalmente en el D.F. hace bastantes años en un pequeño círculo de grandes intelectuales (Javier Sicilia y Mauricio Beuchot entre ellos, amen de Elsa Cecilia Frost, Hugo Hiriart, Julio Hubard, Jean Meyer, Francisco Prieto

Hay en Gabriel Zaid un componente ácrata, en la medida en que –como Quijote– rechaza la tramitología acristalada, es decir, las soluciones institucionales infundadas y arbitrarias, así como el autoritarismo de gobiernos y Estados

e Ignacio Solares) que se reunían en *Imdosoc* para editar unos hermosos “clásicos cristianables”¹. Pero a lo que íbamos, y resumiendo: por *astucias de la razón*, la estrategia del ocultamiento de Gabriel Zaid para burlar la *cultureta* de la fama lo único que está logrando es propiciarla cada vez más, lo cual da pie a que la turba de maledicentes vea en ello una pequeña astucia, no de la Razón, sino del mismo Gabriel Zaid, para estar en el candelero.

¿De qué pasta está hecho este ingeniero procedente de Monterrey y residente en el DF, dónde escribe, en qué círculos se mueve este referente moral de pequeños cenáculos esotéricos –pero no conspiracionistas– a los que lidera, estando la cabecera donde él se sienta, quiéralo o no? Su lugar natural

de expresión son la prensa y las editoriales, pues rehúye las academias y universidades de una forma (permítaseme el componente dóxico) exagerada, lección que sus admiradores han mimetizado a rajatabla, pues tampoco es en absoluto la prensa el lugar donde sus respectivos sistemas de jerarquías promueven y alientan el juego de ideas y la libertad de expresión de las mismas.

Hay en Gabriel Zaid un componente ácrata, en la medida en que –como

Quijote²– rechaza la tramitología acristalada, es decir, las soluciones institucionales infundadas y arbitrarias, así como el autoritarismo de gobiernos y Estados, en definitiva la dictadura de los gorriones que se autopresentan como panaceas holísticas sin poder superar su condición de agarbanzados,

¹ Luego publicados en interesantísima colección por la Editorial Jus. Como dijera Oscar Wilde, “hubo cristianos antes de Cristo, lo desdichado es que no haya habido ninguno desde entonces. Hubo una excepción, san Francisco de Asís, pero es que Dios le había dado desde pequeño un alma de poeta tomando desde muy joven como esposa en bodas místicas a la Pobreza, y con alma de poeta y cuerpo de mendigo no le fue tan difícil el camino de la perfección. Comprendió a Cristo, y por eso vino a ser como Él. He aquí el encanto de Cristo: Él es justamente como una obra de arte. No es que enseñe nada, sino que por entrar en su presencia uno llega a ser algo. Y todos estamos predestinados a su presencia. Por lo menos una vez en su vida, todo hombre camina con Cristo a Emaús” *De profundis*. Ed. Siruela, Madrid, 2010.

² “Pero el poderoso león, más comedido que arrogante, no haciendo caso de niñerías ni bravatas, después de haber mirado a una y otra parte, volvió las espaldas y enseñó sus traseras partes a Don Quijote, y con gran flemma y remanso se volvió a echar en la jaula” (*Quijote* II, XVII).



meras filodopías³ y simples neologías⁴ de gentes que, no sabiendo hacer la o con un canuto, parasitan a los contribuyentes con su especialización en el “aquí cesa la vida, aquí comienza el teatro”, la mera teatralidad, claro. Como ácrata, al afrontamiento de tanta basura añade Zaid su condición de defensor de la *autogestión*, un defensor realista que, en la línea de Proudhon, junto al *destruam* propone y ejercita siempre el *aedificabo*, la solución sencilla, concreta y de buen consejo, saneada, técnica, científica. Por eso una de las armas más poderosas de Gabriel Zaid es la *ironía* y a veces la *sátira* como último reducto frente a la beocia generalizada. Y todo esto invariablemente repensando y reescribiendo, tan meticulosamente que llevado por un ideal de perfección y responsabilidad vive en lucha contra las erratas, gigantomaquia casi imposible que al menos denota una voluntad férrea, aunque se vea traicionada por la realidad, como en aquel libro que en nota final proclamaba: “Este libro no contiene ninguna *errita*”.

Sin erratas o con erritas, todo esto lo lleva a cabo singularísimamente un hombre de letras, detrás del cual se encuentra un poeta de primera calidad, del que podría predicarse: “Todas las plumas tienen en sus letras las mismas palabras. Lo difícil es irlas anudando con orden y con garbo⁵”. Como los lotófagos de Ulises, para atenuar sus congojas, suponemos que habrá de alimentarse de flores⁶. En su universo ideatorio podría aplicarse a nuestro poeta (*poietés*: el que es capaz) el siguiente texto de un gran discípulo de un gran maestro: “Muy distinto del *hacerse ilusiones* es el *tener ilusiones*. El hacerse ilusiones consistía en imaginar o concebir la realidad como más perfecta de lo que es o como una *realidad ideal*. El tener ilusiones consiste en que, viendo la realidad tan imperfecta o tan poco ideal como es, se tienen *ideales que realizar*. En el hacerse ilusiones,

Una de las armas más poderosas de Gabriel Zaid es la ironía y a veces la sátira como último reducto frente a la beocia generalizada.

las ilusiones son *realidades idealizadas*: en el tener ilusiones, las ilusiones son *ideales que realizar*. Las realidades idealizadas son *realidades imaginadas o concebidas como ya perfectas*: los ideales que realizar son *proyectos de perfeccionamiento de las realidades aún imperfectas*. Cuando las realidades se imaginan o conciben como ya perfectas, no se hace nada por perfeccionarlas, y al acabar viendo su imperfección, se experimenta decepción, desilusión: cuando las realidades se ven tan imperfectas como son, pero se tienen ideales para perfeccionarlas, se hacen todos los esfuerzos posibles por perfeccionarlas, y ni siquiera al darse cuenta de que los ideales no pueden realizarse nunca del todo, o que las realidades no pueden perfeccionarse del todo nunca, *se experimenta decepción o desilusión, se deja de creer ni de esperar en el perfeccionamiento posible de las realidades, se deja de querer las cosas y los hechos y a las personas, a pesar de sus imperfecciones; al contrario, se los quiere justo porque se los quiere* en el sentido de que se quiere que se perfeccionen y ayudarles a perfeccionarse. Que es lo que el principal de los maes-

tros que he tenido, el gran escritor y filósofo español José Ortega y Gasset, dice en una de sus obras, las *Meditaciones del Quijote*, tan bien como lo dice todo, por lo cual debo leer a ustedes por segunda vez las propias palabras del autor: ‘hay dentro de toda cosa la indicación de una posible plenitud. Un alma abierta y noble sentirá la ambición de perfeccionarla, de auxiliarsela, para que logre esa su plenitud. Esto es amor, el amor a la perfección de lo amado⁷. Es la fascinación de estar vivo para el intercambio inteligente y, en el caso de Zaid, también brillante a la par que lingüísticamente bello.

En ambas dimensiones, más que en la violencia libertaria de ciertos ácratas⁸, me reconozco en la *an-arquista*, *an-estatal* y *autogestionaria*, así como en su voluntad *poietica*, me reconozco humildemente desde que tengo uso de razón literaria en la línea del maestro Zaid, como también en su condición de católico serio, heterodoxo y rebelde (reactivo no es reaccionario) frente a los dogmas de una *cristiandad difunta*, estilo que a su vez comparte con Emmanuel Mounier, por lo que yo no dudaría en denominarle *personalista comunitario de corte unamuniano*, aunque sin el erostratismo de este último. El lector inteligente, ante esta epifanía milagrosa, se ha de preguntar: ¿de dónde esta fulguración al margen de la cultura posmoderna, pesimista y *vinta dallo stomaco*, que él supo criticar antes que la mayoría? Tardaremos en entender a Zaid como los griegos tardaron en entender la *fatalidad de Casandra*: pocos adivinaron la inteligencia de sus augurios. Sin embargo, la fuerza de voluntad de Zaid para seguir contra el viento y la marea del partidismo y del clientelismo no amainará, pues lo mismo que otro gran poeta sabe que, no debiendo nada al poder, a su trabajo acude y con su dinero paga el traje que le cubre y la mansión que habita, el pan que le alimenta y el lecho en donde yace: es su estilo de vida, sin pretender dar lecciones de moralina a nadie⁹, por eso a este meteorito que ilumina la cultura

³ “Eso que llaman sociología y que Platón habría llamado filodopía, conjunto de arbitrariedades o de perogrulladas conducentes a justificar tal o cual posición política” (Unamuno: *Correspondencia entre Unamuno y Vaz Ferreira*. Editorial de la república de Uruguay, Montevideo, 1949, p. 30), lo cual me enerva tanto que, cuando oigo la palabra cultura en boca de esos bárbaros, aunque por motivos distintos a los del mariscal Göring, saco el revolver que no tengo.

⁴ Gaos, J: *Sobre enseñanza y educación*. Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, p.53.

⁵ Cela, C.J: *Balada del vagabundo sin suerte y otros papeles volanderos*. Ed. Seix Barral, Barcelona, 1972, p. 119.

⁶ Ulises: *Odisea*, IX, 84.

⁷ Gaos, J: *Sobre enseñanza y educación*. Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, pp.103-104.

⁸ La tea anarquista y las hogueras inquisitoriales atorbellinaban sus negros humos sobre el haz de España. La furia popular trágica de rencores, milagrera y alucinante, incendiaba los campos, y en el cielo rojo creía ver apariciones celestiales. La fiebre revolucionaria, en la hora de máxima turbulencia, se infantilizaba con apariciones y presagios del milenio. El clero aldeano, predicador de la cruzada carcunda, conducía a sus feligreses a las gándaras de los ejidos comunales” (Valle Inclán, R: *Aires nacionales*. In Hormigón, J.A: “Valle Inclán. Escritos dispersos” cit, p. 202).

⁹ “Hace poco he leído en un libro inglés, escrito en el siglo XVIII, que Lord Shaftesbury sostuvo la tesis de que that gravity is the very essence of imposture, y si esto era verdad a comienzos de aquella centuria creo que aún era más cierto en el siglo XIX y lo es en el que corre. Nuestra España popular ha sido criticada por impostores graves y con ellos, o por influencia de ellos, por algunos hombres de bien. Una especie de fariseísmo ha invadido progresivamente los dominios de la vida

de su tiempo le manifestamos desde aquí toda nuestra solidaridad con estas palabras de Gabriel Marcel: “Amar a otro es decirle: mientras yo viva tú no morirás”. Muchas gracias, porque “contemplando la belleza, yo no puedo ser lo que se dice malo” (Juan Ramón Jiménez), y a continuar propiciando esa gran conversación siempre anhelada: “De todos los programas posibles de vida común entre personas que se aman, el susceptible de mayor amplitud y de mayor duración es el que se basa en la idea de una larga conversación. Pero sostener una larga conversación no está al alcance de cualquiera. Sólo está al alcance de quien se encuentre suficientemente provisto de temas, o de la capacidad de encontrarlos, para renovar la conversación sin decadencia del interés”¹⁰. Y *o* no son equipolentes, pues todo forma parte del *y*: pensar es hacer teología, afirmación de absoluto. Como dijera Emmanuel Levinas, la *huella* es la proximidad del infinito en el rostro del prójimo.

II

Se preguntaba Zaid: *¿Podemos esperar algo del catolicismo en México?* Mi respuesta va en la línea de Zaid, y quisiera justificarla sinópticamente.

Estadio teocéntrico de Abraham

Casi hasta ayer el occidente ha vivido en el estadio religioso de Abraham¹¹, al que las religiones monoteístas (judaísmo, cristianismo, islamismo) designan como *patriarca*: “Cuando Abram tenía noventa y nueve años, se le apareció Yavhé y le dijo: ‘Por mi parte he aquí mi alianza contigo: serás padre de una muchedumbre de pueblos. No te llamarás más *Abram*, sino que tu nombre será *Abraham*, pues padre de muchedumbre de pueblos te he constituido. Te haré fecundo sobremano, te convertiré en pueblos, y reyes saldrán de ti. Y estableceré mi Alianza entre nosotros dos, y con tu descendencia después de ti, de generación en generación: una Alianza eterna, de ser yo el Dios tuyo y el de tu posteridad. Guarda, pues, mi Alianza, tú y tu posteridad, de generación en generación” (Gn 17, 1-10). “Y Abraham creyó en Yahvé” (Gn 17, 1-10). A cada creyente Dios le dice: sal

pública, sobre todo política; vemos, así, que se condena a los autores más famosos en nombre de causas y programas antagónicos. Los ejemplos más extraños se dan una y otra vez, levantándose también a veces las excomuniones que cayeron sobre este o aquel autor, grave, solemnemente. Condena el hombre de derecha el Carnaval, como residuo del paganismo, como fea muestra de lo que es la sensualidad desenfrenada. Condena el hombre de izquierda la misma fiesta, como cosa atávica e indigna de una sociedad bien organizada. Hubo tiempo en que por razones similares se condenó el teatro español, se condenaron los bailes y las corridas de toros. El ideólogo intransigente no quiere consentir que otros tengan gustos distintos a los suyos. La moral puritana, sea laica o fundada en creencias religiosas, viene a ser siempre la misma. Los rigoristas y los laicos existen con independencia del memorable pleito que se planteó en Europa a raíz de la aparición del jansenismo. Grave y solemnemente publican asimismo sus condenas los sacerdotes de la estética en nombre del buen gusto, expresión que debería estremecerles, dado su carácter bajo, culinario, que tiene y que, sin embargo, no les ofende. Vivimos rodeados de pretensiones de santidad por todas partes. Presumimos, con frecuencia, de laicos y de libres y seguimos manejando los conflictos religiosos, aplicados a otras esferas. He aquí a los buenos, he aquí a los malos. He aquí al Bien frente al Mal. He aquí la desviación heterodoxa, la excomunión, la pureza, el sacrificio, los mártires y los verdugos. A medida que las sociedades se han hecho más laicas, todos los que eran atributos de lo Santo se han ido traspasando a lo Político. El liberalismo tuvo, así, un aspecto religioso o de Religión: lo han tenido después el Socialismo, el Comunismo y otros credos políticos de los que más vale no acordarse ya para nada. Y, como siempre, las sociedades han vivido, en casos, víctimas de la supuesta santidad, del puritanismo, de la gravedad de ciertas autoridades: de la impostura farisaica denunciada por los Evangelios ni más ni menos, mucho antes de que el noble lord hiciera su frase incisiva. El de la moralina ha sido uno de los criterios más empleados por tirios y troyanos al juzgar obras, conductas y personas” (Caro Baroja, J: *Ensayo sobre la literatura de cordel*. Ed. Círculo de Lectores, Madrid, pp. 27-28).

¹⁰ Gaos, J: *Sobre enseñanza y educación*. Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, p.90.

¹¹ Al comienzo del siglo XXI, con la humanidad en su conjunto fuera de esa perspectiva, los creyentes son quienes más hablan de crisis, ya que es la crisis de su propia crisis. Cuando estas personas no son capaces de explicar por qué sus teologúmenas no conservan ya sus pretéritas vigencias, sus reproches se incrementan contra sus antagonistas, tan contentos con la nueva situación.

de tu tienda, sal de tu tierra, abandona lo que te adhiere a tu apego egocéntrico. Ahora bien: ¿por qué habría de querer Dios trato conmigo, por qué necesitaría que yo perdiera mi yo, podría Dios considerar mi yo como ganancia suya, sin que por eso fuese pérdida mía? A esta triple pregunta responde Dios con una triple respuesta: Yo, tu Dios, te he amado desde la eternidad en que te creé. Sólo podrás comprenderlo si sales de ti mismo, y me sigues, pues al verme me entenderás. Aunque Yo te resulte incomprensible antes de quererme, cuando me hayas querido comprenderás que sólo ganarás aquello que seas capaz de regalarme, pues Yo soy más íntimo para tí que tu propia intimidad. Fíate de mí, te amo intensamente y me tomo muy en serio tu amor amado; en él, por él, y con él encontrarás también tú mismo la fuente de todos tus amores.

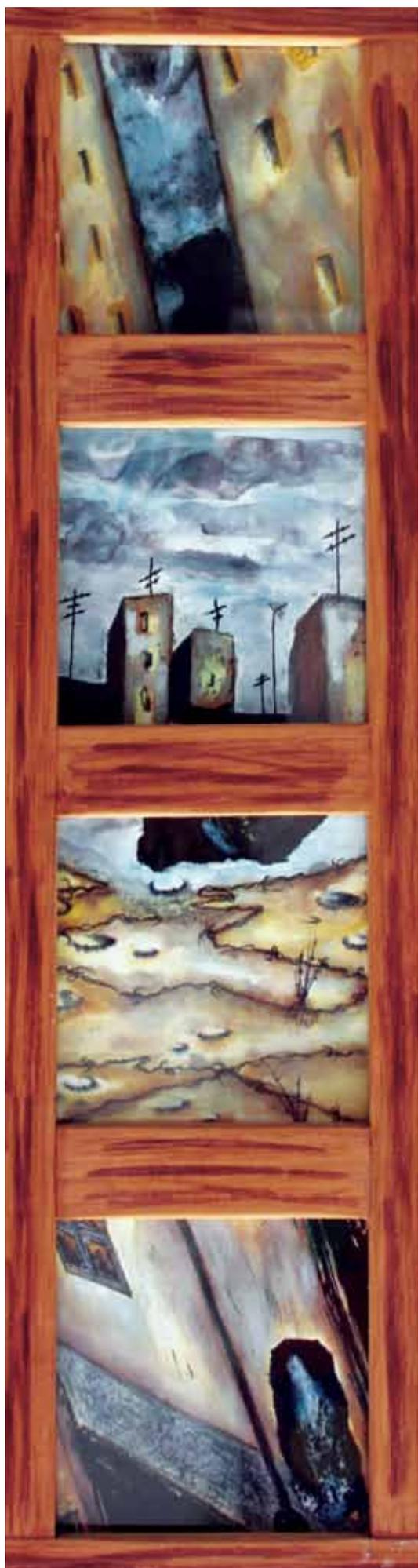
Estadio teo-antropocéntrico: Renacimiento, Reforma, Ilustración

Pero “la mayoría de las veces queremos decir por *dificultad* algo que *necesitamos averiguar*”¹². Galileo se encuentra en el Renacimiento con que las matemáticas le dicen que la Tierra gira en torno al sol; pero la cultura religiosa de la época le obliga a sostener lo contrario, a saber, que la Tierra no se mueve y es el centro del universo por resultar inimaginable que Jesús viviese en un planeta periférico y suburbial, ¡como si no hubiese elegido un pesebre! Al final, aunque Galileo se retracta penosamente para morir dentro de la Iglesia, se trata de una retractación poco convenida, si es verdad aquello que parece haber dicho mientras moría: “Y sin embargo se mueve”¹³. Es el primer gran conflicto de las interpretaciones.

¹² Steiner, G: *Sobre la dificultad y otros ensayos*. FCE, México, 2001, p. 43.

¹³ En el otoño de 1609 la carrera de Galileo dio un giro cuando dirige su recién perfeccionado telescopio hacia los cielos. Hasta entonces, como profesor de matemáticas y filosofía natural en la universidad de Padua, había dedicado la mayor parte de su atención a la mecánica, pero ahora deja de lado la mecánica y se vuelve hacia la astronomía. En poco tiempo descubre lo que parecían ser montañas y otras características terrestres en la luna, manchas en el sol, cuatro ‘lunas’ orbitando alrededor de Júpiter y fases periódicas de iluminación de Venus similares a las de nuestra propia luna. En conjunto estas observaciones minaban definitivamente la cosmología aristotélica, como por ejemplo la drástica distinción entre la tierra y los cuerpos celestes, la tierra como centro único de órbitas circulares, o el carácter inmutable de los cuerpos celestes. Sobre todo, las fases de Venus mostraban que este planeta no orbitaba alrededor de la tierra. Cfr. McMullin, E: *The Galileo Affair. Science and faith in dialogue*. Faraday Institute for Science and Religion. Cambridge, 2011, p. 233 ss.

En la mitología griega Hermes, como es bien sabido, fue traductor, intérprete, traficante de ganado y ladrón, lo cual indica qué clase de “traducciones” estaría dispuesto a llevar a cabo; como en aquella boutique de París, “se habla inglés, se entiende americano”.



Días nublados. Fragmento. Rosa María Alfonseca

A este conflicto hermenéutico (dualidad *versus* identidad fe-razón)¹⁴ Lutero añade otro: la capacidad de interpretar la Biblia ha de ser también la misma para todos, desde el Papa hasta el último laico, lo que exige a cada creyente arriesgarse a vivir su fe sin protutela ni curatela papista, de ahí su *allgemeine Priestertum* o sacerdocio universal. Tanto Galileo como Lutero fueron creyentes, pero la fe sin razón (matemática o teológica) se infantiliza. Una diferencia, sin embargo, importante: si Galileo muere dentro de la Iglesia pese al conflicto suscitado, *Lutero la abandona para reformarla*.

El ilustrado Voltaire da el último paso en el orden de las difidencias sustituyendo el *teísmo* que adora a un Dios personal por un *deísmo* que invoca a un dios sin rostro, fuerza cósmica suprema que todo lo rige, de lo cual tomarán buena nota los masones, que veneran este orden cósmico en sus logias (*logia*: plural de *Lógos*, *Megarrazón*), lugares de culto a dicha Razón universal, en las cuales cada masón refleja ese orden universal en su propio orden ético interior, aunque con el discurrir de los años vayan perdiendo en religiosidad para ganar en poder. Esta humanidad ilustrada, más antropo-teocéntrica que *anti-teocéntrica* echa un pulso a lo divino para medir su propia fortaleza. Cumpliendo así la premonición de Sören Kierkegard: *si olvidáis la actitud religiosa de Abraham, que cultivaba las tres dimensiones de lo divino, lo comunitario y lo individual, entonces sólo os quedarán dos dimensiones, la social y la personal; pero si también os olvidáis de la memoria del prójimo, entonces fabricaréis un hombre unidimensional empobrecedor: seréis hijos de Narciso, sin Eco alguno en vuestra soledad clausurada*. Así culminan los proyectos prometeicos: cualquier intento de convertir el cielo en la tierra culmina haciendo de la tierra un infierno. La mera razón monovolumen culminará en lo que los canonistas aducen como causa de nulidad: *un matrimonio rato pero no consumado, no co-sumado (con-summatum)*.

Estadio antropocéntrico de Prometeo (1789-1989)

Tras este periodo breve pero intenso, a la generación de Abrahán le sigue la del titánico *Prometeo*, abanderado revolucionario que desea hacer desaparecer a Dios de su horizonte, convencido de que el propio hombre será capaz de transformar la Tierra en el Cielo en un futuro no lejano. En efecto, tal es la lógica de la izquierda que llora, el marxismo, y *sobre todo de la izquierda que ríe, el anarquismo clásico*. En ambos casos, el revolucionario-superhombre instaura un nuevo universo axiológico: acabará con los inhumanos burgueses que dicen creer en Dios mientras expolian al hombre. Proletarios contra burgueses, hay que ganarse el título de humanos y los correspondientes derechos humanos, de los que por principio carece quien explota a los demás. Pero esa ganancia no se regala, antes al contrario exige un movimiento de ruptura dramática¹⁵.

Con *el nihilismo*, Nietzsche –desdeñador de la revolución obrera– pone toda la carne en el asador del Superhombre que cada cual descubre en sí mismo afirmando su voluntad de poder y al propio tiempo negando la idea de que los valores humanos están sustentados en Dios.

Y, con *el psicoanálisis*, Freud abole la percepción de la persona creada a imagen y semejanza de Dios. Contra el hombre de Boecio, *sustancia individual de naturaleza racional*, Freud postula un hombre no racional, no sus-

¹⁴ En la mitología griega Hermes, como es bien sabido, fue traductor, intérprete, traficante de ganado y ladrón, lo cual indica qué clase de “traducciones” estaría dispuesto a llevar a cabo; como en aquella boutique de París, “se habla inglés, se entiende americano”.

¹⁵ El movimiento obrero de los orígenes, de todos modos, comenzó siendo menos ateo que anticlerical. Cfr. Díaz, C: *España canto y llanto. Historia del movimiento obrero con la Iglesia al fondo*. ACC, Madrid, 1994.

tancia individual (en lucha el *ello*, el *superyo* y el *yo*), no imagen de Dios. El *ello*, así llamado porque nadie lo quiere reconocer como suyo propio, declara su antagonismo al *superyo* o imagen desiderativa del yo ideológico, en cuanto que arquetipo de perfección construido por imperativos paterno-sociales: quien llega a ser ángel quiere ser arcángel, el arcángel serafín, el serafín querubín, el querubín potestad, la potestad dominación, la dominación trono, el trono quiere ser Dios. Si el *ello* me impulsa hacia la tierra, el *superyo* hacia el cielo, en su pático deseo de calmar simultáneamente pulsiones tan contradictorias. Hay que buscar alguien que ponga orden en esta anarquía, y ese alguien es el *yo*, sin el cual cabalgaríamos sobre dos caballos divergentes desbocados -*ello* contra *superyo*- de cabalgadura esquizofrénica (*esjizós*, roto, partido). Sólo el *yo* podría manejar nuestra vida embriando fuertemente ambos caballos. O eso, o la locura: no todo el que dice *yo* posee un yo. Complétase así el *magisterio de la sospecha*: Marx en el terreno social, Nietzsche en el ético, y Freud en el anímico, estos tres colosos del pensamiento moderno orientan su reflexión dando la espalda a Dios.

Estadio pos-antropocéntrico y pos-teocéntrico (pos-moderno) de Narciso

Pero la revolución comunista fracasó en su formato histórico (recuérdese que el Muro de Berlín comunista cae impotente en el 1989), y sólo queda *Su Majestad el Yo, sans foi, ni roi, ni loi*. Proletarios de todos los países, uníos. Último aviso. La revolución será televisada. Disculpe las molestias, estamos cambiando el mundo. Es la *posmodernidad*, la era de Narciso: "Hay que pensar modelos desde el escepticismo y la desorientación que constituyen el aire que respiramos. Si es inútil buscar un Sentido unificador de la vida (no porque no se encuentre, sino porque será siempre la extrapolación de un sentido parcial), es porque hoy somos conscientes de la irremediable ambivalencia de nuestro mundo. Tal es el precio del pluralismo ideológico" ¹⁶. "No solamente queremos un conocimiento débil, sino además un convencimiento débil" ¹⁷ en el imperio de lo efímero, del crepúsculo del deber y del sacrificio, de éticas indoloras sin sentimiento de culpa y sin propuestas fuertes. En realidad se trata de éticas de náufragos ¹⁸ para supervivientes en tiempos de crisis aguda, náufragos que rechazan mirar a lo lejos y que prefieren asirse a la primera tabla de salvación que encuentran, la del propio yo. Mas, si todo en nosotros es naufragio, entonces no podremos hacer otra cosa que desarrollar una cultura de supérstites, no de herederos, habremos de arreglarnos con los restos de ese naufragio y quedaremos obligados a practicar una especie de canibalismo cultural; el náufrago tiene a su disposición los restos de todas las culturas humanas a partir de las cuales elabora una identidad precaria y se fabrica un sentido consciente de su caducidad y fragmentación. En este contexto pocos recuerdan hoy aquella afirmación de John Stuart Mill: la fuerza social de una persona que tiene convicciones equivale a las de noventa y nueve que sólo tienen intereses. Gilles Lipovetsky proclama a los cuatro vientos: "Una persona *buen* en el sentido de la moral del deber no siempre produce beneficios, por eso todos preferimos un gestor que robe un poco, pero que incremente la cuenta de resultados, a una bellísima persona que con su bondad nos lleve a la ruina. Los santos pueden ser perjudiciales para el bienestar general, mientras que los astutos pueden resultar beneficiosos. Al individuo responsable le interesarían más los segundos que los primeros". ¿Y después, qué?

¹⁶ Camps, V: *La imaginación ética*. Ed. Seix Barral, Barcelona, 1983, p. 120.

¹⁷ Rubert de Ventós, X: *Filosofía y/o política*. Ed. Península, Barcelona, 1984, p. 54.

¹⁸ Cfr. Marina, J.A: *Ética para náufragos*. Ed. Anagrama, Barcelona, 1994.



Días nublados. Fragmento. Rosa María Alfonsaca



Seminario de Gabriel Zaid: Ricardo Cayuela, A. Maestre, Carlos Díaz.

Después, enfrentamiento entre Chorizos y Becerriles, como dijera Pérez de Ayala. O sea, nada: Y. Después. Qué.

Fin de la historia. Acabose el continuose del empezose: “La única filosofía de la historia que aún podemos profesar tras el fin de la filosofía de la historia (o sea, tras el fin del mito del progreso, de la revolución, etc.) es la que acepta como algo propio el final de la filosofía de la historia”¹⁹. Con ayuda de papá Estado de bienestar, el Imperio y sus satélites han alcanzado sus últimos objetivos. Por si poco fuera, llevados de la misma inercia “quieren ser anarquistas a costa ajena”²⁰. A gozar, a gozar, que el mundo se va a acabar, al mundo le faltan dos copas de más, bienaventurados los borrachos porque ellos verán a Dios dos veces.

Mientras tanto, ¿a los foráneos les corresponde algo? El bien flanqueado y militarizado Occidente les da con la puerta en las narices, pues no desea

emigrantes con pretensiones de historicidad. El posmoderno ha logrado hacer historia para los pocos y prehistoria para los muchos, todavía enfangados – dicen los pocos- en los viejos prejuicios de las injusticias y las religiones salvadoras. Pero no, a vivir que son dos días enfocando la cámara hacia el propio ombligo. Se acabaron los problemas. Narciso el posmoderno ha dejado atrás los viejos archipiélagos de los infiernos²¹. En esa *civilización hipotética y virtual* son bien venidas estas palabras de David Hume: “Nunca damos un paso más allá de nosotros mismos (*we never do a step beyond ourselves*)”. Sin embargo, no habrá filosofía de la comunión sin la previa aceptación de que *yo* es *yo-y-tú*, el bien común nunca aparece sin el punto de partida relacional que hay en el *y*. Sin él la civilización del *homo frater* sería sustituida por el incivil *cives isolatus*, contradicción en los términos. Fuera del *y* sólo queda lo que Michel Foucault llama a la desesperada *la resistencia*, un residuo incordiando, una cualidad inexpressable, una opacidad de hecho, un resultado inesperado, una adversidad sin identidad, el *pensamiento de afuera*, esa noche en la cual el ser del lenguaje se le muestra al sujeto sólo por medio de la desaparición del sujeto mismo, del desasimiento y del deshacimiento del lenguaje humano²². Y *y* o no son equipolentes, pues todo forma parte del *y*: pensar es hacer teología, afirmación de absoluto.

¹⁹ Vattimo, G: *El final del sentido emancipador de la historia*. “El País”, Madrid, 6/12/1986.

²⁰ Pessoa, F: *El banquero anarquista*. Ed. Verdehalago, México, 2011, p. 47.

²¹ Cfr. Serres, M: *Récits d'humanisme*. Ed. Le Pommier, 3 vol. París, 2006. Yo, relatos subjetivos, nosotros (relatos colectivos), todos.

²² Cfr. Ferreira, J.M: *Diálogo entre Merleau-Ponty y Levin sobre el problema de la resistencia de lo irreflexivo en la reflexión*. Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, Michoacán, 2013.

III

¿Podríamos, así la cosas, esperar algo del catolicismo en México? Ni en México, ni en lugar alguno donde Doña Posmodernidad haya asentado sus reales, pues en ella Dios no cabe, la religión tampoco, y el catolicismo menos. Felicidades, Narciso, has llorado, ¡qué bien te ves! Definitivamente, “¿para qué defender el altruismo y el sacrificio por los demás, o por la humanidad, si el altruismo y el sacrificio tampoco son naturales? El hombre no nace para ser solidario, sino para ser él mismo y, por lo tanto, lo contrario de altruista y solidario, es decir, exclusivamente egoísta. La idea de solidaridad humana sólo podría considerarse natural si trajera consigo una compensación egoísta”²³. Ya estamos en condiciones de aplicar más concretamente a la *cultura católica* nuestro anterior esquema, con el ánimo de reflejar las ideas de Gabriel Zaid.

En efecto, según nuestro escritor, la cultura católica fue sencillamente *la cultura*, ante la cual la heterodoxia católica debía hacerse perdonar. Si salías de casa te arriesgabas a perder tu preciosa identidad. Que estudien la Biblia los protestantes. A lo no *katholikon* sólo le esperaba el camino de convertirse en secta o en herejía, algo ninguneado, reprimido: o dentro, o fuera, de eso depende todo, de nada sirven los argumentos, fenómeno por desgracia universal: “Un gentil –escribe Zaid– necesita la circuncisión para ser judío; un burgués no puede comprender la revolución sin convertirse en revolucionario, empezando, naturalmente, por someterse a mi comandancia. Un profano no puede comprender el psicoanálisis sin someterse a mi terapia. La cultura universal es el imperio de mi particular identidad, religión, sexo, especialidad. Internacionalismo es que los otros se sometan a mi nación”. “O –añade nuestro autor– en la nueva versión de esta cursilería casticista: ‘No trates de convertir a nadie, destruyes su preciosa identidad’”. Por eso “un pobre diablo de la España actual puede creerse superior a los mexicanos porque desciende de los conquistadores. Perdóneme –le diría José Fuentes Mares (*Intravagario*): el descendiente de los conquistadores soy yo: usted desciende los no-conquistadores, de los que se quedaron en su casa. Un pobre diablo del México actual, en vez de reírse de la falsa conciencia del ‘conquistador’, adopta una falsa conciencia de ‘víctima’, que le hace el juego. A la pequeña que se exalta en la arrogancia opone una pequeñez que se hunde en el resentimiento”. Magnífico, maestro.

Todo lo cual se habría concatenado históricamente de la siguiente forma: primero lo moderno se entendió como el gran peligro de la cultura católica; de ahí se basculó hacia lo católico como zona marginal de la cultura moderna y finalmente esto desembocaría en lo moderno como disolución final de lo católico, algo muy bien visto por Gabriel Zaid. Por nuestra parte hemos podido escuchar al escritor español Francisco Umbral enfatizar con aquella su engolada voz que si quieres ser un buen novelista no puedes ser un buen católico, como tampoco, añadiríamos nosotros, un buen filósofo (de mí mismo viene diciéndose hace cuarenta y tantos años). Eterno Canosa, jamás pedirás perdón suficiente en tiempo y lugar algunos, pues a la nueva inquisición anticatólica se le han vuelto a atragantar los viejos demonios fundadores: *el marxismo* ayer laureado es presentado ahora como él mismo presentó ayer a la religión, es decir, como *opio del pueblo*: la revolución será televisada, proletarios de todos los países, ¡juníos!, último aviso; el *posfreudismo* reniega del sufrido *yo* freudiano, convertido hoy en *yo peca-*

dor, moi haïssissable, ese maldito yo; el *nihilismo* no perdona *nada*, pues *nihil est*, no perdona la vida desatenta, no perdona la muerte ni la nada, como el poeta Miguel Hernández. La cultura anti-piadosa se ha convertido en cultura *odiosa* y fuera de ella no hay salvación fuera del propio jardín de Epicuro o de Votaire.

IV

Pero, dicho tal y tanto, uno sospecha que esa *astucia de la razón* (*List der Vernunft*) goza de tanta astucia que se erige en *astucia de la astucia*, astucia de segundo grado. Dicho de otro modo: una nueva astucia desbanca de nuevo lo que había entronizado, estando en proceso de beatificación una serie de misacantanías que se habían dado por difuntas, los muertos que vos matáis gozan de buena salud. Algunos ejemplos:

Los neoconvertos al horizonte “fronterizo” de la razón con la trascendencia (Eugenio Trías renovando a Karl Jaspers), Gianni Vattimo, “debilitando” su antiguo criterio de demarcación, y un largísimo etcétera.

Los neopaganos excatólicos compasivos, que con el mismo gesto santurrón de siempre acaban apadrinando “comprensivamente” a sus antiguos verdugos. Combinan con todo, mitad y mitad, jesuíticamente.

Los perennes supervivientes, antiguos panfletarios contra el Todo (son muchos los cofrades), reconvertidos en dulzarrones *Éticos para Amador*, con apoyo del PRI que así, camaleonizando al camaleón, justifican su propia supervivencia. *Sobreviven* viviendo sobre lo que haga falta con un cinismo infinito.

Los hiperconvertos al rancio catolicismo pues, desde su anterior *gay saber* juvenil universitario, *post iucundam iuventutem* les ha agarrado el *humus* más mohoso bajo el redescubrimiento del “¡Santiago y cierra España!” y de la immaculada *Hispanidad* donde la culpa de todo la tienen siempre los otros, los malos, aunque en realidad lo que buscan verdaderamente es salir en la tele, satisfacer su atrasada *libido dominandi*. Lo curioso es que hasta provocan entusiasmos, confusiones y suspicacias con sus ventrílocuas payasadas, más cerca de la diversión que de la conversión, y sin la menor capacidad de ironía, de metáfora, o al menos de humor. En este carnaval de vanguardias todas las vacas son pardas. Entre las mil configuraciones proteicas de las viejas taxonomías hete aquí el retorno del caos que, por venir del

23 Pessoa, F: Op.cit, pp. 28-29.

verbo jasco, significa bostezo. Vanidad de vanidades y bostezo de bostezos, he aquí la metáfora estética por excelencia: la plenitud del vacío, el vacío como última astucia de la siempre penúltima astucia. La degradación, en fin, es hoy tan incommensurable, que no me sirve de consuelo que casi todas las generaciones hayan tenido una amarga imagen de sí mismas²⁴.

V

Hasta aquí la hipótesis. Sin la menor pretensión de convertir a Gabriel Zaid en víctima de estas

mis personales elucubraciones, nuestro autor –no tan extremoso-, sin abandonar su posición de la inviabilidad de una cultura católica pregnante y normativa, todavía afirma que *hay que abandonar las supersticiones*, ya sean progresistas o regresistas, que impidan aprender: “Tanto la otredad de los otros –escribe– como la nostredad de nosotros tienen algo de inasequible, pero no algo absoluto, que impida toda posible comprensión. Toda cultura tiene una zona apátrida, universal, que nos permite vernos como si fuéramos otros y comprender así a los demás”. Parecemos estar leyendo el libro de Paul Ricoeur *Sí mismo como otro*. Ahora bien, ¿ha nacido el cristiano o el agnóstico que le ponga ese cascabel al gato? Quién sabe si lo que no ha logrado la humanidad podrá lograrlo la astucia de la razón... Mientras tanto, en un mundo de mentiras decir la verdad es un acto revolucionario²⁵.

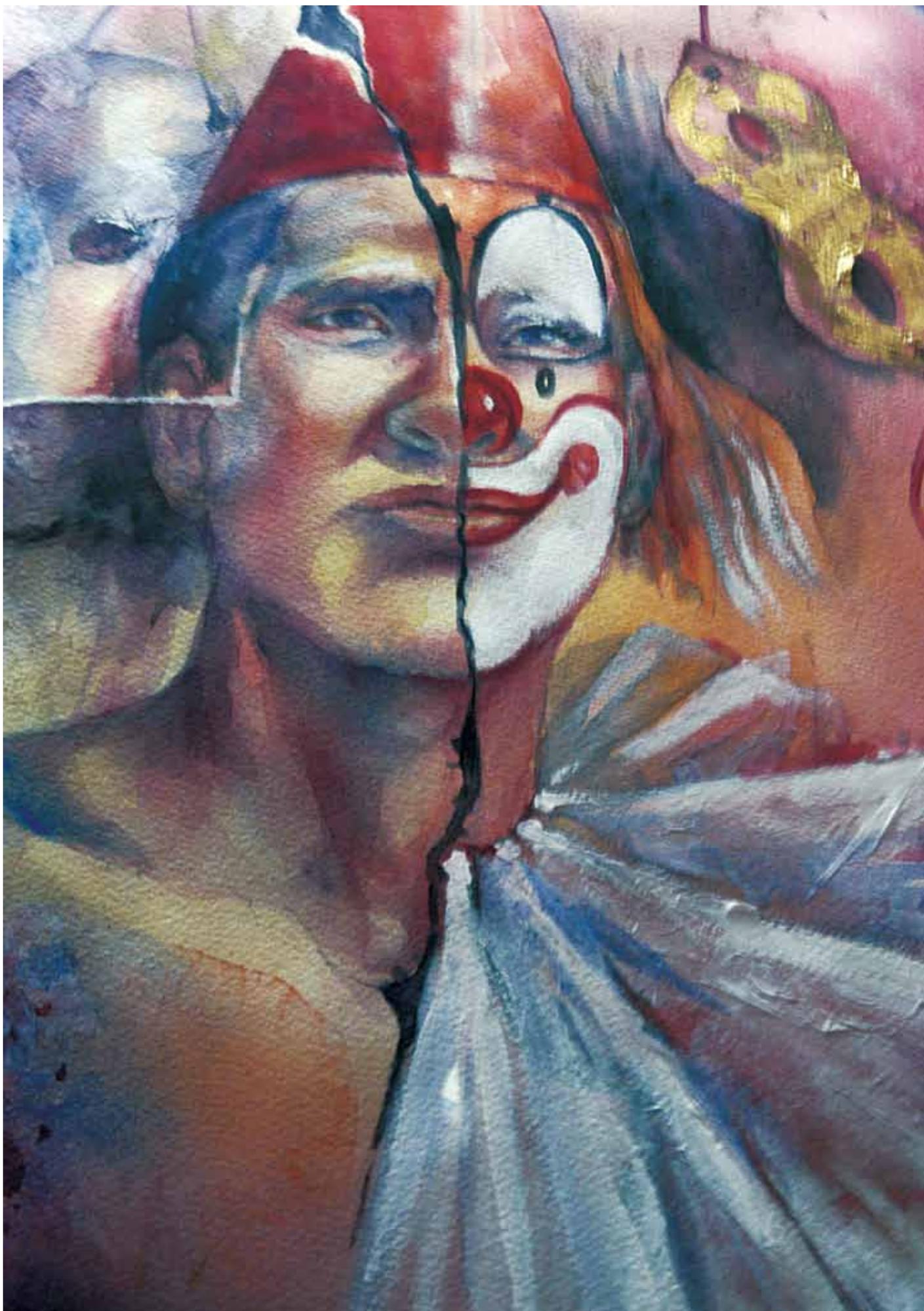
²⁴ “Nuestros días lo son, según patético consentimiento universal, de crisis no parangonable con otras que con las más agudas y acerbas padecidas por Occidente: la de aquellos primeros siglos medievales desquiciados por la invasión de los bárbaros, la de aquellos primeros siglos modernos en que las guerras de religión desolaron a Europa” (Gaos, J: *Sobre enseñanza y educación*. Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, p.67).

²⁵ N.B. Terminada esta conferencia, dictada en el Consejería de Educación de la Embajada Española en México por invitación de su Consejero de Educación, Agapito Maestre, sentí lo que en uno de sus libros relata él mismo respecto del cineasta José Luis Garci: “A escape salí de allí, seguramente porque quería contárselo a otros, a mi familia, a mis amigos, al primero que me encontrara en mi camino” (Maestre, A: *Del sentimiento. El cine de José Luis Garci*. Notorious Ediciones, Madrid, 2012, p. 127).



Nocturno. Eleana Menasse





DELE, PRODUCTO ESTRELLA DEL INSTITUTO CERVANTES

CONSEJERÍA DE EDUCACIÓN DE LA EMBAJADA DE ESPAÑA EN MÉXICO



DELE, PRODUCTO ESTRELLA DEL INSTITUTO CERVANTES

CONSEJERÍA DE EDUCACIÓN DE LA EMBAJADA DE ESPAÑA EN MÉXICO

La Consejería de Educación en México organizó, en Marzo de 2013, la I Reunión de Responsables de Centros de examen de los Diplomas de Español como Lengua Extranjera (DELE), en colaboración con el Instituto Cervantes de Albuquerque en Nuevo México, EEUU, desde donde se coordinan todas las acciones del Instituto Cervantes en México. El Instituto Cervantes tiene en México una red muy consolidada de centros asociados y más de veinte centros de examen DELE por todo el país. El DELE en México está experimentando un gran crecimiento en los últimos años y, por eso, se ha decidido establecer reuniones anuales de directores de centros de examen DELE mexicanos a partir del año 2013.

El producto estrella del Instituto Cervantes es el DELE (Diplomas de Español como Lengua Extranjera). Es un diploma del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte que entrega el Instituto Cervantes en nombre del Ministerio a los estudiantes que superan la prueba de español. El DELE, o mejor dicho, los DELES son títulos oficiales, acreditativos del grado de competencia y dominio del idioma español. Gozan de reconocimiento internacional y los concede el Instituto Cervantes en nombre del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte de España. Su validez es indefinida y para su obtención, según el propio Instituto Cervantes, son válidas todas las normas lingüísticas del español con respaldo de amplios grupos de habitantes cultos.

Los DELE certifican un nivel de dominio de la lengua española, alcanzado con independencia de dónde y cuándo se hayan realizado los estudios. Se pueden preparar con cualquier libro

y/o metodología. Constatan los conocimientos consolidados de español y no los esfuerzos inmediatos para el momento del examen. Valoran conocimientos prácticos y no exigen elucubraciones más o menos teóricas sobre el español. Los dominios típicos que certifica son relaciones sociales, comerciales generales, profesionales esporádicas, vida escolar y de los medios de comunicación.

Ámbito de aplicación DELE.

¿Quién puede presentarse al DELE? Nacionales de Estados en los que la lengua española NO es lengua oficial. Nacionales de Estado hispanohablantes residentes en países en los que el español NO es lengua oficial. Deben cumplir al menos dos condiciones de las siguientes:

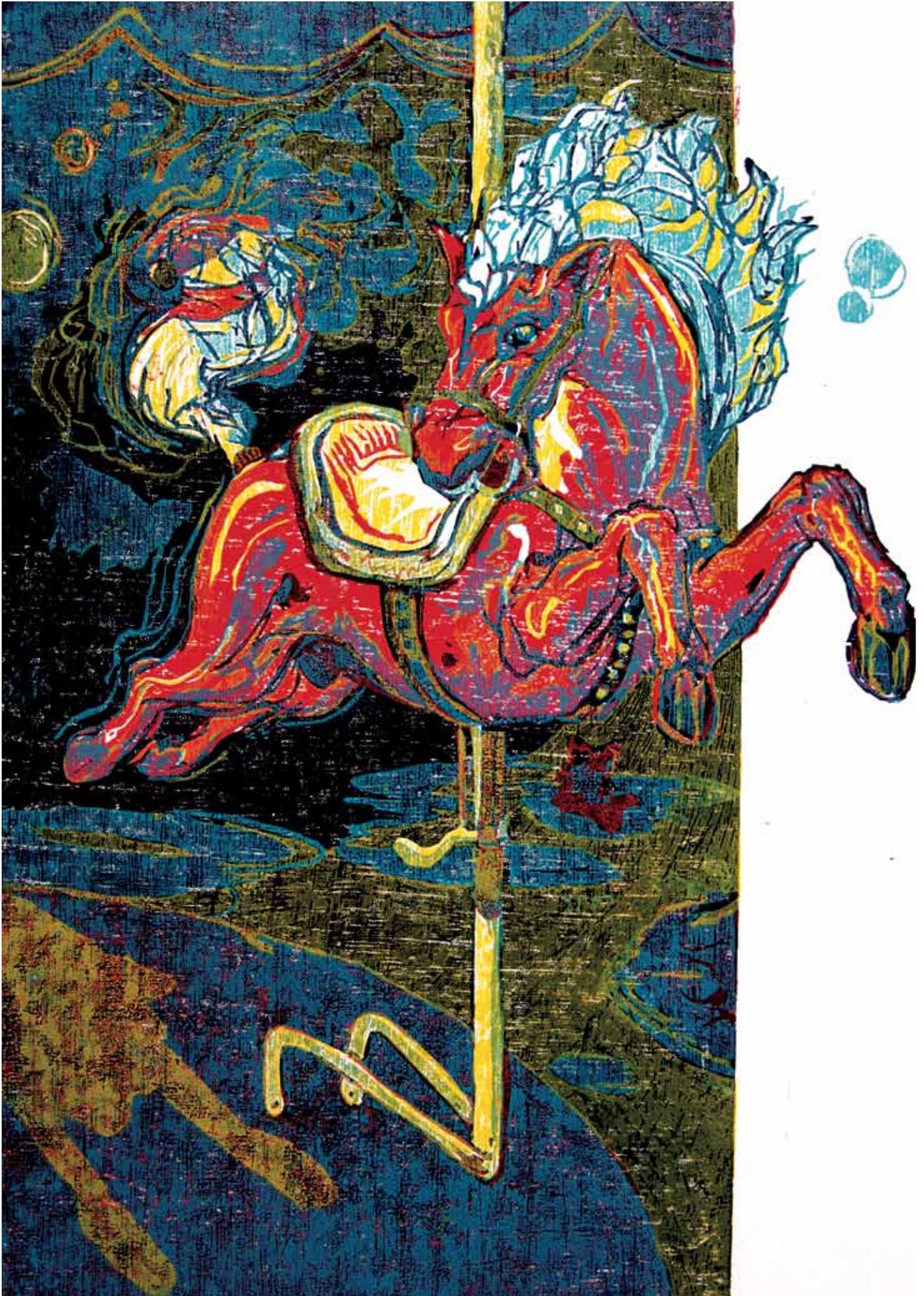
- El español no es la lengua de ninguno de los progenitores del candidato.
- El español no es la primera lengua que aprendió el candidato.
- El candidato no utiliza el español como lengua de comunicación habitual.
- El candidato no ha cursado en español la totalidad o una parte de la educación primaria o secundaria.

Valor añadido de los DELES.

Son los únicos títulos del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte de ámbito internacional. Reconocidos en todo el mundo por empresas privadas, cámaras de comercio y entidades públicas.

Comparación del DELE con otros títulos de Español para extranjeros.

Aunque de acuerdo con el Consejo de Europa, que marca los niveles y metodología para la enseñanza de lenguas en Europa, el Instituto Cervantes es bastante panhispánico, así, por ejemplo, existe un examen DELE para América en una variedad distinta a la peninsular, es aconsejable un mínimo análisis comparativo con otros títulos de español para extranjeros, por ejemplo, los actualmente vigentes en México, para hacernos cargo de la holgura y los límites de nuestro DELE.



Existen, ciertamente, en México, aparte de los Centros de Exámenes asociados al Instituto Cervantes, otras instituciones que emiten certificados de español como lengua extranjera; entre esas instituciones se cuenta el Centro de Enseñanza para los Extranjeros (CEPE) de la UNAM, que tiene tres sedes en México y seis en el extranjero ⁽¹⁾. El CEPE dispone de dos exámenes: el Examen de Posesión de la Lengua Española (EPL) y el Certificado de Español como Lengua Adicional (CELA), ambos exámenes tienen la validez institucional y vigencia de dos años.

El EPLE está basado en la variante mexicana del español, mientras que el CELA, según su página web ⁽²⁾, fue elaborado teniendo como base el Marco común europeo de referencia para el aprendizaje, enseñanza y evaluación de lenguas (MCER). Las diferencias entre el EPLE y el CELA se hallan en los modos de evaluación. El EPLE ⁽³⁾ es un examen para los seis niveles, dos de los cuales dan derecho al diploma y cuatro sólo a una constancia ⁽⁴⁾. El CELA son tres exámenes para tres niveles ⁽⁵⁾, su estructura es más parecida al DELE que al EPLE; en efecto, mientras que el DELE tiene un examen para cada nivel de conocimiento de español, el EPLE tiene sólo un examen para todos los niveles. En cualquier caso, todos los exámenes evalúan las mismas habilidades básicas que son comprensión de lectura y auditiva, la interacción oral y escrita.

La Secretaría de Educación Pública (SEP) tiene un certificado de conocimiento de distintas lenguas (Certificación Nacional de Nivel de Idioma: CENNI), a través de un examen de español conocido por Examen de Certificación del Español como Lengua Extranjera (ECELE), dirigido bajo los auspicios del Centro Nacional de Evaluación para la educación superior (CENEVAL). La cantidad de sedes del examen ECELE puede variar, por ejemplo, para 2013-2 son tres, pero si alguna institución desea ser sede tendrá que cumplir con los requisitos que le exige el CENEVAL. El ECELE es un examen “de cobertura nacional que certifica el dominio del Español como lengua extranjera o como lengua adicional” basado en estándares internacionales. Según consta en la página web “el examen está elaborado con la variante mexicana (las pruebas de lectura y auditiva); sin embargo, evalúa cualquiera de las variantes del español (es decir, “en las pruebas de expresión —escrita y oral— el candidato puede hacer uso de la variante del mundo his-

panoamericano que haya aprendido, siempre y cuando sea consistente”)” ⁽⁶⁾. El resultado del ECELE será el certificado de CENNI. Los certificados del CENNI son de cuatro niveles cuya vigencia es de 5 años, los niveles coinciden con establecidos por MCER: A2 (elemental), B1 (intermedio), B2 (intermedio alto), C1 (avanzado) ⁽⁷⁾.

El ECELE, así como el CELA, está diseñado según los estándares establecidos por el Consejo Técnico del ECELE y del MCER, así utiliza el tipo de preguntas de elección múltiple y tipo test ⁽⁸⁾.

De esta brevísima comparación entre el DELE por un lado, y el resto de títulos de español para extranjeros que existen en México por otro lado, pueden extraerse algunas conclusiones: en primer lugar, el DELE tiene un reconocimiento y cobertura internacional muy superior al de los títulos mexicanos, algunos de los cuales sólo son reconocidos por la institución que los emite. En segundo lugar, el DELE tiene una vigencia ilimitada, algo que no ocurre con los títulos mexicanos. En tercer lugar, los exámenes DELE están dirigidos a un público más amplio que el resto de títulos y exámenes mexicanos, entre otras razones, porque sus seis niveles de conocimiento permiten examinar a públicos muy diversos que van desde el conocimiento elemental hasta el profesional. Y, en cuarto lugar, los exámenes DELE siguen pautas de evaluación que

El DELE tiene un reconocimiento y cobertura internacional muy superior al de otros títulos de lengua española.

no obedecen tanto a criterios del español de la Península Ibérica, o de otra variedad de español hablado, cuanto a los criterios expresado por una lengua culta de carácter universal.

No podemos olvidar, finalmente, un proyecto multilateral, Sistema Internacional de Certificación del Español como Lengua Extranjera (SICELE), basada en la iniciativa “de una red de instituciones de enseñanza superior de países de habla hispana y del Instituto Cervantes que se comprometen a la armonización, la transparencia y la coherencia en el reconocimiento mutuo de las certificaciones del dominio de la lengua española a hablantes de otras lenguas”. Ahora son más de 130 instituciones que adoptaron el Marco Lingüístico de SICELE ⁽⁹⁾, de las cuales 45 son de España, 30 de Colombia y 21 de México, incluyendo la UNAM. El objetivo del proyecto es armonizar los criterios de gestión y evaluación de los sistemas de certificación del conocimiento del español para los extranjeros, establecer el control y garantizar el cumplimiento de las normas, dar el prestigio internacional y facilitar el reconocimiento oficial de los diplomas y certificados que forman parte del SICELE. En este ámbito de proyectos, finalmente cabe mencionar el llamado CIE que es proyecto conjunto de la UNAM y el Instituto Cervantes para certificar el dominio del español.

Notas:

1. UNAM-Chicago, UNAM-San Antonio, UNAM-Los Ángeles, UNAM-Seattle, UNAM-Canadá, UNAM-China.
2. <http://www.cepe.unam.mx/cela/> Allí se encuentran los ejemplos de algunas preguntas.
3. Ejemplo de las preguntas se encuentra en el link: <http://www.cepe.unam.mx/eple/>
4. Los niveles de EPLE son:

Nivel A de 851 a 1000 puntos. Descripción: Entiende e interpreta todo tipo de textos auditivos o escritos del ámbito académico y profesional. Tiene la capacidad de captar referencias sociolingüísticas y culturales, y todo tipo de matices y sutilezas. Tiene la habilidad para conversar con gran fluidez en situaciones, formales e informales.

Nivel B de 701 a 850 puntos. Descripción: Comprende e interpreta una amplia gama de textos, escritos y auditivos, y las ideas más importantes del discurso en una variedad estándar. Es capaz de hacer inferencias dentro de contexto. Participa fluidamente en conversaciones formales e informales argumentando, explicando y defendiendo sus opiniones sobre temas concretos y abstractos.

Nivel C de 551 a 700 puntos. Descripción: Comprende las ideas principales de discursos orales o

escritos, en especial los que le son familiares. Participa en discusiones expresando su opinión. Escribe correspondencia social de rutina, narraciones, descripciones y resúmenes.

Nivel D de 451 a 550 puntos. Descripción: Entiende enunciados relacionados con necesidades personales y convenciones sociales. Participa en conversaciones informales y realiza tareas comunicativas simples; narra y describe pasado y futuro en forma oral o escrita aunque con problemas de cohesión en su discurso. Puede leer e interpretar sin dificultad textos sencillos.

Nivel E de 351 a 450 puntos. Descripción: Entiende enunciados cortos claramente pronunciados y apoyados en el contexto. Participa en conversaciones restringidas: información personal básica, necesidades inmediatas. Lee mensajes estandarizados: menús, anuncios, programas. Puede escribir listas y llenar formularios simples.

Nivel F de 301 a 350 puntos. Descripción: Comprende frases de uso cotidiano, cara a cara. Puede hablar de sí mismo y su familia con muchas pausas y material memorizado. Al leer sólo entiende algunas palabras ayudado por la situación.

Sin nivel 0 a 300 puntos. Descripción: Los resultados del candidato demuestran un insuficiente conocimiento y manejo de la lengua.

5. El CELA Independiente certifica un nivel de competencia comunicativa suficiente para interactuar socialmente en situaciones relacionadas con la vida cotidiana y para comunicar —de forma básica— experiencias personales, planes, opiniones, deseos y necesidades. Este examen certifica el nivel correspondiente al nivel B1 (Usuario Independiente-Nivel Umbral) del MCER.

El CELA Avanzado acredita la competencia comunicativa suficiente para expresarse de modo claro y detallado sobre una amplia gama de temas, en circunstancias normales de comunicación, que no requieran un uso especializado de la lengua. Este examen certifica el nivel correspondiente al nivel B2 (Usuario Independiente- Nivel Avanzado) del MCER.

El CELA Competente acredita la competencia comunicativa necesaria para desenvolverse sin dificultad en situaciones que requieran un uso preciso y matizado de la lengua, y un conocimiento de los hábitos culturales que a través de ella se manifiestan. Este examen certifica el nivel correspondiente al nivel C1 (Usuario Competente-Dominio Operativo Eficaz) del MCER.

6. http://archivos.ceneval.edu.mx/archivos_portal/11479/Preguntasfrecuentes.pdf

7. CENNI Constancia. Su valor será únicamente para efectos de hacer constar los resultados de un examen o evaluación de tipo diagnóstico y no necesariamente para efectos de acreditación formal. Se emite para evaluaciones de tipo diagnóstico y/o evaluaciones para fines de acreditación y certificación, en los casos en que los resultados que obtenga el usuario no ameriten un certificado, su vigencia será de 1 año.

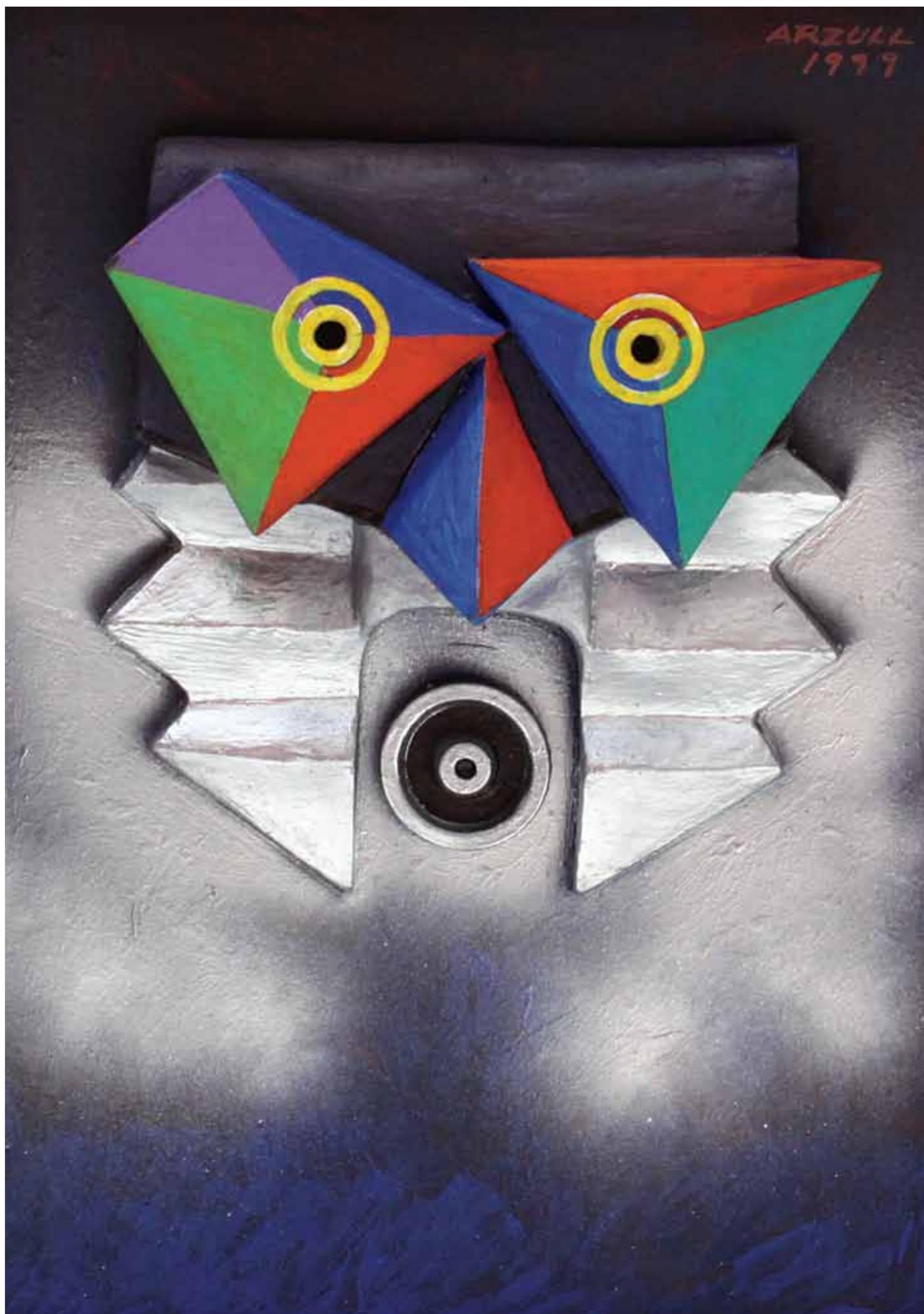
CENNI Certificado (I, II, III, IV) dependiendo del nivel. Su valor será para efectos de acreditación formal de los niveles inicial a intermedio. Se emite para evaluaciones con fines de acreditación y certificación, en los casos en que los resultados que obtenga el usuario ameriten un Certificado (Niveles Elemental a Avanzado), su vigencia será de 5 años.

CENNI Diploma. Su valor será de acreditación formal para uso vocacional o profesional del idioma en los niveles avanzado y experto, preferentemente con respaldo de una evaluación de carácter internacional. Se emite para evaluaciones con fines de acreditación y certificación, en los casos en que los resultados que obtenga el usuario ameriten un Diploma (Nivel Avanzado Superior), su vigencia será de 10 años.

8. Los ejemplos de algunas preguntas se encuentran en el siguiente link: http://archivos.ceneval.edu.mx/archivos_portal/11478/Guiadeestudio.pdf

9. <https://sites.google.com/a/sicele.org/sicele/sobre-el-sicele/marco-linguistico>

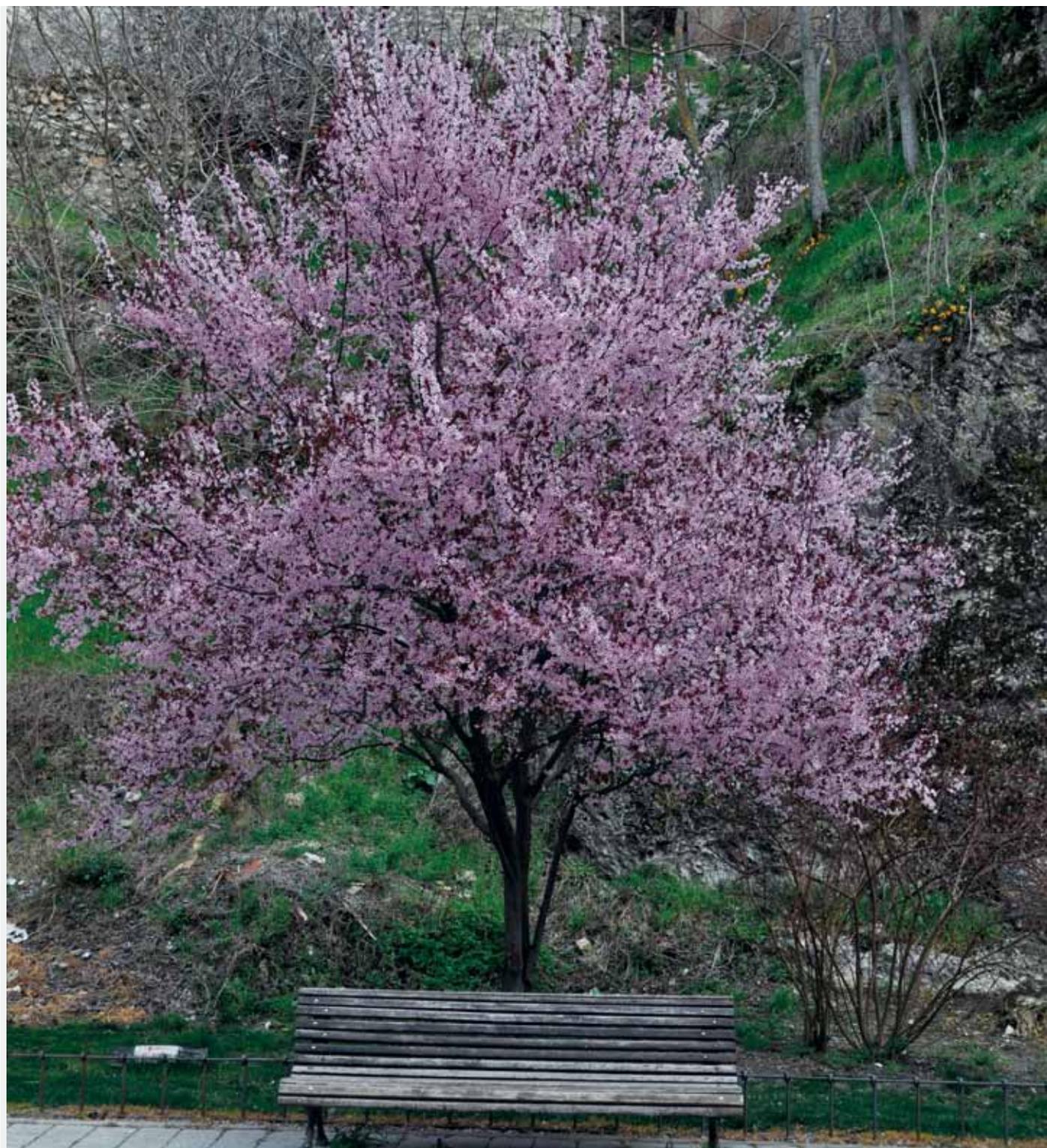




"DE LA RAZÓN FRÍA A LA RAZÓN CÁLIDA, O DEL EGOÍSMO DE LA RAZÓN A LA SANTIDAD DEL AMOR"

FRANCISCO XAVIER SÁNCHEZ HERNÁNDEZ

Doctor en Filosofía y Teología.



“DE LA RAZÓN FRÍA A LA RAZÓN CÁLIDA, O DEL EGOÍSMO DE LA RAZÓN A LA SANTIDAD DEL AMOR”

FRANCISCO XAVIER SÁNCHEZ HERNÁNDEZ

Doctor en Filosofía y Teología.

EMBAJADA DE ESPAÑA EN MÉXICO, 9 DE MAYO DE 2013

Muy buenas noches. Antes de iniciar quiero agradecer la amable invitación de la Consejería de Educación de la Embajada de España en México, para participar en este merecido homenaje a la vida y obra del Dr. Carlos Díaz. Porque me parece que aquí, el reconocimiento no es sólo al *pensador*: al académico e investigador, que ha producido una cantidad sorprendente de libros y artículos, e impartido innumerables conferencias en varias partes del mundo; sino también se rinde homenaje al *hombre*: a Carlos Díaz Hernández nacido en Cuenca, España, el 1º de Noviembre de 1944, casi a termino de la Segunda Guerra mundial, época de barbarie y sinsentido que anunciaba el fin de los meta-relatos y la crisis de una humanidad occidental que había puesto toda su confianza en la razón pero que ésta había mostrado su fracaso; una razón todopoderosa e idealizada pero fría, es decir insensible al sufrimiento del otro.

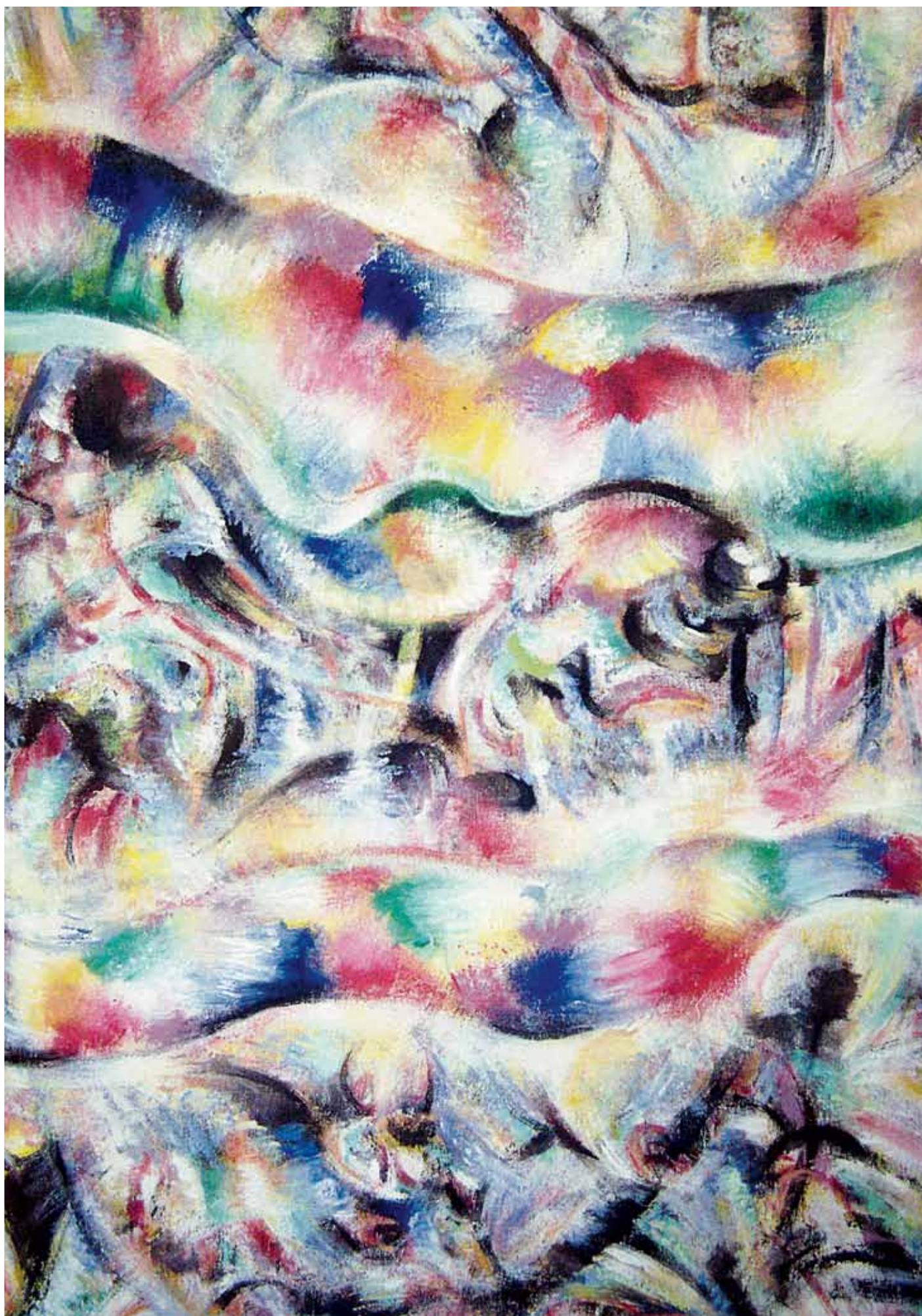
Por lo tanto en este día festejamos tanto al filósofo, de prestigio internacional, como también al ser humano: a Carlos esposo de Julia, padre de 3 hijos y abuelo de 4 nietos; al filósofo cristiano comprometido con la justicia. Cito al respecto unas palabras de Carlos Díaz publicadas hace apenas unos meses en la Revista *Acontecimiento*: “*Toda mi actividad intelectual es nada en comparación con la ilusión y el amor que he puesto en el trabajo personal y comunitario desde la perspectiva del*

reino de Dios y su justicia”¹. Sí me he detenido un poco para señalar algunos detalles biográficos, es porque son esenciales para entender la propuesta – no sólo filosófica sino sobre todo de vida– que nos presenta quien ahora celebramos. Ya que en el pensamiento de Carlos Díaz el ser humano no puede ni debe estar dividido: por una parte la razón y por la otra su vida, sus sentimientos. Somos seres que debemos buscar la unidad en nuestra vida –como diría Sören Kierkegaard, otro pensador comprometido de quien en este año celebramos el bicentenario de su nacimiento–, es decir debemos integrar y unificar nuestro pensamiento (lo teórico) con nuestros sentimientos (lo práctico). Porque la crisis de la sociedad contemporánea es haber precisamente dividido al ser humano en dos, tres, o más elementos, tomando por un lado la racionalidad y por el otro los sentimientos. Este divorcio entre razón y vida; intelecto y sentimientos, es lo que ha originado el drama del mundo actual. Vivimos en una sociedad que ha calentado mucho al planeta gracias a la técnica y al progreso racional, pero que ha enfriado mucho a sus pobladores en lo referente a las relaciones interpersonales; una sociedad que cuenta con sofisticados medios de comunicación pero que no nos ha enseñado a dialogar con aquel que está frente a nosotros. Es verdad que la crítica a la técnica como barbarie ya la habían realizado algunos pensadores contemporáneos, como es el caso del gran pensador del siglo XX Martin Heidegger. Sin embargo en Carlos Díaz no se trata sólo de constatar el anti-humanismo, el individualismo y el egoísmo, que vivimos ahora en México, en España, y en varias partes del mundo; sino sobre todo de proponer una solución a partir de dos grandes fuentes de la humanidad: La fe y la razón; la Biblia y la filosofía; el judeocristianismo y la tradición filosófica mundial. Para Carlos Díaz, para salir del anti-humanismo que en nuestros días experimentamos, no debemos convertirnos en pastores del Ser –como lo proponía Martin Heidegger en su *Carta sobre el humanismo* de 1946– sino sensibilizarnos

“El personalismo comunitario es un modo de vida caracterizado por la amorosa relación subsistente abierta a Quien es su fundamento”

El personalismo comunitario es un modo de vida caracterizado por la amorosa relación subsistente abierta a Quien es su fundamento”

¹ Revista *Acontecimiento* (octubre de 2012), ver: Carlos Díaz Testimonio del atardecer ante cierto “neopersonalismo” fantasmagórico.



zarnos ante el dolor ajeno, o que más bien: en no considerarlo como “ajeno” sino como “propio”, ya que nos concierne. En ver en el otro hombre no un enemigo en potencia, como lo pensaba Thomas Hobbes afirmado que “el hombre es un lobo para el hombre” (*homo homini lupus*), sino un hermano, un prójimo, un rostro, es decir una persona valiosa y única que me pide no sólo servirlo, sino ante todo amarlo. El amor, la pasión, la caricia, el abrazo, la ternura, temas muy a menudo olvidados en filosofía, no son solamente retomados por Díaz en su obra, sino que se convierten en la piedra angular de su filosofía.

De la inmensa obra filosófica de Carlos Díaz comentaré uno de sus últimos libros –aunque siempre es difícil saber cuál es el último porque siempre tiene algo nuevo en imprenta– intitulado: *Razón cálida. La relación como lógica de los sentimientos*², publicado en Madrid en 2010. ¿Por qué este libro? Porque me parece que este libro recoge, como el buen vino, lo mejor después de muchos años de madurez. Desde su primer libro publicado en 1969 y dedicado a Emmanuel Mounier: *Personalismo obrero, presencia viva de Mounier*, pasando por la fundación en España del Instituto Emmanuel Mounier, así como fundaciones en otros países de América Latina, y por sus cerca de 250 obras publicadas, Carlos Díaz siempre ha buscado poner su razón al servicio de los demás. El tema del personalismo ha sido siempre una constante en su obra. Todos sus textos, ya sean de divulgación o ensayos más profundos, tienen como finalidad difundir y dar a conocer el personalismo. Un personalismo que tiene como sello especial, en la obra de Carlos Díaz, el aspecto comunitario: un “*personalismo comunitario*”. En palabras del mismo Carlos Díaz: “*El personalismo comunitario es un modo de vida caracterizado por la amorosa relación subsistente abierta a Quien es su fundamento*”³. Es decir que según nuestro autor, el ser humano para ser realmente eso: humano, debe estar abierto y entrar en relación amorosa con la horizontalidad y verticalidad que constituyen, o más bien que deben constituir su ser: los otros y Dios. Es en este reconocimiento de los otros en mi vida que yo me constituyo persona

Para Carlos Díaz yo me descubro existente y vivo no a través de un ejercicio racional y auto-reflexivo, que me hace decir: “*pienso luego existo*”

gracias a ellos. El personalismo comunitario se opone por lo tanto al individualismo como al totalitarismo que impiden cualquier forma de relación con los demás. El primero a través del egoísmo y el segundo mediante la supremacía del Estado sobre la persona.

El tema de la relación con el otro es analizado con más detalle en su obra ya citada de la *Razón cálida*. Dos términos que para el autor expresan lo propiamente humano, la estrecha relación que debe existir entre nuestra inteligencia y nuestros sentimientos. Ya que el hombre no es sólo lucidez racional sino también pasión, cariño, abrazos. Ante una “razón fría” que olvida la relación afectiva con el otro, Díaz propone una “razón cálida” comprometida con el otro. Lo central, advierte Carlos Díaz en su texto, es mantener un justo equilibrio de “temperatura” en nuestra relación con los demás: entre el frío extremo o el calor excesivo. “*No hay quien no esté expuesto a una mala relación hipocalórica (fría, castrada) como tampoco a una mala relación hipercalórica (sentimentaloide, termacéfolo)*”⁴. La justa relación con el otro, es el tema propuesto por el autor en su libro. Ni el yo sólo ni el yo perdido, o diluido, en el otro.

Por otra parte, si Carlos Díaz nos propone cambiar el estilo de vida que se nos ha promovido hasta ahora, centrado en la búsqueda de saber, de poder y de tener, olvidando al otro; es porque él constata el fracaso de la razón ilustrada o modernidad. Proyectos egoístas que tienen como base el racionalismo de Descartes y el individualismo de Nietzsche. Para Carlos Díaz yo me descubro existente y vivo no a través de un ejercicio racional y auto-reflexivo, que me hace decir: “*pienso luego existo*”, sino gracias al abrazo que me viene del otro, que me permite experimentar: “*soy amado luego existo.*” “*Yo despierto a la autoconciencia por la llamada de un tú amante, diligo ergo sum: soy amado luego existo. (...); se experimenta uno a sí mismo al experimentar al otro, no a lo otro.*”⁵. A lo largo de su obra Carlos Díaz nos presenta el tema de la razón cálida bajo diferentes enfoques: como utoprofética (cap. III); terapéutica (cap. IV); e interpersonal (cap. V).

La razón cálida *utoprofética* tiene que ver con la apertura hacia el futuro. Hacía una utopía profética que no es una quimera porque se construye en el día a día del encuentro fraterno con el otro. Sin embargo antes del encuentro con el otro está el encuentro con uno mismo que se consigue a través del auto-conocimiento, del saber saludar, sonreír, pedir perdón, celebrar, bailar, humorizar, hacer deporte y descansar.

La razón cálida *terapéutica* tiene que ver con la salud física y mental que provoca una correcta relación con los otros. Vivimos en una sociedad de estrés, neurosis y traumas, que invierte mucho en antidepresivos pero que descuida la relación afectuosa con el otro. Por otra parte no se trata sólo de cuidar mi bienestar sino el bienestar de los demás. De aquí surge la reflexión de Carlos Díaz en su texto: “*Doles ergo sum, me dueles luego existo*”⁶. El tema de la compasión y de la no-indiferencia al sufrimiento del otro, es una de las constantes en la reflexión de nuestro autor.

La razón cálida *interpersonal* es aquella relación amorosa con el otro que me descubre a mí mismo como persona y en relación con otras personas. Es aquí dónde Carlos Díaz, además de la influencia de Emmanuel Mounier,

² Carlos Díaz, *Razón cálida. La relación como lógica de los sentimientos*, Escolar y Mayo editores, Madrid, 2010.

³ Carlos Díaz, *¿Qué es el personalismo comunitario?*, Ed. Fundación Emmanuel Mounier-IMDOSOC, Salamanca, 2010, p. 143.

⁴ *Razón cálida*, p. 10.

⁵ *Razón cálida*, p. 90.

⁶ *Razón cálida*, p. 293.

retoma el pensamiento de los grandes filósofos judíos contemporáneos: Hermann Cohen, Franz Rosenzweig, Martin Buber y Emmanuel Levinas.

Al analizar la obra de Carlos Díaz, la *Razón cálida*, me ha venido a la memoria la sabiduría del mundo náhuatl en México, ya que también para ellos el llegar a ser "persona" es el poder adquirir un rostro (*ixtli*) y un corazón (*yóllotl*). Mis antepasados en México se servían mucho de las expresiones gramaticales conocidas como "difrasismos" (construcción en la que dos palabras o expresiones cuando aparecen juntas forman un nuevo significado, ejemplo: flor y canto) para indicar metafóricamente un sentido nuevo y profundo de algo. *"El sentido de la palabra rostro (ix-tli) aplicado al yo de la gente, obviamente no debe entenderse aquí anatómica, sino metafóricamente como lo más característico, lo que saca del anonimato al ser humano. Rostro es, pues, para los tlamatinime la manifestación de un yo que se ha ido adquiriendo desarrollando por la educación."*⁷. La palabra rostro en la mentalidad náhuatl no es el equivalente de cara, no tiene que ver con los rasgos físicos del sujeto, sino con la educación que él ha recibido, con la sabiduría que posee,

con su razón. Pero no se trataba solamente para ellos de tener una buena educación (haber desarrollado la razón) sino de ponerla al servicio de los demás, tener corazón. Ser persona para los Tlamatinimes, o sabios nahuas, es tener "rostro y corazón". La vida y obra de Carlos Díaz, y el texto que muy brevemente he comentado *"Razón cálida"*, hacen de él un Tlamatinime, sabio no sólo Español o mexicano sino universal. Aquel que nos enseña a ser mejores personas.

Con estas palabras surgidas de mi razón –que les garantizo es cálida–, agradezco a Carlos el don de su amistad y a todos ustedes, su paciencia y escucha. Muchas gracias por su atención.

⁷ Miguel León Portilla, *La filosofía náhuatl estudiada en sus fuentes*, UNAM, México, 2006, p. 190.





Músico Peregrino. Flavianio Coral

CARLOS DÍAZ Y SU OBRA: BREVE PRESENTACIÓN

BENITO ESTRELLA

Profesor de Historia comparada de las religiones
en la Universidad Complutense de Madrid

Las particulares características del conferenciante obligan a una presentación especial. Carlos Díaz es probablemente el autor de libros filosóficos más prolífico del mundo (más de doscientas obras publicadas sobre filosofía, teología, pedagogía, política, ética...) y un filósofo peculiar que responde, con la coherencia de su trayectoria, a la famosa tesis de Marx sobre Feuerbach: “Los filósofos no han hecho más que interpretar el mundo, ahora se trata de transformarlo”, aplicada al cristianismo personalista y comunitario que profesa con sus libros y con su vida.



Iglesia de San Antonio de Pádua, Cádiz. Natalia K. Denisova

CARLOS DÍAZ Y SU OBRA: BREVE PRESENTACIÓN

BENITO ESTRELLA

Profesor de Historia comparada de las religiones
en la Universidad Complutense de Madrid

Ha traducido al español unas treinta obras de los autores más importantes de las lenguas europeas (Marx, Lacroix, Bakunin, Danielou, Mounier, Hegel, Buber, Guardini, Levinas...) y a su vez sus libros han sido traducidos al inglés, francés, portugués, italiano, turco, alemán, rumano, polaco, catalán, gallego y vasco. Se han publicado unos cuarenta libros de comentarios sobre su obra, ha prologado unas setenta y ha dirigido veintitantas tesis doctorales.

Hay que señalar aparte su labor como editorialista de revistas y colecciones de libros; y muy especialmente la fundación y presidencia del Instituto Emmanuel Mounier en España, Paraguay, Argentina, México y Colombia y la dirección de la revista *Acontecimiento*, órgano de expresión del Instituto, que lleva apareciendo ininterrumpidamente desde hace treinta años. Se puede consultar la web del Instituto, donde se pueden leer artículos de la revista y ver su interesante fondo editorial: <http://www.mounier.es/>

Ha recibido numerosos premios, de los que resaltamos tres internacionales: Premio Internacional Emmanuel Mounier (París, Francia), Premio de la Academia Internacional de Humanidades (Valencia, España) y Premio Gigante del Espíritu (Valencia, España). En la actualidad da conferencias por todo el mundo (EEUU, Sudamérica, Europa y África).

Estas informaciones, que no agotan por supuesto la personalidad de nuestro conferenciante, ponen de manifiesto la peculiaridad de nuestro filósofo y la dificultad de presentarlo en este

cuadernillo. Por ello se anteponen a los textos, en un solo conjunto, la presentación propiamente dicha, sus datos personales y la bibliografía, que paso a comentar resumiéndola, pues la sola mención de los títulos ocuparía todo el cuadernillo. La selección responde a mis preferencias personales –aunque creo conocer a Carlos Díaz no he estudiado su obra completa ni he adquirido por ello criterios académicos para tal clasificación- y la finalidad de resumirla para esta presentación.

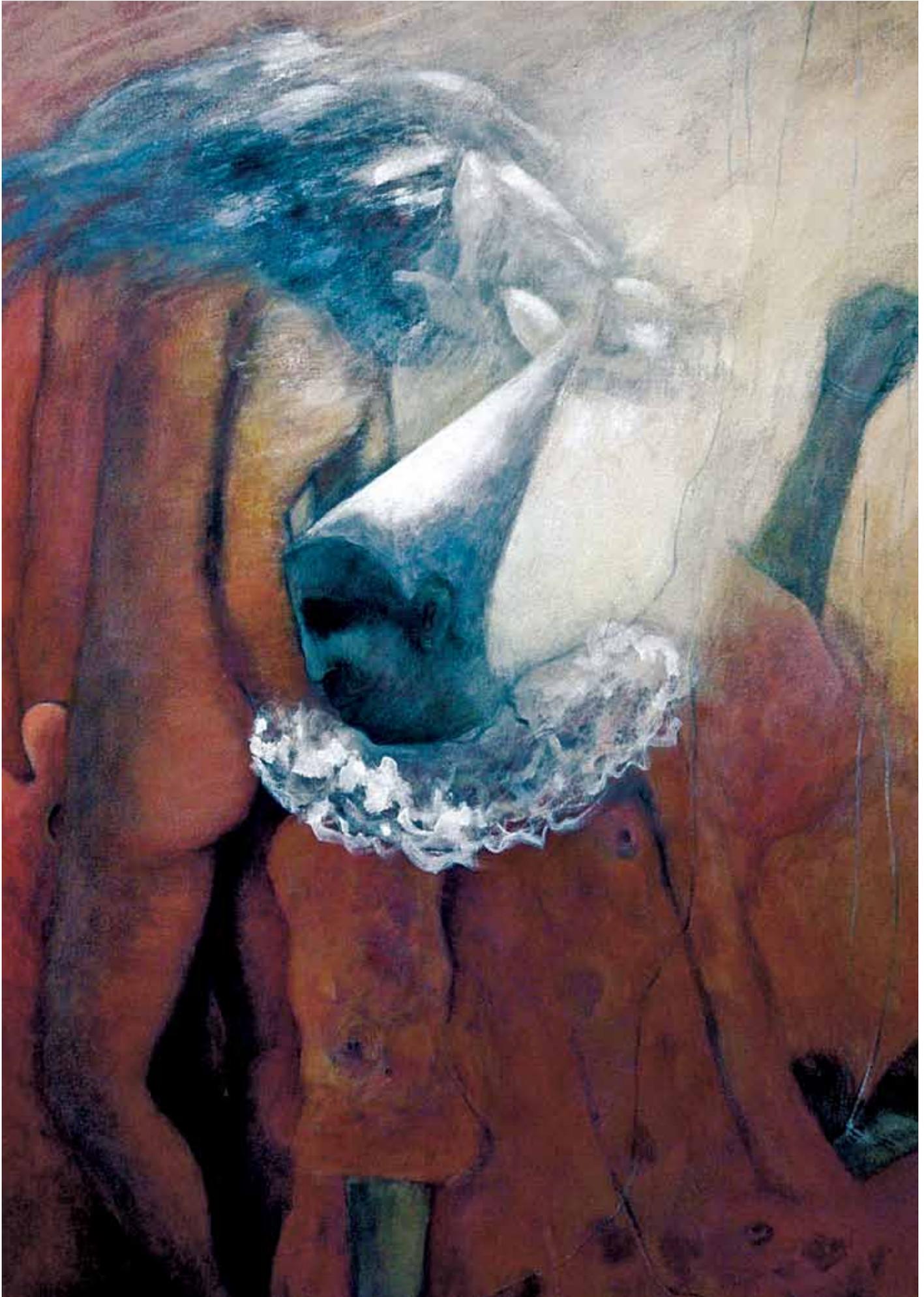
Hay una primera etapa, la década 1969-1979, que coincide prácticamente con la última fase de la dictadura, que confiere, me parece a mí, ciertas peculiaridades a las publicaciones de esta época, si bien hay que decir que la obra de Carlos Díaz no ha perdido nunca algunas constantes que veremos aparecer a lo largo de cuarenta y tantos años de publicación ininterrumpida. Los temas inciden, en esta etapa, quizá de manera más preponderante, en cuestiones que tienen que ver con el anarquismo, el marxismo y el movimiento obrero (*“Hombre y dialéctica en el marxismo-leninismo”, “Lenin”, “Los orígenes del sindicato”, “Historia dialéctica de las clases sociales”, “Proudhon”...*).

Subyace a las publicaciones una clara militancia contra el régimen, como se puede ver en las fuentes editoras: *Editorial Zero*, sobre todo, o *Cuadernos para el diálogo*, que ejercían una labor de oposición. Un detalle curioso es que algunos libros se publicaron bajo seudónimos (*“Ramón Rodríguez”, “Eduardo Cabezas”, “Ana D. Hernández”, “Julia P. Ramírez”*), seguramente para eludir problemas con la censura y el tribunal de orden público. No obstante, como ya digo, enseguida aparecen las constantes preocupaciones de carácter filosófico, pedagógico, teológico o ético y las referencias al personalismo comunitario. Los cuarenta libros que publicó en esta década están todos agotados.

A partir de 1979 y hasta el día de hoy se pueden agrupar, sin que con ello, insisto, haya ninguna pretensión de exhaustividad, en las siguientes temáticas:

Prometeo y Narciso: crítica de la modernidad y postmodernidad.- En 1980 publica en la editorial Encuentro *Contra Prometeo. Una contraposición entre ética autocéntrica y ética de la gratuidad*, traducido al italiano, en el que aparece una de las tesis de Carlos Díaz en lo que podemos llamar su diagnóstico de nuestra sociedad, personificado en dos símbolos de la mitología grecolati-

“Los filósofos no han hecho más que interpretar el mundo, ahora se trata de transformarlo”



na, Prometeo y Narciso. Serán referencias repetidas a lo largo de su obra en ese diagnóstico y crítica, como por ejemplo en: *Hacia el kilómetro O. Más allá de Prometeo y Narciso* en 1996, agotado; *De ilustrados a narcisos*. Ed. PPC, Madrid, 2012.

La educación, compromiso y transformación utópica.- Memoria y deseo. Oficio de enseñar y pasión por el hombre, publicado en 1983 en Sal Terrae, incide en plantear las cuestiones candentes de nuestro tiempo desde la asunción de su biografía, búsqueda y compromiso personal. Un compromiso especialmente ligado al oficio de enseñar. Son muchos los libros sobre la educación, planteada siempre desde la radicalidad de una antropología personalista y comunitaria. Y cristiana. La educación es uno de los temas centrales de la reflexión y la acción de Carlos Díaz. En relación con la pedagogía hay que hacer referencia también a su aportación a la didáctica concreta del aula con la publicación de textos y manuales para alumnos de institutos y universidades.

La mayoría de estas publicaciones pedagógicas, de carácter general o didácticas, están agotadas. Cito algunas que todavía pueden verse: *Manual de historia de las religiones*. Ed. Desclée de Brouwer, Bilbao, 1997, (5ª ed); *Diez palabras clave para educar en valores*. Fundación E. Mounier, Madrid, 1998, (40ª ed); *A pie de escuela*. BAC, Madrid, 1999; *Educación en valores (Guía para padres y maestros)*. Ed. Trillas, México, 2000, (5ª ed); *El maestro justo, forjador de caracteres morales*. Ed. Progreso, México, 2007; *Educación con valores y vivir con humanidad*. Ed. Progreso, México, 2007; *Para enseñar y enseñar a los que enseñan*. Ed. Balam y Ed. Del Manantial, México, 2012, 2ª ed. Tukurú, Celaya, Mx; *Enseñar a ser persona*. Unipéc, México, 2012.

Las relaciones entre fe y razón.- Preguntarse por Dios es razonable (Editorial Encuentro, 1989) o *Ilustración y religión* (Encuentro, 1991) inciden en las relaciones entre Razón y Fe, ahora tan candentes tanto en la propia Iglesia como en el laicismo de la llamada “sociedad postsecular” como propone Habermas. Otro título: *Apología de la fe inteligente*. Ed. Desclée de Brouwer, Bilbao, 1998.

Razón cálida vs razón instrumental.- “Diez miradas sobre el rostro del otro” (Caparrós, 1994, 2ª edición, agotada) o *Soy amado, luego existo* (cuatro tomos) son títulos que reflejan la insistencia de Carlos Díaz en combatir el “cogito” cartesiano con otro concepto de razón más amplio y más humano. En la misma línea: *Dolet ergo sum. Para una reconciliación con el dolor*. Ed. Mounier,

Córdoba, Argentina, 2005, junto a otro conjunto de títulos proponen una idea del hombre como ser en relación concreta con el otro, con el prójimo (“próximo”), que no quiere prescindir –frente a lo colectivo- del yo personal, ni –frente al individualismo- del otro, de lo relacional y comunitario. Un libro central sobre este tema, que además toca prácticamente todo el universo reflexivo de Carlos Díaz es: *Razón cálida. La relación como lógica de los sentimientos*. Ed. Escolar y Mayo, Madrid, 2010, libro del que se han tomado los textos que se ofrecen en este cuadernillo. Otros títulos: *Filosofía de la razón cálida*. Ed. Mounier. Córdoba (Argentina), 2005; *Ciencia y conciencia. Hacia una buena sociedad*. Fundación E. Mounier, 2008; *Y porque me dueles te amo*. Fundación E. Mounier, Madrid, 2012.

El cristianismo como sabiduría y locura.- Sabiduría y locura. El cristianismo como lúcida ingenuidad (Sal Terrae, Santander, 1984), título que está en sí mismo lleno de elocuencia (es una característica de Carlos Díaz redactar títulos, sintagmas y frases que encierran un gran contenido semántico desplegable), nos presenta, como otros muchos –es un tema que subyace transversalmente a toda la bibliografía- el testimonio personal del cristianismo de Carlos Díaz. Algunos títulos: *Diez palabras clave para decir el credo*. Fundación E. Mounier, Madrid, 2005 (4ª ed); *Decir el credo*. Ed. Desclée de Brouwer, Bilbao, 2005 (2ª ed); *Una Iglesia que piensa*. Ed. Dos Mundos. Madrid, 2005. (2ª ed); *Personalismo y cristianismo (En el cielo como en la tierra)*. Ed. Fe y Razón, Buenos Aires, 2012; *La persona abierta al infinito que la trasciende*. Unipéc, México, 2013.

Pensamiento hebreo. - Hay, a partir de cierto momento, un interés progresivo de Carlos Díaz por filósofos del judaísmo, especialmente por Martín Buber. Aparte de la traducción del extraordinario libro de Buber Yo y tú (editorial Caparrós, 3ª Edición, 1998), este interés aparece en títulos como los siguientes: *Introducción al pensamiento de Martín Buber*. IEM, Madrid, 1990, 2ª Ed. (Agotado); *Entre Atenas y Jerusalén*. Ed. Atenas, Madrid, 1994 (Agotado); *Martín Buber*. Fundación Mounier, Madrid, 2003 (2ª ed); *El humanismo hebreo de Martín Buber*. Fundación E. Mounier. Madrid, 2004, (Agotado); *El “nuevo pensamiento” de Franz Rosenzweig*. Fundación E. Mounier, Madrid, 2008.

Ecología, felicidad, utopía y salud.- Algunos temas más puntuales, pero siempre en relación esencial con el fondo de sus reflexiones y estrechamente relacionados entre sí, aparecen en títulos como: *Ecología y pobreza en San Francisco de Asís*, Aránzazu, Madrid, 1986 (no podemos negar el “aire” ciertamente “franciscano” de nuestro filósofo), *Eudamonia. La felicidad como utopía necesaria*, Encuentro, 1987; *Ayudar a sanar el alma*, Caparrós, 1997; *La fragilidad que hay en*



El puente Romano, Salamanca. Natalia K. Denisova

la felicidad. Ed. E. Mounier, Madrid, 2006, (2ª ed); *Pedagogía de la salud comunitaria*. Ed. Progreso, México, 2007; *Sustentabilidad ecológica y espiritualidad*. Fundación E. Mounier, Madrid, 2009; *Logoterapia centrada en la persona*. Ed. Escolar y Mayo, Madrid, 2011.

Ética y valores; virtudes.- La reflexión ética ocupa gran parte de los títulos de la bibliografía. Es muy interesante la distinción y contraposición que propone Carlos Díaz entre “valores” y “virtudes”. Aparte del ya citado *Diez palabras para educar en valores* (un libro con 40 ediciones y traducido, por ejemplo, al rumano y al turco), se pueden señalar: una serie de seis libros sobre *Valores* (I, II, III, IV, V y VI), Ed. Trillas, México, 2001-2004, con más de diez ediciones cada tomo; *Diez virtudes para vivir con humanidad*. Fundación E. Mounier, 2002 (16ª ed); otra serie sobre distintas virtudes, también editado por Trillas en 2002 (*Prudencia. Templanza. Amor. Alegría. Paciencia. Justicia. Fortaleza. Confianza. Esperanza. Humildad*) y otra serie más, también sobre virtudes, editadas por la Fundación E. Mounier ya agotada (*Esperanza alegre. Humildad paciente. Fortaleza justa. Amor confiado. Prudencia temperada*).

Nombres propios.- Son muy interesantes los títulos que, en coherencia con los presupuestos de la filosofía personalista, nos acercan a figuras consideradas ejemplares, con títulos como los siguientes: *Víctor García, el Marco Polo del anarquismo*. Ed. Madre Tierra, 1993; *El camino espiritual de Francisco de Asís*. Ed. Paulinas, Madrid, 2008 (agotado); *Monseñor Oscar Romero*. Fundación E. Mounier, 1999 (3ª ed); *Maximiliano Kolbe*. Fundación E. Mounier, Madrid, 2001, (2ª ed); *Emmanuel Mounier. Un testimonio luminoso*. Ed. Palabra, Madrid, 2000, (Agotado); *Emmanuel Mounier*. Fundación E. Mounier, Madrid, 2000, 123 pp. (7ª ed); *Guillermo Roviroso*. Fundación Emmanuel Mounier, Madrid, 2002, (3ª ed); *Treinta nombres propios*. Fundación E. Mounier, Madrid, 2002 (2ª ed); *Miguel de Unamuno*. Fundación E. Mounier, Madrid, 2012; *Viktor Frankl y el personalismo*. Fundación E. Mounier, Madrid, 2012.

Personalismo comunitario.- Como es lógico, abundan también los títulos dedicados al personalismo comunitario: *El libro de los valores personalistas y comunitarios*. Fundación E. Mounier, Madrid, 2000. También publicado en Ed. Encrucijada, Santiago de Chile, 2006. reeditado como *Las claves de los valores*. Ediciones Internacionales Universitarias, Madrid, 2001, (3ª ed) (Agotado); *El libro del militante personalista y comunitario*. Fundación Emmanuel Mounier, Madrid, 2000, reeditado como *El hombre, animal no fijado*. Ed. PPC, Madrid, 2001, agotado; *La persona como don*. Ed. Desclee de Brouwer,

Bilbao, 2001; *¿Qué es personalismo el comunitario?* Fundación E. Mounier, Madrid, 2001, (4ª ed; 5ª Edición, Colombia); *Decir la persona*. Fundación E. Mounier, Madrid, 2005, (2ª ed); *Del yo desventurado al nosotros radiante*. Fundación E. Mounier, Madrid, 2006, (2ª ed); *No perder el tú en el camino*. Ed. Mounier, Madrid, 2006; *Valores y virtudes de la persona*. Unipec, México, 2012.

Política y sociedad.- Análisis y reflexión sobre política y su relación con la ética, la crisis, la globalización, sobre una economía justa, la interculturalidad, el movimiento obrero y el anarquismo o la aportación del personalismo a la crisis actual, aparecen en títulos como: *Aprovechar la crisis con creatividad*. Ed. CCS, Madrid, 2002; *Alternativas a un mundo global*. Fundación E. Mounier, Madrid, 2003; *Del nacionalismo al internacionalismo*. Fundación E. Mounier, Madrid, 2003; *El reto político de una economía justa*. Fundación E. Mounier, Madrid, 2003; *El desafío intercultural*. Fundación E. Mounier, Madrid, 2003; *El amanecer del movimiento obrero*. Fundación E. Mounier, Madrid, 2003; *La primera internacional obrera*. Fundación E. Mounier, Madrid, 2003; *La segunda internacional (socialista)*. Fundación E. Mounier, Madrid, 2003; *La tercera internacional (comunista)*. Fundación E. Mounier, Madrid, 2003; *La hora del personalismo comunitario. El compromiso de la acción*. Fundación E. Mounier, Madrid, 2003; *Mundo global y desafío intercultural*. Ed. Progreso, México, 2007; *Por un mundo mejor*. Ed. Proyección, México, 2008; *El sistema del anarquismo (Luces y sombras)*. Fundación E. Mounier, Madrid, 2009; *De la simple indignación a la democracia moral*. Fundación E. Mounier, Madrid, 2011, 121 pp.

Historia de las religiones.- Una serie de cinco libros –agotada– sobre el tema que desarrolla como profesor en la Universidad Autónoma, referidos al *cristianismo, judaísmo, hinduismo, budismo e islamismo*, fue editada por la Fundación Emmanuel Mounier en 2002; *Manual de historia de las religiones*. Ed. Desclee de Brouwer. Bilbao. 2000 (7ª ed.). *Religiones personalistas y religiones transpersonalistas*. Ed. Desclee de Brouwer, 2003.



Museo de la Ciudad, México DF.
Natalia K. Denisova.



No te engoriles. Antonio Vega.

ENTREVISTA DE JOSÉ LUIS PALACIOS CON CARLOS DÍAZ: CRISTO ES NUESTRO MEJOR ¡TÚ!

JOSÉ LUIS PALACIOS
Redactor jefe de *Noticias obreras*



ENTREVISTA DE JOSÉ LUIS PALACIOS CON CARLOS DÍAZ: CRISTO ES NUESTRO MEJOR ¡TÚ!

JOSÉ LUIS PALACIOS

Redactor jefe de *Noticias obreras*

—¿Cómo le ha influido el pensamiento y la obra de Guillermo Roviroso, primer militante de la HOAC?

Roviroso fue un santo, aunque de aquellos que —como dijera González Ruiz— nunca serán canonizados. Entre los santos, los hay que la tierra impone al cielo, y otros que el cielo impone a la tierra; yo creo que Roviroso pertenece a los primeros. ¡Cómo no iba a influirme!

—¿Qué similitudes y complementariedad encuentra entre Roviroso y Mounier?

Las similitudes proceden de la época en que el mundo tenía que optar entre: comunismo o cristianismo (el fascismo y el capitalismo no fueron nunca opción para ninguno de ellos); las diferencias, las que suelen existir entre un católico cercano a la clase trabajadora profesionalmente, y un intelectual francés, aunque en el caso de Mounier con una fuerte voluntad de encarnación doble: en el Dios encarnado en Cristo, y en el Cristo encarnado en los pobres. En esa coincidencia profunda veo en Mounier los mismos signos de santidad que en Roviroso.

—¿Cree que el pensamiento de Roviroso mantiene su vigencia?

Lo único permanente en la historia es la historia de la santidad, que es al mismo tiempo sanidad y salvación. Los análisis técnicos pasan, las personas atravesadas por el don santo quedan. Pero esto es algo que el lector de superficie no suele comprender. La persona superficial necesita siglos para comprender a los santos. Por lo demás, también el término de “santo” ha sido depauperado.

—¿Qué esfuerzos debería redoblar con más intensidad la HOAC para ser todavía más fiel a Roviroso?

A riesgo de resultar cansalmas, repito que

el seguimiento de la santidad encarnada en los últimos; por lo demás, en HOAC no hay que hacer reformas, contrarreformas, ni *aggiornamentos*: los experimentos, con gaseosa. De lo contrario, podría acabar alquilando su alma al diablo ideológicamente y entonces equivocarse, como lo hizo lamentablemente la dirigencia de HOAC buscando el agua de su salvación en un marxismo viscoso y mecanicista al que llamaron “estructuralista”. Gracias a Dios aquellos “ideólogos” ya no están en HOAC, sino en sus casitas tan ricamente, jubilados sin júbilo. Lo importante no es caer, sino levantarse y procurar no tropezar dos veces en la misma piedra ideológica. El paraíso en la tierra lo dejamos para más tarde.

—¿Hay algunas semejanzas entre aquella época de la transición en la que Teófilo Pérez Rey, su suegro, presidió la HOAC y la actual?, ¿Ve alguna “enseñanza” de aquellos tiempos que pueda ayudar a este movimiento a situarse mejor en este confuso y doloroso presente?

La HOAC de antes buscó la santidad encarnada, lo repetiría mil veces. Durante la “transición”, sin embargo transitó demasiado, es decir, no se movió hacia ninguna parte, así que en el fondo estuvo bien que “transitara” hacia mejor vida. Esto no lo digo por inmovilista o contrario a los cambios; en realidad somos transeúntes, planetarios (¿sería una pedantería recordar que *planetés* significa en griego “caminante”?). Arrieros somos y en el camino nos encontraremos, no hay que pararse, ningún día sin acción. Al respecto mi libro *De la simple indignación a la democracia moral* comienza así: “Hay indignación, movimientos de indignación, primaveras de indignaciones por doquier. Y no es que no deba haberlas, pues toda indignación es poca cuando las tres cuartas partes de la humanidad pasan hambre; lo que me parece es que no hay *demasiado indignados*, sólo *demasiado indignados*, cada uno de ellos con su tema”.

—Para muchos, la actual crisis política y financiera es también una crisis moral. ¿Está de acuerdo? ¿A qué fenómenos e intereses habría que atribuir esta inconsistencia moral que nos ha conducido a la situación que padecemos?

Estoy total absoluta y totalmente de acuerdo. La gente se reía cuando repetíamos (antes de Franco, con Franco y después de Franco) aquello que enseña Emmanuel Mounier *la revolución será estructural o no será, será interior o no será*. En ningún momento de mi vida, en ninguno de los países en los que he vivido, he visto una transformación revolucionaria arraigada y po-

tenciada al mismo tiempo por la transformación interior. Quizá el anarquismo la alentó, pero no llegó hasta su último hálito, porque este hálito viene de lo alto, y sin él todo cambio degenera en conformismo. Es difícil ser un místico revolucionario, un santo en la calle, siempre lo ha sido.

—*¿Necesitamos más filósofos que economistas y políticos?, ¿Por qué?*

Yo no soy platónico, quizá por eso no creo en la necesidad del *filósofo-rey*. Entre los filósofos hay -y siempre hubo- de todo, pero en general no se parecen al búho de Minerva como ellos presumen, más bien se me antojan domesticados mochuelos torpes dispuestos a sacralizar las patologías ciudadanas dominantes, por lo cual anteayer fueron tomistas, ayer marxistas, más tarde nihilistas, hoy narcisistas, y pasado mañana fascistas marxistas leninistas y de las JONS; en resumen: son lo que toque ser, de ahí su probable y previsible desaparición como profesión, algo que a mí no me preocupa. Por mí, que desaparezcan de las cátedras, porque la filosofía está en otra parte.

—*¿Está de acuerdo con quienes hablan de un cambio de época más que de una época de cambios en el que se está gestando una nueva antropología que podría desvirtuar lo que hasta ahora venimos entendiendo por dignidad del ser humano?*

Niego absolutamente esa forma de determinismo sin fundamento. No es la época la que cambia mecánicamente arrastrando al hombre hasta hacerlo desaparecer

como las huellas en la arena, según se ha venido postulando desde el hinduismo hasta la *New Age* o la *Cienciología* (dime de qué ciencia presumes y te diré de qué careces). Al contrario, es porque hay hombres y mujeres que cambian por lo que cambia la historia. El resto es pereza.

—*¿Qué oportunidades y qué retrocesos se agazapan en este tránsito cultural que estamos viviendo?*

La crisis social no cura las crisis personales, la tristeza del desfundamiento antropológico. Hace una década, cuando la última gran crisis mundial tambaleó casi todos los cimientos, pareció comenzar a hablarse tímidamente de agotamiento irreversible del sistema capitalista; hoy ya nos contentamos con atisbar vestigios desvaídos de “brotes verdes” para el año siguiente como si nada hubiera pasado, y mientras tanto a casita que llueve aguantando hasta que escampe. Cuando me expreso así vienen a mi mente las palabras del gaucho Martín Fierro: “Cantas raro, pajarraco, repites letras y letras y nadie atiende a tu canto”. Pero no soy pesimista, si lo fuera me habría apuntado desde hace muchos años a los espejismos fáciles.

—*¿Corremos peligro de que estalle el consenso social ahora que las clases medias empiezan a verse en una situación en la que ya llevaban instalados los más vulnerables mucho tiempo?*

A mí no me aterroriza que estalle lo que está podrido. Que estalle lo que tenga que estallar, pero que estalle transformando el corazón de cada persona estallada, toda vez que si la guillotina hace rodar cabezas sin transformar corazones la misma guillotina habrá fracasado. Gandhi decía: “prefiero la violencia a verla refrenada por miedo”. Aunque me tiemblen las piernas, que me tiemblen donde me tengan que temblar. Sé que eso es terrible, de todos modos. Pero la violencia estructural mata aún más al mismo tiempo que te desea una feliz y consumista navidad.

—*¿Qué papel está llamada a jugar la religión —si lo prefiere, la espiritualidad— en este siglo XXI?*

A mí no me aterroriza que estalle lo que está podrido. Que estalle lo que tenga que estallar, pero que estalle transformando el corazón de cada persona estallada...

Llevo décadas explicando historia comparada de las religiones y no puedo hablar de religiones en abstracto. No son lo mismo las religiones transpersonalistas (hindu-budismo) que las personalistas comunitarias (judeo-islamo-cristianismo). A pesar de todo el islamismo me parece intrínsecamente una amalgama infértil de judaísmo y cristianismo incompatible con la racionalidad democrática. Pero tampoco es lo mismo religión que espiritualidad, hoy situada en la línea de un espiritualismo burgués y falsamente contrapuesta a la religión. De religión es de lo que menos se sabe y lo que nadie estudia, y por tanto lo que peor se vive. Vivo con tristeza la ausencia de seguimiento entero y verdadero de Jesús de Nazareth, que es además para mí el sentido de la historia, su alfa y omega. Cristo es nuestro mejor ¡Tú!, y así lo vio Rovirosa.

—*¿Qué dificultades tiene la Iglesia Católica en España para plantarse en medio del debate público cómo referencia moral y cómo espacio de solidaridad?*

Mi idea es muy sencilla: a los católicos no nos gusta la vida ni la obra de Jesús, por eso no queremos seguirlo, algo realmente absurdo, misterio insondable que no comprendo, pues ¿para que ser cristianos si no amamos entusiastamente lo que Jesús nos enseña con su ejemplo? No queremos seguir a Jesús, antes al contrario nos empeñamos en que Jesús nos siga a nosotros: la cuadratura del circo y del círculo. *Apostasía* es la palabra, somos “apóstatas razonables”.

—*¿Qué contribución le gustaría ver hecha realidad por parte de la comunidad cristiana?, ¿Qué desafíos plantea la actual crisis a los responsables eclesiales y a lo cristianos de a pie?*

El desafío de las bienaventuranzas, que es la carta de presentación y el currículo del propio Jesús de Nazareth y el que libera de todo malestar: el desafío del siervo de Jahvé. Todo está inédito para nosotros los sedicentes cristianos del pesimista siglo XXI. El problema está en que queremos resucitar sin morir aunque nuestra cristianidad esté difunta.

—*¿En la historia secular de desencuentros entre Movimiento Obrero e Iglesia, con algunas excepciones bien fructíferas, podemos encontrar alguna inspiración para construir una salida justa y humana a la crisis?*

La conclusión que se extrae de mi libro *España canto y llanto. Historia del movimiento obrero con*



la Iglesia al fondo no coincide con la versión oficial y hagiográfica de las habituales historias de la Iglesia. La así denominada “doctrina social de la Iglesia” no es la enseñanza de Cristo, sino un techo bajo para protegerse de la verdadera identidad cristiana. Esto, claro, con matices y según distintos periodos. Lo peor es que incluso esa “doctrina” (¡qué mal me suena!) es mejor que nada de lo que se ofrece hoy en los escenarios alternativos de ayer: el comunismo fracasado es la máxima expresión de un prometeísmo que quiso hacer de la tierra un paraíso y que terminó calcinándola y haciendo de ella un infierno.

–*¿Es mejor la indiferencia que la hostilidad con que ambos mundos, el obrero y el eclesial, pareciera que hoy se tratan?, ¿Cree perjudicial la indiferencia general con que parece que hoy son tratadas ambas tradiciones?*

Realmente la indiferencia es la forma entrópica de la hostilidad. También la indiferencia mata. Cuando el otro te resulta indiferente, cuando pierdes la esperanza en el otro, ya no existe para ti. En cuanto a mí mismo suelo ser maximalista, si bien acepto el minimalismo e incluso el infimalismo en aquellas ocasiones en que lo mejor resulta imposible. Pero el *infimalismo* es una *vita mínima*, y a mí no me gusta pasar mi vida como un zombi, muerto en vida. Sólo quien nos ama nos rescata de la muerte, por eso amar a otro es decirle: “mientras yo viva tú no morirás”. En mis últimos libros –por ejemplo en *Y porque me dueles te amo*– hago mucho hincapié en el valor del dolor compartido, y siempre me acuerdo de los equipos de dolor de Roviroso y la HOAC. Admirable maestro Roviroso.

–*No se vislumbra en el panorama intelectual ni político ningún referente capaz de inspirar a la sociedad y motivar a los ciudadanos a que contribuyan al bien común y la transformación social. ¿Le parece en sí algo positivo que al menos nos vacuna contra la fascinación de los totalitarismos de los líderes oportunistas?, ¿ha llegado el tiempo de la gente, de la respuesta comunitaria a los desafíos del presente?*

Aunque el cristianismo serio va desapareciendo a fuego no tan lento, siempre es y será llegada la hora en que los paralíticos caminen, los sordos oigan, los ciegos vean y los cristianos paralíticos, sordos y ciegos nos convirtamos. Desde luego –y no hay que ser demasiado anarquista para comprenderlo, aunque sí un poco– Estados y Gobiernos son más de la misma parálisis, de la misma sordera y de la misma ceguera, que algunos defienden como mal menor respecto de la Muerte.

–*¿Qué opinión le merece la reacción social abanderada por lo que se ha llamado el 15-M? ¿Se abre nuevos tiempos para la política y la organización social?, ¿Ha tocado techo en el sentido de que ha demostrado su incapacidad para articular soluciones colectivas y regenerar las instituciones públicas o le augura gran recorrido todavía?*

Mi libro *De la simple indignación a la democracia moral* comienza así: “La

indignación, movimientos de indignación, primavera de indignaciones por doquier. Y no es que no deba haberlas, pues toda indignación es poca cuando las tres cuartas de la humanidad pasan hambre; lo que me parece es que no hay *demasiados indignados, sólo demasiados indignados*, cada uno de ellos con su tema. Hay indignados mejores, peores, regulares y pésimos (aquellos que sólo manejan la acusación sin la autocrítica), pero creo no equivocarme si afirmo que carecen intrínsecamente de un *eidós de indignación* común; a falta de la cual va a resultar otra vez difícil comprender y actuar según la idea de que el indignado de hoy no es todavía el *hombre*, sino tan sólo sus *circunstancias*. Pero una suma de circunstancias no da un hombre”.

–*Las movilizaciones contra los desahucios y las hipotecas ha logrado colarse en la agenda política e impulsar una corriente social que tiene muy en cuenta a las víctimas del sistema económico y social. ¿Comparte esta idea?, ¿qué opina?*

Me parece excelente, es una visualización de nuestras obligaciones para con la viuda, el huérfano y el extranjero, rostros de misericordia no sólo en el Antiguo Testamento, sino también en el Nuevo. Ojalá que los cristianos estemos presentes junto con las demás gentes de buena voluntad en todas esas luchas de los pobres, las cuales han de prolongarse hasta la madre de todas las batallas y máxima de las pobreza: la pobreza de no amar. Arriba los pobres del mundo, desaparezcan. *Amén, amén, amen*. En hebreo *amen* no significa meramente “así sea”, sino así es porque en ello vivimos, esperamos y somos. Muchas gracias por esta entrevista, que podría traducirse en una *biblia*, es decir, en un libro de interminables libros.



Homenaje a Carlos Díaz, Rafael García Pavón, Rafael Soto Mellado, Agapito Maestre, Carlos Díaz, Francisco Xavier Sánchez



PRESENTACIÓN DE ALFONSO REYES: CABALLERO DE LA VOZ ERRANTE, DE ADOLFO CASTAÑÓN

SEBASTIÁN PINEDA BUITRAGO

Doctorando por el Colegio de México

En la Consejería de Educación de España en México, el pasado 30 de abril de 2013, tuve ocasión de abrir el tema o debate en el conversatorio entre Agapito Maestre y Adolfo Castañón, a propósito de la presentación de una nueva edición del libro de este último, *Alfonso Reyes, caballero de la voz errante* (Monterrey, 2012).



PRESENTACIÓN DE ALFONSO REYES: CABALLERO DE LA VOZ ERRANTE, DE ADOLFO CASTAÑÓN

SEBASTIÁN PINEDA BUITRAGO

Doctorando por el Colegio de México

Las revisiones y aditamentos convierten la biografía de Castañón, si no en la más completa que conozco, al menos en la más sugerente, polémica (porque no pierde aún ese sentido) y, por supuesto, cordial y graciosa. Al principio uno siente que ingresa como a una novela, con diversas voces narrativas, ángulos, focos que arrojan luz sobre un personaje ya de por sí saturado de luz. Me ha encantado una voz narrativa que se inventa Castañón: la de un hermano medio de Alfonso Reyes de origen popular y que, por lo tanto, va hablando a través de las rancheras que el mismo pueblo dedicó en su momento al general Bernardo Reyes, asesinado en la Decena Trágica. Castañón también recupera un artículo de Rubén Darío sobre el general Bernardo Reyes, en el que lo compara con el héroe de un drama de Shakespeare.

Hablamos en esa ocasión de muchos temas. Tocamos el de la mujer en Reyes. e referí a un ensayo de Reyes, *Montaigne y la mujer*, donde el mexicano parece retratarse a sí mismo: el erudito desenfadado y amigable y apasionado de la concordia, que nunca se deja ganar del patetismo y la locura femenina, o que sabe ocultar muy bien su desenfreno por una mujer. Nada hay amoroso dedicado a su esposa de toda la vida, Manuela Mota, madre de su único hijo. Tampoco a alguna de sus amantes en Argentina y Brasil, como no sea hurgando en sus diarios. Según Alberto Enríquez Perea, quien estaría en condiciones de elaborar una buena biografía del mexicano, uno de sus amores de embajador en Buenos Aires fue Nieves Gonet, esposa de Rinaldini, crítico de arte argentino. Por la correspondencia se supone que

ella estuvo muy enamorada de él, en algún momento. A Reyes le gustaba y acaso la quiso y hasta hayan tenido sexo, pero no pareció amarla ni estar enamorada –¿de ninguna mujer? Puede ser cierto, admitió Agapito Maestre, consejero de Educación de España en México. Pero también es cierto que Reyes era un mujeriego a juzgar por su texto *El licenciado* (en *Obras Completas*, tomo XXIII), donde confesaba que a menudo soñaba ser experto en “erección de senos” de alguna universidad de Estados Unidos.

También mencionamos la importancia de Marcelino Menéndez Pelayo en Alfonso Reyes. Aunque no lo conoció personalmente porque el erudito español murió el 18 de mayo de 1912, el mexicano alcanzó a enviarle un ejemplar de su primer libro, *Cuestiones estéticas*. Su gusto por Menéndez Pelayo, sin embargo, no era tan compartido una vez que Reyes se instaló en Madrid y se paseó por cafés y salas de redacción; ni siquiera en el Instituto de Filología del Centro de Estudios Históricos. La razón era más política que intelectual. La labor de historiografía literaria emprendida por Menéndez Pelayo, casi en solitario, significó en buena parte una crítica contra la política de su tiempo, sí, la que negaba a España su rico pasado intelectual en el concierto europeo. Y de ahí que Reyes sostuviera que la obra de Menéndez y Pelayo “arranca de una polémica en defensa de España y, naturalmente, se apoya en la grandeza y lustre de las tradiciones”¹.

Ahora bien, ¿era una defensa contra críticos extranjeros que negaban a España su valor en la cultura universal o, más bien, contra ciertas élites nacionales que se avergonzaban de su propia tradición? Por un lado, Menéndez y Pelayo no ignoraba que el ámbito hispánico había sido excluido del porvenir de la civilización occidental. El triunfo había sido de quienes descendían de la Europa protestante y puritana. Por el otro, le molestaba que los liberales españoles creyeran en esa falacia y hubieran decidido, por encima de la tradición propia, abrazar la filosofía postkantiana del alemán Karl Christian Friedrich Krause (1781-1832) por cuanto no se apartaba de la tradición católica. A Menéndez y Pelayo le parecía ridículo que sus contrapares liberales abrazaran a Krause por encima del mismo Kant. Y decía Alfonso Reyes:

¹ Reyes, “Reconciliación de Menéndez Pelayo”, en *Los trabajos y los días*, OC IX, p. 408

“Bien quisiera don Marcelino ser todavía más generoso; pero quiere la fatalidad que el momento histórico le atraviese una verdadera valla. Pues, ¿qué figura hacen a sus ojos los liberales? Hacen, nada menos, figura de krausistas; en cierta manera, descastadores de las virtudes nacionales y aun de la preciosa herencia lingüística. ¿Cómo pedir al humanista que no viva ante ellos medio sublevado, y por aquí, apoyándose siempre en el pie que descansa sobre el territorio todavía conservador? Hay, pues, una niebla de época que contribuye a impedirnos la visión clara. ¡Cuántos hombres de nuestros días no van a verse mañana desdibujados e indecisos, por haber temido a los excesos del poder estatal que muchas doctrinas de izquierda traen consigo!” .

En la última frase, encerrada con signos de admiración, Reyes sin duda estaba hablando de sí mismo: “Cuántos hombres [como Reyes] no van a verse mañana *desdibujados e indecisos*, por haber temido a los excesos del poder estatal que muchas doctrinas de izquierda traen consigo”. Las doctrinas izquierdistas del poder estatal, es decir, de la Revolución Mexicana, *desdibujaron* el pensamiento de Alfonso Reyes. Él mismo tuvo que alejarse de México apenas explotó la Revolución, y muchas veces se le consideró reaccionario o cuando menos tradicionalista por dedicarse a averiguar, a profundizar en su tradición hispánica. Se ignoraba que parte de esa *reacción* había anticipado la Revolución Mexicana, al menos en sus bases intelectuales. Alfonso Reyes se opuso al tradicionalismo de quienes pensaban que el hispanismo debía oponerse a la imitación y al influjo francés, anglosajón o alemán. Bogaba siempre por el diálogo. Lo que sí dejó en cla-

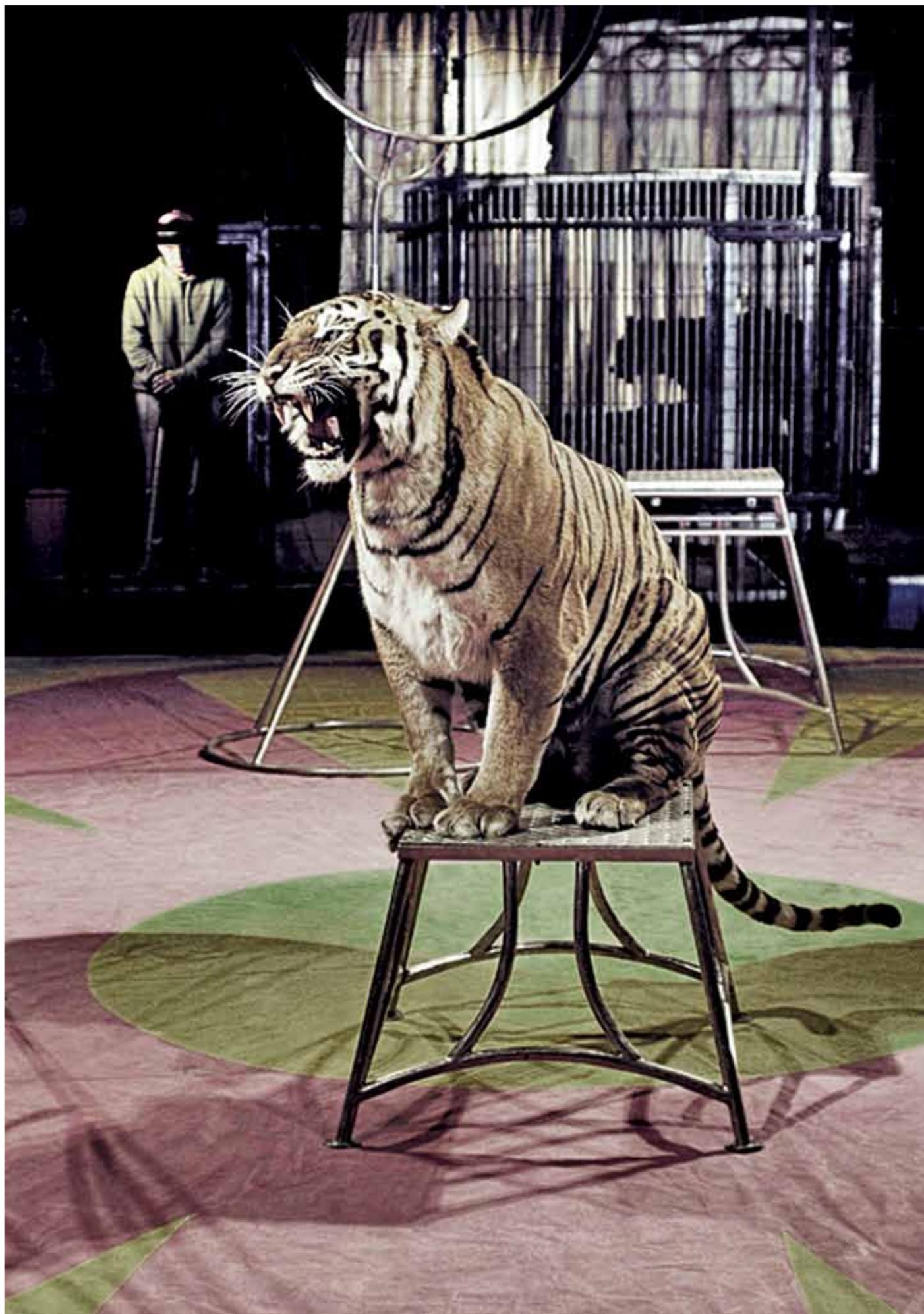
ro es que el hispanismo, de ser una cuestión arqueológica o mera curiosidad histórica, era una filosofía de la historia. Es decir: no era una disciplina inerte, como lo podía ser el estudio de antiguas civilizaciones, porque –y dejemos su explicación como un cierre final:

“El orbe hispano nunca se vino abajo, ni siquiera a la caída del imperio español, sino que se ha multiplicado en numerosas facetas de ensanches todavía insospechados. Nuestra lengua y nuestra cultura están en marcha, y en ellas van transportadas algunas simientes de porvenir. No somos una curiosidad para aficionados, sino una porción integrante y necesaria del pensamiento universal. No somos pueblos en estado de candor, que se deslumbren fácilmente con los instrumentos externos de que se acompaña la cultura, sino pueblos que heredan una vieja civilización y exigen la excelencia misma de la cultura”².

² Reyes, *Valor de la literatura iberoamericana*, en OC XI, p. 134.



Adolfo Castañón, A. Maestre, Sebastián Pineda. Foto: NKD.



CIRCO Y OTRAS MAROMAS

CECILIA SANTACRUZ

Directora de Salón de la Plástica Mexicana

La disposición natural del hombre por mostrar sus aptitudes, confrontar y dominar a las fieras, a la fuerza y resistencia del cuerpo, así como el gusto por presenciar el desafío al equilibrio, el estallido de colores y risas que se desatan en un escenario, ha dado pie a la universalidad del espectáculo circense.



CIRCO Y OTRAS MAROMAS

CECILIA SANTACRUZ

Directora de Salón de la Plástica Mexicana

El circo ha tenido diferentes escenarios en el mundo, los griegos fueron los primeros en planear la construcción de un sitio especial para combates, carreras y actividades similares, pero son los romanos los que adaptan mejor todos estos elementos y le dan el nombre de Arena. En ella se presentaban gladiadores y luchas a muerte entre cristianos y fieras.

En Roma surge el verdadero concepto de circo; la música, las carreras de caballos y de carros, el uso del elefante como animal de trabajo y la presencia de fieras amaestradas. Los invasores bárbaros, por su parte, trajeron consigo saltarines, acróbatas, caballistas y equilibristas.

El circo llegó a la Nueva España después de haber pasado por Norteamérica a finales de 1700. En el México independiente de 1831 aparecen circos mexicanos compuestos por payasos y trapecistas de origen nacional.

Haciendo una breve reseña sobre el espectáculo del circo y su representación visual, la investigadora Beatriz Zamorano realizó una investigación sobre el trabajo que realizaron artistas mexicanos sobre este tema, como *La actividad de realizar actos que muestran habilidades físicas excepcionales*, así como la necesidad de reír y hacer reír a las personas son actividades que han acompañado a los seres humanos desde tiempos muy remotos y es factor común de grandes y legendarias culturas tanto en oriente como en occidente.

En Roma surge el verdadero concepto de circo; la música, las carreras de caballos y de carros, el uso del elefante como animal de trabajo y la presencia de fieras amaestradas.

En México encontramos las primeras representaciones de estos actos en los códices prehispánicos y en las crónicas de la conquista de México-Tenochtitlán. La llegada de los españoles y con ellos esa misma legendaria herencia logran una sincretización de actos extraordinarios que van a ser representados como espectáculos incipientes durante los siglos XVII y XVIII, para incorporarse posteriormente a lo que es el circo moderno propiamente dicho, que llega a nuestro país a principios del siglo XIX.

En lo que concierne a sus representaciones, es precisamente durante este siglo que el circo es motivo de propaganda en carteles dibujados y gráfica popular. De las más famosas ilustraciones podríamos considerar los cuadernillos de Manuel Manilla y José Guadalupe Posada. No obstante esta fuerte y arraigada tradición, es hasta el siglo XX, en 1910 que aparece la primera obra formal que ilustra una escena del circo: "Saltimbanquis" del pintor mexicano Sostenes Ortega.

Pero todavía tendríamos que esperar hasta las primeras décadas de la posrevolución para que el circo se convierta en un tema recurrente, como parte del rescate de nuestras más añejas y populares tradiciones.

Entre los artistas mexicanos que han destacado en su representación figuran Roberto Montenegro, María Izquierdo, Jesús Reyes Ferreira, Raúl Anguiano, José Chávez Morado, Jorge González Camarena, Rafael Coronel, Francisco Corzas, Francisco Toledo, Sergio Hernández, Nahúm B. Zenil, Yshaid Judsiman, Alejandro Colunga y Alejandro Caballero entre muchos otros.

El circo a través de los años ha sido fuente de inspiración para muchos artistas plásticos. Para los miembros del Salón de la Plástica Mexicana (SPM) esto no es la excepción y es por eso que a manera de homenaje, los miembros del Salón expondrán obra alusiva al Circo a más de 100 años de su representación visual en México.

La muestra está conformada por 33 obras de 30 artistas entre pintura, dibujo, estampa, fotografía, arte objeto e instalaciones. Destaca la obra, 1937 óleo sobre papel de Federico Cantú, (1907-1989), uno de los fundadores del SPM.





EXPOSICIÓN: PLIEGUES DE LA MEMORIA. LA ENCUADERNACIÓN DE DULCE MARÍA LUNA

ALEJANDRO TAPIA

Profesor de Diseño de la UNAM

¿En qué punto la costura del papel, el doblar de los pliegues, el grabado de las cubiertas y todo lo que encierra la fabricación de los soportes que preservan la escritura hace simbiosis con el cuerpo y con la génesis artística? Tal es la pregunta que nos haremos al observar el trabajo de encuadernación de Dulce María Luna. Durante más de 40 años de convivencia con los libros y sus hojas, con las pieles y las tintas, con las plegaderas y los hilos, las encuadernaciones salidas de su taller muestran cómo los materiales han aprendido a entrar en diálogo con ella para crear un lenguaje mutuo, casi erótico, en el que cada obra adquiere una personalidad propia.



EXPOSICIÓN: PLIEGUES DE LA MEMORIA LA ENCUADERNACIÓN DE DULCE MARÍA LUNA

ALEJANDRO TAPIA

Profesor de Diseño de la UNAM

La encuadernación es un oficio milenario, con el que los hombres han intentado preservar el secreto milagroso de la escritura a través del tiempo. La memoria se guarda ahí: en pliegues cuya textura, peso y forma son a la vez una interpretación de las palabras que ahí permanecen, a salvo del polvo y siempre llamando a la vista. En los libros y diarios, en las miniaturas y grabados, así como en la filigrana de las costuras, las cabezadas y los registros, miraremos en realidad la narración de las manos de la encuadernadora, habilitadas ya para hablar a través de cada una de esas piezas.

La muestra es apenas una pequeña ventana a lo que ha sido una vida dedicada a este arte: diarios con nombre que encarnan el carácter de personas concretas, contenidos que se hacen visibles como en la obra de Charles Perrault, pre-

miada en París, o libretas cuyas imágenes y materiales invitan a deslizar el lápiz con cuidadosa atención. También podrán observarse algunas de las herramientas con las que se produce esta simbiosis de la encuadernación artística, donde la invención y el material se fecundan, gracias a la capacidad productiva de Dulce María. Asimismo se podrán ver los paquetes didácticos y las miniaturas con las que ella ha invitado a los niños de diferentes naciones a introducirse en este arte en escuelas y exposiciones. Disfruten de esta muestra que sin duda será también un descubrimiento...

Alejandro Tapia

Nota: Esta exposición ha sido el resultado de la colaboración con el Centro de Extensión Educativa y Cultural, Casa de la Primera Imprenta de América, de la Universidad Autónoma Metropolitana de México, presentándose simultáneamente en la Consejería de Educación de la Embajada de España y en la Casa de la primera Imprenta. Se inauguró el 23 de abril de 2013, con motivo de la celebración del Día Internacional del Libro, y finalizó el 5 de mayo.



Obras de Dulce María Luna. Foto: NKD.



Encuadernación artística de Dulce María Luna. Foto: NKD.



El Figaro, Dulce María Luna. Foto: NKD.

PROGRAMA DE ACTIVIDADES EDUCATIVAS Y CULTURALES DE JULIO A DICIEMBRE DE 2013.

CONSEJERÍA DE EDUCACIÓN DE ESPAÑA EN MÉXICO.

EXPOSICIONES.

Exposición de pintura, fotografía y escultura dedicada a Alfonso Reyes en España, en colaboración con Conexiones. Educación y patrimonio.

Exposición: "Los poetas en papel" del pintor Alfredo Larrauri dedicada a la obra del poeta José Carlos Becerra. En colaboración con el Salón de la Plástica Mexicana.

CICLO DE CONFERENCIAS:

ALFONSO REYES Y ESPAÑA

Sala María Zambrano, Consejería de Educación 19h

8 DE AGOSTO DE 2013: Alicia Reyes. *Alfonso Reyes en España*

13 DE AGOSTO DE 2013: Anthony Stanton: *Poesía y autobiografía en Alfonso Reyes.*

18 DE SEPTIEMBRE DE 2013: Sebastián Pineda. *Reyes y la literatura española.*

26 DE SEPTIEMBRE DE 2013: Marcos Daniel Aguilar. *Ensayo y periodismo de Alfonso Reyes en España.*

CICLO DE CONFERENCIAS DE CONEXIONES.

EDUCACIÓN Y PATRIMONIO.

Sala María Zambrano, Consejería de Educación 17h

27 DE AGOSTO DE 2013: Monserrat Navarro y Magali. *Conecta, disfruta y vive el patrimonio.* Dirigida a Profesores.

29 DE AGOSTO DE 2013: Xochitl Matus y Rodrigo Hernández. *Conéctate en línea.* Dirigida a Universidades.

9 DE SEPTIEMBRE DE 2013: Presentación de Freire Rodríguez y Emilio Montemayor. *Investigar una forma de conectar con otros.* Dirigida a estudiantes de Licenciatura en Pedagogía y Educación.

10 DE SEPTIEMBRE DE 2013: Presentación de Encarna, Red de museos de Lugo (videoconferencia) y Monserrat Navarro. *Imaginate en el mundo.* Maletas didácticas. Dirigida a Educadores y estudiantes pedagogía.

11 DE SEPTIEMBRE DE 2013: Educación y patrimonio. Presentación de Miguel Aranda e Iván T. *Crea y experimenta.* Dirigida a Profesores.

12 DE SEPTIEMBRE DE 2013: Presentación de Diana Bedolla y Alejandro Sabido. *Formación académica; una manera de mejorar la práctica.* Dirigida a Universidades en carreras de Historia, Ciencia, Arte, etc.

17 DE SEPTIEMBRE DE 2013: Presentación de Joseph Estavillo y Alejandro Herrerías. *Publicaciones educativas. Una forma de conectar.* Dirigida a Diseñadores y educadores/ estudiantes de: diseño, pedagogía, educación.

PRESENTACIONES DE LIBROS

Sala María Zambrano, Consejería de Educación 19h

17 DE JULIO DE 2013: *Los Virreyes de la Nueva España. Perfiles Genealógicos-Biográficos* de Fernando Muñoz Altea.

24 DE SEPTIEMBRE DE 2013: Presentación libro *El estudiante de la mesa redonda*, de Germán Arciniegas. Participan: Marcos Daniel Aguilar, y el Consejero de Educación, Agapito Maestre.

26 DE SEPTIEMBRE DE 2013: Presentación del libro de Martha Lilia Tenorio: *El gongorismo de Nueva España.* Acto organizado con la Fundación para las Letras Mexicanas.

12 DE NOVIEMBRE DE 2013: Presentación de la *Historia de la Literatura Mexicana on line* de la Fundación de Letras Mexicanas. Participan Jorge Mendoza, Eduardo Langagne. Dirige la sesión: Agapito Maestre, Consejero de Educación.

19 DE NOVIEMBRE DE 2013: Presentación del libro *Dentro y fuera del ruedo.* M. Chapa, J. Iturriaga y A. Ordorica.

OTRAS ACTIVIDADES

8 DE OCTUBRE de 2013 11 h. Recepción de doctorandos de la Universidad de Alcalá de Henares.

8 DE NOVIEMBRE de 2013 11 h. Entrega de Diplomas de Enología y Viticultura. Escuela de Madrid.

26 DE NOVIEMBRE de 2013 19 h. Presentación de la Revista Transatlántica de Educación, número 11, en colaboración con los artistas del Salón de la Plástica Mexicana que colaboraron en el número.

11 DE DICIEMBRE de 2013 18:30 h. Acto de convivencia de la Universitat oberta de Catalunya.





Belinda. Álvaro Cortez.



La tragafuegos. Oscar Rodríguez.



Morada de los sueños. Guillermina Dulche.



Contorston Radiográfica. Francisco Magallan



EMBAJADA
DE ESPAÑA
EN MÉXICO

COMISIÓN DE EDUCACIÓN

ESFINGE